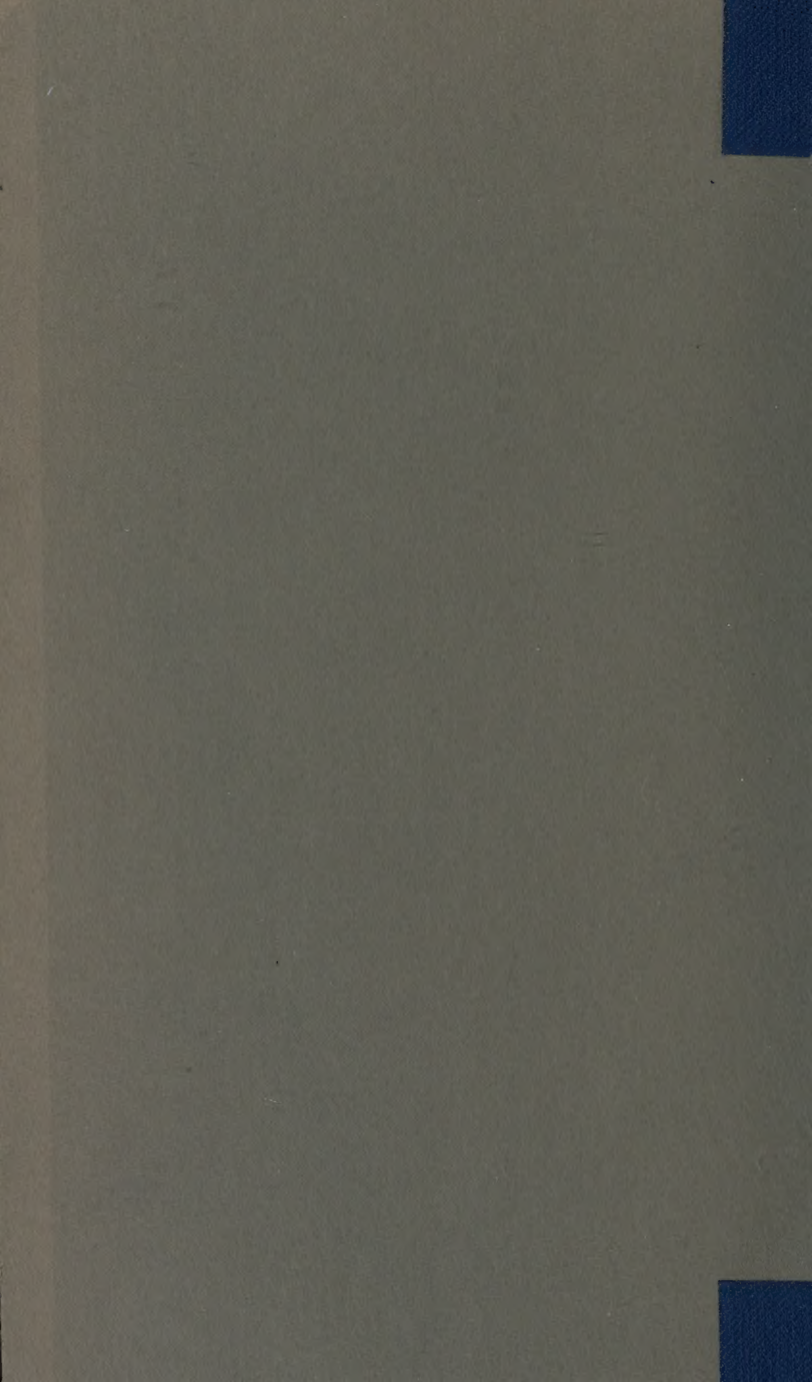

UNIVERSITY OF TORONTO DUPL
3 1761 00103434 7



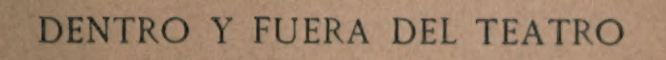
VICENTE GARCÍA VALERO

DENTRO Y FUERA DEL TEATRO

CRÓNICAS RETROSPECTIVAS,
HISTORIAS, COSTUMBRES,
:-:-: ANÉCDOTAS Y CUENTOS :-:-:

CARTA-PRÓLOGO DE VITAL AZA

LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ
CALLE DE PRECIADOS, NÚMERO 48, MADRID


DENTRO Y FUERA DEL TEATRO

VICENTE GARCÍA VALERO

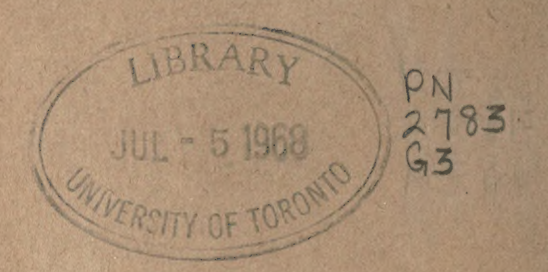
DENTRO Y FUERA DEL TEATRO

CRÓNICAS RETROSPECTIVAS,
HISTORIAS, COSTUMBRES, ANÉCDOTAS Y CUENTOS

CARTA-PRÓLOGO DE VITAL AZA



MADRID
LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ
48, Preciados, 48.
1913



Establecimiento tipográfico; Campomanes, 4, Madrid.



Sres. Alvarez Quintero

Á los eminentes literatos

D. SERAFÍN Y D. JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

MANTENEDORES DE LA DRAMÁTICA ESCENA

~~~~~~~~~~~~~~

Sus ilustres nombres, al frente de mi pobre trabajo, tengo por honor inmerecido; mas sírvame para expresarles mi simpatía personal y mi admiración hacia su labor artística, abundante de joyas perdurables.

¡LAS FLORES, EL GENIO ALEGRE, LA MALA SOMBRA, LA ZAGALA, MALVALOCA, NENA TERUEL!..... *Á los creadores de tan hermoso Teatro, con mi aplauso, modesto por mi insignificancia, grande por mi entusiasmo, les quedo agradecidísimo, pues se han dignado aceptar mi humilde dedicatoria.*

Vicente García Valero.

7—IV—913
~~~~~~~~~~~~~~

CARTA ABIERTA

Señor don Vicente García Valero.
Amigo querido,
simpático actor:
¿Un prólogo quieres que sea sincero?
¿Y á mi me lo pides?
Acepto ese honor.

No un prólogo esperes inflado, pedante,
con citas y textos
en griego ó latín.
Ni copio aquí versos de Heine, ó del Dante,
ni frases me apropio
de J. Ruskín.

Podría aquí hablarte de Plauto, de Homero,
de Locke, Herodoto,
Moliere y Solón...
Mas ¡nó! ¡Dios me libre de hacerlo! No quiero
que nadie se ría
de mi erudición.

Empleo el lenguaje sencillo, corriente.
Diré lo que siento.
Diré la verdad.
Y ya que lo pides, querido Vicente,
escribo mi carta
con sinceridad.

Tu libro es gracioso; tu libro es ameno.
Se coge y se lee
de un solo tirón.
Que, burla burlando, todo él está lleno
de casos y cosas
de mucha intención.

Los hechos que narras son ciertos, muy ciertos.
No inventas, pues eres
un hombre veraz.
Jamás atestiguas con duendes, ni muertos.
Recuerdas el caso,
lo escribes ¡y en paz!

De autores y artistas anécdotas cuentas
de gracia infinita,
de mucho interés.
Y van desfilando, según los presentas,
Boggiero, Marquina,
Pelayo, Granés...

Algunos antiguos con otros del día:
Caprara, Tamayo,
Romea, *Clarín*...
Y en páginas llenas de amarga ironia
relatas las cuitas
del pobre *Espadín*...

Tu libro merece, si yo no me engaño,
un éxito grande
con mucha razón.
Y pronto, muy pronto, quizás en el año,
se agote—¡y Dios lo haga!—
la quinta edición.

Compartan tus horas el libro y la escena.
No gastes tus ocios
en dulce vagar.
Recibe un abrazo con mi enhorabuena,
y abur, y ya sabes
que puedes mandar.

VITAL AZA.

29—XII—911

FERNANDO VII Y CAPRARA

La primera piedra del Monasterio erigido por Felipe II—en conmemoración de la victoria alcanzada en la memorable batalla de San Quintín—fué colocada el 23 de Abril de 1563; la última en 13 de Septiembre de 1584; consagróse ya terminado el decorado interior en Agosto, día 30 de 1595.

Aquel Rey taciturno no pudo pensar—pues buscó soledades—que, pasado tiempo, las nuevas generaciones destruyeran sus gustos, formando un pueblo junto al albergue aislado que él apeteció, y mucho menos un teatro.

Las viviendas más cercanas—aparte de las de sus servidores—se encontraban cuesta abajo en el pueblecito titulado El Escorial. Más tarde, al edificar en la parte alta de junto al Monasterio, nació para este nuevo poblado la denominación de Escorial de Arriba, tomando nombre del pueblo de abajo, antes citado, existente ya en la época de aquel Austria.

Y *saltando reyes vino á dar juego* uno muy caballeroso y civilizado, que mandó construir Coliseos en los Reales Sitios; todos fueron hechos por igual plano arquitectónico.

Menos Felipe V, que al construir el palacio de San Ildefonso, en êl veraneaba, los demás Borbones y sus antecesores los Austrias, todos, hasta Isabel II, junto al pueblo de los *gurriatos* disfrutaban de frescas brisas y sanos esparcimientos.

La hija de Fernando VII decidió los viajes á San Sebastián, huyendo del tétrico Monasterio, pues explicaba: "Que ir allí era oxigenarse con el ambiente de los muertos... ¡Estar de jornada en el propio cementerio!... ¡Lejos, lejos de allí! ¡Tiempo le quedaba de permanecer en aquel lugar!„

Cuando esta señora en 1866 tuvo noticia de los apremios por que atravesaba el Tesoro del Estado, manifestó al conde de Puñonrostro, intendente del Patrimonio Real, su irrefutable y firme propósito de vender algunas de sus propiedades á fin de ayudar á solventar aquella crisis apremiante.

Con este motivo pasó á poder de particulares el coliseo del Escorial de Arriba.

Distinguidos vates dedicaron poesías á la regia magnanimidad que voluntariosamente se privaba de muchos inmuebles de su pertenencia.

A S. M. la Reina.

Mi musa no canta, llora;
y nunca mayores daños
pudiera llorar que ahora,
porque hace más de tres años
que estoy baldado, señora.
No hallo voces, no hallo acento,
no canto ni mal ni bien;
por lo que digo, y lo siento,
que debo tener también
baldado el entendimiento.
A estar bueno, yo cantara
tu noble desinterés
con voz muy sonora y clara,
y ante tus pies me arrojara,
para besarte los pies.
Mas, si el cielo oye las preces
de un enfermo, en este día,
tendrás el bien que mereces.
¡Oh!, bendita reina mía,
bendita seas mil veces.

NARCISO SERRA.

Reina te hace, señora, tu derecho;
reina te hace, también, tu noble pecho...

MANUEL TAMAYO Y BAUS.

Soneto.

Al clamor de tus pueblos, aflictivo
tu corazón, responde como bueno,
y tus riquezas das, henchido el seno
del amor de la patria, santo y vivo.
Tan noble acción con júbilo recibo,
de patriotismo y de entusiasmo lleno,
que al arte yo de Metternich ajeno
alzo mi corazón y en él la escribo.
Los rasgos mil de tu bondad fecunda,
admirará la gente venidera,
acogerá con impresión profunda,
mientras sonría en la celeste esfera,
al ver los hechos de Isabel Segunda,
la noble sombra de Isabel Primera.

JULIÁN ROMEA.

*

El progenitor de Isabel demostró gran afición á pasar temporadas en el Monasterio de San Lorenzo. Lo había aprendido de sus padres; lo tenía inculcado.

Siempre los monarcas absolutos fueron mejores amigos de los artistas que los constitucionales.

Los segundos, al sentir inclinación á las bellas letras y á sus intérpretes, si exteriorizan este sentimiento, al expresar: *Dejad que los cómicos se acerquen á mí.* —"Señor, la etiqueta no lo conceptuará de buen gusto... La oposición lo carica-

turizará...„ Así aconsejan muchos ministros, pelagatos ayer, hoy disfrazados con el flamante uniforme, menoscabado por grosero porte ó antiestética figura.

Los secretarios (ministros) del Rey *Deseado* doblaban el espinazo dejando en libertad el albedrío maestático.

Cuando el Soberano daba instrucciones referentes á las compañías dramáticas, el corregidor de Madrid—con sujeción á ellas—formaba las listas del personal que había de actuar en los Reales Sitios, y, aun contra la voluntad de algunos cómicos, de por fuerza iban los elegidos á trabajar en la jornada.

Del Monasterio á la calle de la Cantina del Escorial hay una mina; en esta citada calle, á la derecha, bajando la pendiente, se ve la puerta—en verano cerrada—por donde, en invierno, atraviesan los que habitan en el sagrado lugar y también los vecinos. Con esto esquivan los grandes temporales de aires que dificultarían el tránsito al querer atravesar la parte lateral de la inmensa lonja.

Por ese subterráneo iban los reyes al teatro; llegados á la calle de la Cantina, sin darse á luz, atravesaban por un puente con arco el ancho de la calle de Florida Blanca, pues dicho pasadizo, cubierto, desembocaba en el interior del teatro por el balcón que hay á la derecha de la fachada del coliseo. Todavía se conserva en el piso principal del edificio de las comedias el recibimiento de lle-

gada, hecho con tabiques, término del incógnito viaje que practicaban las reales personas.

Cuéntase que Fernando era muy dado á presentarse por sorpresa, completamente solo y familiarmente, á los comediantes en las horas de los ensayos.

Actuaba por el año veintitantos en aquel sitio la compañía de Bernardo Avecilla y Joaquín Caprara; éste había nacido en Bolonia en 1770; fué soldado en los Ejércitos españoles. En 1804 entró como comediante en el teatro de la Cruz; llegó á ser un gran barba. Tradujo del francés y del italiano varias comedias; tenía una gran figura, mucha *goma* en la cara, esto es, facilidad de expresión. Le deslucía su arte el marcado acento italiano, del que nunca llegó á desposeerse; el público fué tolerante con él respecto á este particular. Cuando María Cristina creó el Conservatorio, se le nombró profesor de Declamación; jubilóse en 1829 y falleció en Cádiz en 1838.

Una condición privativa hay que hacer constar con respecto al aludido artista: tenía un carácter de todos los demonios y era maldiciente en sumo grado. Esta particularidad había llegado á oídos del Rey, al que hacían mucha gracia las genialidades de Caprara, y fué su deseo pillarle en flagrante delito.

Para desesperarle, Don Fernando le llamaba *bolonio*. El actor le replicaba: "Señor; yo soy lo que V. M. se digne que sea; mas únicamente me considero bolonio por haber nacido en Bolonia".

Una tarde del mes de Agosto interrumpió Fernando su siesta para, á través de la mina y arco, presentarse en los palcos principales del coliseo á tiempo de ensayos.

—¿Qué hacéis? ¿Qué ensayáis?—preguntó.

—¡Señor!—exclamaron los faranduleros llenos del servilismo propio de la época—para pasado mañana estamos probando la comedia *La niña de Gómez Arias;* á bien que si V. M. quisiera hacernos alguna observación...

—Sí, sí quiero; en ese día deseo que representéis *El hijo de cuatro padres.*

Fernando, que había tenido una entrevista en Palacio con el galán Avecilla, á espaldas de Caprara, indicó esta comedia, pues sabía que González, actor de la compañía que debía desempeñarla, estaba afónico y tendría que hacer su papel, por primera vez, Joaquín Caprara.

—Me atrevo á observar á V. M.—manifestó Avecilla—que González está ronco; únicamente si el señor Joaquín se decidiera á interpretar su parte...

—¡Yo lo deseo! No creo que el bolonio quiera disgustarme.

—Aunque nacido en Bolonia me considero español, señor; mi rey lo ordena ... Con mucho gusto satisfaré á mi rey; mas hay una contrariedad: no tenemos aquí libretos de *El hijo de cuatro padres.*

—Esta misma tarde mandaré un propio á Madrid, y mañana temprano tendréis aquí la comedia; proseguid el ensayo. Luego os mandaré fru-

tas de la Casita de Abajo y dulces en almíbar para todos.

El Rey tomó asiento en el palco; los faranduleros ensayaban entonando mejor que podrían hacerlo en una representación.

De vez en cuando Caprara preguntaba en voz baja al compañero que tenía más cerca:—¿Aun está ese tío ahí?—pues no se atrevían á mirar, sino de soslayo, para no descomponer las actitudes de los personajes que ejecutaban.

—¡Ya se fué!—expresó uno de ellos.

Era cierto. Se cortó el ensayo. Dieron comienzo los comentarios.

El señor Joaquín destilaba hiel:

—¡Sacramento *di Dio!* ¡Cómo voy yo á aprender en dos días *El hijo de cuatro padres!*... ¡Ya le diría yo á él con respecto á los padres!

—Cállate, Caprara, que podía haberse quedado oculto.

—¡Que me ahorque! Así me evitará romperme los cascos con tanto *lávoro.*

—¡Pero hombre, ten presente—le objetó Avecilla—que nos va á mandar dulces en almíbar!

—¡A mí me sabrán á veneno de los Borgias! ¡Sacramento!

*

En uno de los cuartos del vestuario, con reja al jardín de la plazoleta, se hallaba al día siguiente el artista itálico-hispano, estudiando en voz alta los versos de una comedia.

Entró, no esperado, Avecilla y le preguntó qué hacía.

—¿Qué quieres que haga? ¡Romperme la cabeza con este papelón que he de hacer mañana! y... ¡nada!... ¡No se me pega! Todo por el caprichito de ese *¡Narizotas, Cara de pastel!* (1).

—Baja la voz, te pueden oir.

—No pasa nadie por la plazuela; si me oyeran... mejor, estoy muy harto; más le valdría ocuparse de los asuntos de Estado, que entretenerse en repudrirme la sangre. ¡Valiente caprichito el de ese... Narizotas!

—¿Qué te ocurre, Caprara? ¿Por que das voces?—dijo Fernando VII, que empujando la puerta del cuarto se había zampado en él.

¡..!

—¡¡Señor!! ¡¡Vuestra excelsa Majestad... aquí!!—balbució cayendo de rodillas.

El Rey reía á más y mejor. El comediante, ni aun viendo aquellas muestras de regocijo que patentizaban tratarse de una jugarreta, se tranquilizaba.

—¡Cálmate, seré indulgente! Dime contra quién tronabas con tanta violencia.

—¡Con nadie, señor! Quizá movido por la récita...

---

(1) De este modo tenemos aprendido que llamaban á Fernando VII sus contemporáneos, y también explicaban cantando que: "gastaba paletó".

—Y... ¿A quién iba lo de cara de pastel y narizotas?

—A quién ha de ser... á González... Trasnocha mucho... Los relentes le han traído la ronquera que le ha inutilizado...

—No me persuaden tus explicaciones—con esto Fernando le apretaba socarronamente—, lo de pastel sí, no le va mal; González es redondo de cara... ¡Pero narizotas! ¡Caprara, por Dios! ¡Si está completamente chato!

—Cierto, señor. Es chato por el físico... mas... no por su inteligencia, que no tiene nada de roma, sino por el contrario, muy aguda... Es largo de entendimiento... A este extremo referíame empleando la metáfora de narigudo.

—Joaquín; no veo claro en tus excusas más que una cosa.

—¿Cuál, señor?

—Que en fuerza de estar con los españoles, acabarás por igualarte á ellos, dejando de ser *bolonio*.

27-VII-911.

ROMEA Y CLARÍN

Andando de teatro en teatro por las provincias del Norte, aproveché una ocasión propicia para hacer una escapada á Madrid y pasar junto á los míos veinticuatro horas; tan sólo podía disponer de este pequeño lapso de tiempo.

Habíase estrenado en el teatro de la calle de Jovellanos, por Antonio Vico, *Los domadores*, de Eugenio Sellés.

Fuí á ver al gran maestro, que ante escasa concurrencia, representaba aquel drama en un acto, como primera función de la noche.

Luego subí á visitar á Julián Romea, y encontréme con que en su cuarto había establecido contubernio con el eminente actor.

Departiendo con ellos estuve hasta que acabó la cuarta función.

Habíase dado la última representación de *Los domadores;* el contrato de Vico quedaba finalizado.

Estaba el eminente artista pesaroso, y lamentándose de que, actuando sólo á las ocho y media, venían ya muchas noches no mandándole los veinte duros, convenidos á diario, hasta que terminaba todo el espectáculo.—¿Y por qué no envía usted al avisador?—hube de decirle—Porque ya lo hice, no consiguiendo que se me atendiera. La obra dió en las primeras noches cuanto había de dar, luego... ¡he tenido que acorazarme de paciencia para llegar al fin de este contrato *limité!*

Así era. Al terminar la cuarta entró un empleado de contaduría con veinte discos de á cinco pesetas.

Julianito Romea, que se sorprendió de mi visita, quejóseme, amistosamente, porque en Oviedo no le había estrenado *El señor Joaquín*.

Le expliqué la causa—no otra que el carecer de decorado para esa obra—y le aseguré que en Gijón se lo iba á representar muy pronto.

La Empresa Goyenechea había encargado pintar las decoraciones necesarias al señor don José María López, autor de la estatua de Pelayo en la población citada.

—Y dígame usted, Vicente, ¿cómo podríamos conseguir que don Leopoldo Alas viera mi zarzuela é hiciera su juicio crítico?

—No lo sé. Probablemente volveremos á Oviedo en las fiestas de San Mateo, entonces la verá, y podré hablarle, pues allí reside, como catedrático que es de aquella Universidad, y abonado

del teatro. Actualmente no sé si veranea en Gijón ó en qué pueblo.

—¡Caramba, apure los medios! Como se lo encontrara usted, influya con él.

—¿Y qué falta le hace á usted la opinión de Clarín, cuando ya tiene, y favorable, la de casi toda la Prensa de España?

—No obstante: Don Leopoldo es el único crítico verdad que hoy nos queda. ¡Unos cuantos renglones suyos formarían mi mayor vanagloria!

—¿Y si le pega?

—¡Tiene un aguijón muy dañino; sus picaduras, por suaves que sean, levantan roncha!—objetó Vico.

—Tal creo—asentí yo.

—No me importaría—dijo Romea—. Insisto, Vicente: los palos de Clarín marcan honrosa huella en las espaldas de quien los recibe.

Así quedó decretado, y, aunque no de mi gusto, me comprometí á realizar lo que Julián deseaba.

Salí de Madrid al otro dia de la escena mencionada.

*

El estreno de *El señor Joaquín*, fué un éxito verdad.

Todas las noches se representaba á última hora; el público gijonés acudía espontáneamente.

Para dar mayor importancia á la ejecución, me habia escrito *Chavito* rogando que se le contra-

tara, y accedimos para que hiciera el papel de Chisco que había estrenado en Madrid.

Llevaríamos sus veintitantas representaciones de la obra de Romea y Caballero, cuando una tarde, que estaba yo tomando el fresco en el paseo del muelle, me sorprendió ver pasar á Clarín.—Don Leopoldo—grité.

Después de los saludos obligados, me contó que veraneaba en...—no me acuerdo ahora qué pueblo—y que había acudido á Gijón para presenciar las corridas de toros que daba Rafael Guerra, *Guerrita*, pues era entusiasta del popular torero.

Aproveché la oportunidad y le di á conocer la carta que Romea me había remitido al saber el éxito bueno de su zarzuela. La misiva, que conservo como preciado recuerdo, dice así:

«Querido amigo Vicente: Recibo la suya con verdadera satisfacción y no encuentro palabras para manifestarle mi agradecimiento y el regocijo que me causa el éxito que ha alcanzado usted con el pobre señor Joaquín.

Regocijo, como digo, sí me ha causado; pero sorpresa no, sabiendo que *el pandero* estaba en manos de mi amigo y compañero Vicente, buen director, buen artista y mejor amigo. Deseo vivamente que usted personalmente y uno por uno, dé un abrazo de mi parte á los artistas (incluso pintores, músicos, etc., etc.) que han realzado

con sus méritos el valor de tan modesta producción.

Tendría interés en saber el juicio que le merece *El señor Joaquín* al notable crítico *Clarín*.

No me dirijo al mismo en persona, porque no pudiera creer que busco de su cortesía un elogio no merecido. Pero aprovecharía mucho su opinión para tenerla en cuenta cuando me disponga á *pecar* otra vez. Creo firmemente que hoy es aquél el *único* autorizado por su pericia en la materia para criticar enseñando, como ninguno de los que críticos se llaman se proponen ni consiguen.

Un abrazo cariñoso, querido Vicente; gracias por todo; besos á Florita, y sabe es de usted suyo de todo corazón su amigo

JULIÁN.

15-VIII-98.„

El ilustre crítico, después de leído el papel, devolviómelo y habló de esta manera.

—Pero, amigo Valero, si yo no conozco á Julianito... ¡vamos, le conozco de verle trabajar en Lara! Y... ¿qué móvil le induce á querer mi opinión?

—El valor de los escritos de usted.

—¿Y si no me gusta la comedia?

—El dice que un palo de usted lo considera honroso.

—Bueno; si no me gusta... me callaré.

—Como usted determine.

—El caso es que acaban ustedes tan tarde, la hacen siempre á última hora.

—Conveniencia de empresa. Yo sólo puedo comprometerme, si usted nos honra asistiendo, á hacer breve el entreacto; á empezar en punto de la hora fijada.

—*El padrino de "El Nene"* si me agrada. Aquel tendero, aquel señor Joaquín, es muy humano. Cuando vuelva usted á Oviedo haga otra vez esa obra; el público la verá con agrado. Adiós...

—A sus órdenes...

Al volver á la peña de amigos todos estaban enterados de nuestra conversación, porque un señorito, de los allí reunidos, mariposeando junto á nosotros se enteró de todo, y había llevado la noticia á los que aguardaban en las sillas: —Cla... Cla... Clarín... i... i... iba á...

—Acaba de una vez—le pedían.

—A... á... á ver *El... señor... Joa... Joa... Joaquín.*

Este *noticiero* era un gomoso distinguido, con caudal en los bolsillos, representado por fichas del Casino; tropezaba las teclas del piano, montaba á caballo, hablaba francés, parecido, y si nos preguntaba la hora era imposible decirle que las cuatro—si á ésta nos interpelaba—, pues al acabar su interrogación había que responderle las cuatro y quince, por el tiempo invertido en su tartamudeo.

Sobre todos los adornos enumerados, sobresalían sus aficiones decididas en materias artísticas.

Sólo gustaba del baile y cante flamenco; el drama le aburría, las comedias no le agradaban, los intérpretes no tenían mérito alguno... —¡Vaya una ciencia—decía—repetir las palabras del apuntador!...

Dos días después de mi encuentro con el señor Alas, estando en el entreacto de la última función, presentóse el tartamudo en mi cuarto y me apedreó con:

—Ahí... es... es... está... don... don... don...

—¿Quién? ¡Hombre de Dios! ¿Quién?

—Don.., don... Leo... Leo... Leo... ¡poldo!

Este *poldo* salió con mayor estrépito que la explosión de un petardo.

Ya otros jóvenes propalaban la noticia en los cuartos de las tiples.

Miré por el agujero del telón; efectivamente, en la última fila, primera butaca, estaba aquel hombre pequeñito de estatura, con lentes, barba descuidada y pobrísimo indumento.

Recomendé á todos el mayor cuidado; debíamos esmerarnos en nuestro trabajo al igual que si fuera estreno.

El público se percató de la presencia del eximio escritor, y sus cabezas marcaban un continuo movimiento de péndulo, girando desde el escenario al lugar que ocupaba el crítico.

Clarín, no cabía dudarlo, se encontraba á gusto. ¡Sonreía! ¡Aplaudió repetidas veces!...

Mas al terminar la obra, alguien pudo observar que su palmoteo era frío, marcaba galantería.

Los pollos, pelmas de escenario, á la salida rodearon á don Leopoldo, mas nada pudieron inquirir.

Pasaron días. Di en pensar que *El señor Joaquín* no había sido de su agrado y que decidía callarse según me anunció en el momento de mi solicitud.

Transcurrió más tiempo. ¡No había esperanza! ¡La pretensión de Romea era fracasada!

*

—Ami... mi... migo... don... Vi... Vi... Vicente... A... aquí... trai... traigo *El... Ma... Ma... Madrid Có... Cómico*... Cla... Cla... Clarín... ha... habla... de us... us... ustedes.

Cogí el periódico y leí:

"*Sr. D. Julián Romea:*

Muy señor mío: el simpático y discretísimo actor García Valero, hombre digno de crédito, además de excelente artista, me dijo, pocos días hace, en Gijón, que usted deseaba conocer mi humilde parecer acerca de *El señor Joaquín*.

Después de haber declarado el público en todas partes que *El señor Joaquín* le parecía cosa buena; y después de haber alabado esa zarzuela la mayor parte de los críticos que tratan de asuntos escénicos, bien podía usted considerar del

todo indiferente para su amor propio lo que Clarín pudiera opinar de la obra de usted.

Sin duda, usted me atribuye un valer que no tengo; pero suponiendo que yo fuera lo que usted cree, no lo que soy efectivamente, demostraría en usted mucha discreción y humildad el querer más pruebas del mérito de su obra que las que puede ofrecerle el buen éxito, ya logrado.

Ha querido usted, por lo visto, que la crítica sancionara, si lo merecía, el veredicto popular; y ha hecho usted bien; sólo se ha equivocado usted al elegir juez de *derecho;* pues yo no me considero más que simple jurado, y eso no como *capacidad*, sino en cuanto cabeza de familia.

De todas suertes, y sea yo lo que sea, usted ha querido saber lo que opino de su *Señor Joaquín*, y como usted pide franqueza y verdad, allá va mi parecer, sin rodeos.

Por lo pronto, su zarzuela de usted debe ser juzgada, no por la lectura ni por una representación deficiente, sino viéndosela á los actores, para quien ha sido escrita, ó bien á otros de mérito análogo.

Yo no he visto en esas condiciones *El señor Joaquín*. Dos papeles estaban muy bien desempeñados, cuando yo vi la obra: el del protagonista (magistralmente representado por García Valero) y el de mancebo romántico, que hacía á las mil maravillas un joven cuyo nombre siento no recordar. Pero el papel del dependiente seductor y el de la esposa fiel habían caído en manos de apre-

ciables artistas de segunda fila, y el de la hija engañada no había tenido mucha mejor suerte.

De esta manera no es como se ha de ver *El señor Joaquín* para formar juicio definitivo. Creo que si veo la zarzuela mejor representada me ha de gustar más.

Hace muchos años que le tengo á usted por buen actor cómico; si bien, como á la mayor parte de los que honran nuestra escena, le han sobrado á usted ocasiones de amanerarse y de abandonarse, y le han faltado las de aprovechar los beneficios de una noble emulación. Menos tiempo hace que le tengo también por hombre capaz de escribir con acierto para el teatro.

No creo que el señor Joaquín, el personaje, haya mejorado al pasar de *El padrino de «El Nene»* á la zarzuela á que da el nombre.

Al ganar en importancia *moral*, ha perdido gracia.

No crea usted, aunque se lo alaben, que ese estilo de sermón discreto, correcto y de párrafos sonoros, á *lo Tamayo*, es natural, ni digno de ser perpetuado en la escena. A muchos les parece eso el colmo del buen lenguaje, pero á mí no. Elija usted entre ambas opiniones.

Si es de alabar, relativamente, que en *El señor Joaquín* no haya chulos ni chistes verdes, no quiere esto decir que ese sea un mérito positivo y estético, sino negativo, extrínseco y circunstancial. No oiga usted á las sirenas que le pidan más sensiblerías de zarzuela *ética* y para uso de las fami-

lias, como cierto jabón; por ahí se vuelve á Eguilaz y otros horrores. Los que quieran ese cultivo atenuado de la moral cantada... *que compren un Fleury*.

Cultive usted la gracia, pues la tiene; pero huya de mezclar géneros que no admiten mezclas de buen grado.

A pesar de lo dicho, en *El señor Joaquín* hay una escena de efecto patético real, hondo, sencillo y noble; aquélla en que el honrado burgués siente con vehemencia la *fe en la castidad* de su esposa. Aquéllo es muy hermoso y está bien dicho; lo que se llama bien dicho.

El tipo del hortera sensible, es más gracioso que nuevo, pero hace reir muy legitimamente.

La niña... es tonta á ratos, y su alegría es poco humana por eso, porque es la de un irracional. Pero que mucho, si el mismo Shakespeare tiene personajes como el Cloten de *Cimbelino*, majadero á ratos, lleno de contradicciones irreductibles y antiestéticas.

Ahí tiene usted, señor Romea, en resumen, lo que *interinamente* opino de su *Señor Joaquín*.

Podrá usted encontrar juicio más acertado; más sincero no lo hay. Suyo,

CLARÍN.»

Del *Madrid Cómico*, fecha 3 de Septiembre de 1898.

*

Luego, estando en Oviedo, me ratificó el catedrático su opinión de que: "El tendero de *El padrino*, era un personaje de carne y hueso, modelo de honradez, y el de la segunda obra resultaba tonto de capirote; la niña mema, como nacida de padre *estultus*, y la zarzuela, en conjunto, de vida cortísima, porque lo falso dispone de horas contadas.„

*

Ya en Madrid, me encontré á Julián Romea, que lleno de indignación, sin preguntarme por mi salud, ¡vamos!, sin los cumplimientos obligados, expúsome: que él no esperaba semejante exabrupto... ¡Lo del *Madrid Cómico*, era inaguantable!...

Le recordé que don Antonio Vico y yo le habíamos mostrado temores referentes á que la crítica pudiera ser en contra de sus deseos; yo por servirle lo había hecho, aun contra mi voluntad, no obstante deploraba el mal resultado de mi encomendada gestión.

—Pues yo no me conformo—objetó Romea—. Voy á coger la pluma para rebatirle sus apreciaciones.

—¡Me da miedo lo que usted indica, Julián! ¡Piense lo que dice! ¿Entablar una polémica con Clarín? No recuerda usted las de... *(Le cité varias.)* Todos los que con él dirimieron llevaron grandes revolcones. Usted hará lo que quiera; mas he de advertirle que para obligarle á que

asistiera al teatro, le enseñé la carta que usted me escribió, solicitando la crítica de ese señor.

Malhumorados nos separamos Julián y yo.

Sin duda meditó con mayor serenidad su molestia, desistiendo de refutar en la Prensa los juicios insertados en el *Madrid Cómico*.

Romea siguió demostrándome frialdad. Por igual le correspondí, que mi conciencia de nada me acusaba; ¡no me había yo metido en las once varas de la camisa!

Cuatro años después, el día del entierro de Javier de Burgos, nos dimos de cara en la puerta del cementerio de San Justo y Pastor; iba más muerto que vivo, sacaba fuerzas de flaqueza para poner en su hombro una de las puntas de la caja que encerraba el cadáver de su grande amigo.

Al pasar junto á mí, me miró como en súplica y me manifestó que deseaba hablarme.

Terminado el sepelio nos dimos mutuas explicaciones de desagravio.

Le insté á olvidar el incidente, del que sólo su ansia de crítica extraordinaria tuvo la culpa, pues debía recordar que en su cuarto del teatro de la Zarzuela le auguró Antonio Vico:

—"¡¡Tiene un aguijón muy dañino, sus picaduras, por suaves que sean, levantan ronchas!!".

15-IX-911.

LAS NUBES DE DOÑA INÉS

En 1880 inauguramos el teatro de Aljinet, provincia de Valencia, con compañía dramática.

Dimos fin á nuestro compromiso en el mes de Junio y en viernes, razón por la que algunos amigos nos aconsejaban, ya que la Empresa, por el mucho calor de aquella región, no quería llegar funcionando hasta el domingo, diéramos nosotros esas dos funciones, y que, representando el popular *Tenorio*, obtendríamos dos llenos.

Nos convencieron.

Telegrafiamos á la capital para que mandaran los trajes de época.

Llegaron éstos.

Había otra dificultad: por ser teatro nuevo no existía decorado para la obra solicitada.

Lo que más nos precisaba eran las tumbas. Resolvimos hacerlas y aplicarlas en la decoración de selva; no importaba que quedara el cementerio en campo abierto, las verjas se las supondría lejos de la visual del público.

Un aficionado á mojar manojos de cerdas en botes con colores, improvisó sobre lienzo los frontispicios de las sepulturas de don Gonzalo, don Luis y doña Inés.

También pintó, en tela, la nube, que surgiendo de detrás del pedestal, remolcada por dos bramantes hacia las bambalinas, debía ocultar el agachamiento, en busca de escondite, de la comparsa que desempeñara la estatua de la angelical novicia.

El sepulcro de la hija de Ulloa lo hicieron tan chato, que al pedirle al maquinista un tabladillo para colocar en él la contrafigura, nos sirvió una mesa de pino, de las pequeñas que se utilizan en las cocinas. Encima de ella, sentada en una silla de enea, de las bajas, se presentaría la joven que hacía de estatua, y, en el momento de la ascensión de la nube, parando ésta un pequeño instante, no había que hacer sino tirar de la mesa hacia atrás, bajar la silla y descender doña Inés ayudada por un hombre allí oculto.

La muchacha que hizo esta contrafigura, fué la corista, muy conocida en los teatros de Madrid, llamada Juanita Acedo.

¡Era de verla sentada en la sillita, sobre la mesa, con muchos polvos en la cara, vestida de blanco y cubriéndola, de cabeza á pies, un largo manto de gasa, que por lo nuevo y engomado bajaba por ambos lados de su cuerpo en líneas duras formando un transparente fanal ó un cumplido mosquitero!

Y claro, que al sentarse, sobraba velo á cubrir los costados de la mesa.

¡Estaba interesante la chiquilla! ¡Parecía que acababa de practicar su primera comunión!

Al igual que en los teatros principales de la ciudad, dispusimos que el hombre escondido tras del sepulcro, tuviera junto á él una gran cazuela con lumbre, y un cucurucho de espliego para volcarlo en el fuego un momento antes de ascender la nube; esta humareda marcaba *el vapor calenturiento que fascinaba á don Juan*.

El demonio hizo que al encargado de esta operación se le ocurriera proveerse de un soplillo —aventador como allí lo llaman—, y un minuto antes del momento en que debía echar la alhucema dió dos aventadas á las brasas, se inflamaron éstas y al dejar caer el sahumerio en la cazuela se produjo una llamarada que prendió en los colgantes de gasa de la efigie, y á poco el incendio hubiese sido total si doña Inés, puesta en pie y á grandes voces, no demandara auxilio con:

—¡Ay! ¡Que me quemo! ¡Que me quemo! ¡Socorro! ¡Agua! ¡Que me abraso! ¡Que venga mi madre!

El asistencia oculto se llagó las manos en fuerza de aplaudir sobre las llamas del velo.

Por fin, el hombre y la comparsa se aquietaron, acurrucándose tras del lienzo.

Don Juan Tenorio seguía de rodillas y callado.

La nube se elevó cuando ya no había nada que tapar, y el público celebraba con grandes risota-

das el caso sorprendente de haber visto arder el mármol de Carrara.

Luégo, un guasón le decía, en su cuarto, á la *interfecta:*

—Pero niña, usted ha olvidado que doña Inés era huérfana.

—¡Yo!

—Sí; porque pedía usted que llamaran á su madre!

*

La gente del campo experimenta recelos á la vista de tal ó cual nube que puede traer pedrisco, y así también los cómicos han temido siempre á las nubes que en los teatros de los pueblos les presentan para el drama de Zorrilla.

Los mismos comediantes de la anécdota anteriormente referida, estando en el teatro de Sagunto, vieron que allí había tumbas y decorado completo para la obra del día de Todos los Santos, menos la malhadada nube que debía haberse evaporado, puesto que no la encontrábamos en parte alguna.

Y... ¿qué hacer?

Nunca falta á las compañías de por Valencia un émulo del Españoleto que se ofrezca á remediar el compromiso.

En búsqueda, por entre trastos y accesorios, exclamó el pintor, mostrándonos un trozo de lienzo

viejo:—¡Ya lo tengo! Que me traigan abundante papel de estraza, engrudo, pinceles, unas tetillas de azul marino, y tendremos nube.

Todo verificado, al poco rato puso su obra á secar.

Ya está hecha—nos decía—; por detrás tiene un letrero..., en fin, el reverso no lo han de ver.

Para quitar la monotonía de aquellas dos líneas rectas del lienzo, pegó en los costados trozos salientes y desiguales del papel de envolver, y todo embadurnado de azul, con pintas negras y blancas, marcando sombras, presentaba una nube que... ¡había que ponerle: *este es gallo!*

Llegó el acto del cementerio.

La *vaporosa* se elevaba, como la de marras, con dos tirantes atados al palo sobre que iba claveteada la tela por su parte superior.

En esta representación suprimimos la cazuela, el espliego, el hombre oculto y la comparsa. La estatua era de *atrezzo* y bajaba por tramoya movida desde el foso.

Llegó el momento de declamar Tenorio:

—"Dile que mire á don Juan
llorando en tu sepultura...."

Y cayó de rodillas para quedar ensimismado.

La orquesta preludiaba el *Delirio*, de Rossellén, para ayudar al interés dramático y á la pausa que imponía el trasiego de la nube. Esta, al subir

para ocultarse, hizo tope con una bambalina, y por más tirones que daban los maquinistas del telar, no conseguían hacer que pasase, no lograban ocultarla, no acertaban á deshacer aquel atranco.

Tirones y más tirones, dados á modo de elevar cometas, y... ¡nada! ¡Aquella nube traía tormenta!

No se hizo esperar; estalló en el público. ¡Pateaban los bravos saguntinos!

Los profesores apretaban sus arcos en los violines, convirtiendo en notas estridentes las melodiosas del *Delirio*; su *arcomanía* era dominar la silba.

Con tanto tirar de los cordeles, la tela pintada se desgarró del palitroque horizontal que la conducía y bajó ondulando hasta quedar enganchada en uno de los picos de la tumba; ¡por qué fatalidad se posó allí dando vuelta y enseñando su revés, en el que el público pudo leer claramente: «Callos y caracoles!»

¡Aquel lienzo que el pintor utilizó, era la muestra de un merendero!

Al galán le dió tal coraje, que no se dignó quitar de allí el pedazo de retor.

Lo dejó de manifiesto para chacota de los espectadores.

Luego, cuando acompañado de los capitanes Centellas y Avellaneda se dirige á la estatua de don Gonzalo con los versos:

—"Tú eres el más ofendido;
mas si quieres te convido
á cenar, Comendador..."

—¡Te va á dar callos! ¡Ahí tienes el menú!—gritó uno desde el anfiteatro.

15-IX-911.

LA MUERTE DE ESPADÍN

Juanito Elías—popularizado en diminutivo por la gente de teatro—, empresario de los coliseos Novedades y Tívoli, de la ciudad condal, estando en Madrid de temporada, asistía cuotidianamente á la tertulia del saloncillo de Apolo. Cierta noche empezó á contarnos que había visto un ensayo general de *La almoneda del Diablo*, en el Principal de Barcelona, en que los actores se repartieron bofetadas y palos.

—Espera—le repliqué yo—, vas á explicar los hechos muy borrosamente, y, pues yo tomé parte en aquel sucedido, en que sólo hubo un estacazo dado á la pared, que, no obstante, ocasionó la muerte de un hombre, si me das permiso, lo referiré tal y conforme acaeció.

Asintieron todos y narré lo siguiente:

—Estamos en 1910, de manera que hace treinta y dos años ocurrió la tragedia interesante que merece la atención de ustedes. La temporada de

1878 á 79 fué *tempestuosa* en el teatro indicado; el numeroso abono de entonces era de suyo descontentadizo y exigente; la compañía no agradaba. Domingo García, ídolo de los barceloneses, por disidencias con don Alberto Bernís, se había contratado con don Elías Martínez, empresario de Valencia. Antonio Riquelme ocupó su puesto, y le adjudicaban una silba por cada obra que representaba; en carnaval le dieron *la licencia*, y volvieron á traer á Domingo, con lo que congratuláronse los de Barcelona.

Alfredo Maza desempeñaba los galanes; su hermosa dicción no bastaba á contrarrestar el mal efecto que producía su figura enana.

Hubo de ponerse en escena el drama *Amor de madre,* para lucimiento de doña Matilde Díez; el personaje Lord Melvil, papel embolado que estrenó don Julián Romea—marido de la Díez—, lo esquivó Maza y fué á parar, indebidamente, al barba de la compañía, Ramón Portes Espadín; este artista lo hizo á regañadientes, y tan mal, que el abono, aunque no lo protestó, se apuntó en su haber mucha parte de antipatía para aquel comediante.

La Empresa empezó á demostrarle ojeriza; los compañeros—¡cosas de cómicos!—le menospreciaban, y quedó el pobre hombre en una pendiente resbaladiza por haber hecho el Lord Melvil, ¡que maldita la obligación que tenía de ello!

Este disgusto, mas otro anterior con la Empresa por faltar al contrato su hermano el galán jo-

ven José Portes (1)—que acababa de casarse con la actriz Emilia Torrecilla, y que, dejando como letra muerta la escritura de Bernis, había firmado otra con una Empresa de Alicante—hacían que el desdichado Ramón se encontrara violentísimo en aquel coliseo, pues bien claro le dijo al empezar la temporada el señor Bernis: "Que no traía á su hermano conducido por la Guardia civil, obligado de caballerosidad y pensando en relegarlo al desprecio más absoluto".

En aquel entonces los cómicos firmábamos individualmente contratas con las Empresas, expresando, de ambas partes, obligaciones y derechos; éstas nos entregaban, firmadas por ellas, las contraescrituras, copias exactas de los originales.

A los empresarios hoy en uso no les convienen estos documentos, alegan que los artistas faltan á lo allí escrito; no digo que no, en muy contados casos; sí en muchos, por parte de las Empresas. Con la supresión de las escrituras se hace explotador teatral cualquier *percebe* sin dos pesetas, y aquellos otros que tienen mucho dinero —sacado del teatro y que antes firmaban dichos documentos—los han abolido para hacer mangas y capirotes, crueldades é injusticias verdaderas.

En Cataluña aun están en vigor y se respetan los citados escritos; en los demás puntos de la Península dicen que para nada valen... ¡Ya lo creo

---

(1) Actualmente retirado de la escena por estar paralítico.

que sí! En el transcurso de esta historia quedará demostrado.

*

Ocupaban palcos y butacas lo más granado de ambas aristocracias: títulos y banqueros. No se daba función, mas se les permitía asistir, en concepto de abonados, al ensayo general de la comedia de magia *La almoneda del Diablo*, con decoraciones nuevas pintadas por el maestro de maestros Soler y Rovirosa; magnífico *atrezzo* de Tarascó, sastrería de Malatesta, bailables compuestos por Moragas, cinco primeras bailarinas italianas, coros, comparserío... ¡Un suceso! ¡La casa por la ventana!—como decimos vulgarmente.

La hora para comenzar la prueba: las ocho.

Habían dado las nueve y... no había visos de comienzo.

¿A qué obedecía aquella tardanza?

El empresario se hallaba junto á una mesa colocada en un lado del proscenio, con recado de escribir para anotar las deficiencias que pudieran resultar en la tramoya, escotillones y demás accesorios. Los actores, vestidos con los trajes de la obra, en espera.

Encontrábame yo con algunos amiguitos del público en la última fila de butacas en calidad de espectador interesado; se había repartido el papel de Blasillo por duplicado á fin de que alternáramos Riquelme y yo.

Inesperadamente oí que el autor de escena,

señor Pasos, á grandes voces, me llamaba por un costado del telón; acudí al escenario pensando por el pasillo que Portes se habría dormido; desempeñaba en la obra el papel de maese Pedro, y como éste empieza la comedia, quizá su falta motivara retraso tan grande.

Cuando llegué á las tablas habían levantado la cortina para ver el efecto de la primera decoración; Bernis bajó al pasillo central de butacas; entretenía el retardo, entregado á probaturas.

Desde el patio me preguntó don Alberto si yo había visto al barba.

—Debe estar durmiendo—le contesté—; es su costumbre después que comemos acostarse un rato; sin duda no le han despertado.

Fué el avisador á llamarle.

El empresario le dijo, desde abajo, á Maza que estaba arriba:

—Cuando entre le daremos todos un *¡hurra!* y la orquesta sonará un calderón desafinado.

—¡Ah, no señor! Déjelo usted á mi competencia—replicó don Alfredo, *engallándose* y buscando lucimiento ante el selecto senado que nos escuchaba.

Ramón—que vivía conmigo en la calle del Arco del Teatro, á pocos pasos de la puerta falsa del coliseo—tardó un instante en hacer su aparición. Llegó con los ojos abotargados, se le notaba soñoliento, no dueño de sí. Como por máquina se quitó el sombrero... Quiso hablar para excusarse y...

—¡Esto es indigno, señor Portes!... ¡Esto... no encuentro palabras lo bastante duras para calificarlo!...—vociferaba el galán—¡Hacer esperar á tantísima gente, es encontrarse mal con la educación!... No me replique usted..., ¡que la Empresa y yo nos damos por enterados!

¡Pobre actor! ¡No le fué dado disculparse! Roncar le hubiese sido más fácil. ¡Continuaba dormido!

En la sala podía escucharse el vuelo de una mosca.

Pedí la llave de mi cuarto, núm. 4, situado al lado del escenario, y en él se reunieron conmigo, á hacer comentarios, Ricardo Sabater y Rafael Barceló.

La orquesta atacó la sinfonía de la obra.

Al terminar la representación del Prólogo, se llegó á mi cuarto Ramón, y nos dijo:

—¡Compañeros, no sé lo que me pasa. Ese hombre me ha faltado de modo inconveniente y grosero delante del público!... ¡No sé lo que me pasa!... ¡Me considero vejado!

—¿Y cómo ha sido dormirse teniendo un ensayo de tanta importancia?

—Vicente lo sabe; es mi costumbre. El disgusto en que vivo por no poder soportar la separación de mi hermano me hace buscar el olvido durmiendo mucho.

Continuaba nuestra conversación en igual forma, cuando *desacertó* á pasar por la puerta del núm. 4, Lisardo, el de la magia, ó séase Maza,

dando tales voces sobre requerimientos de la escena, que no parecía sino que le habían puesto las facultades vocales en tono brillante.

Portes ya nos había anunciado que iba á pedirle una satisfacción; lo paró y al momento dejó oir el otro:

—¡Ah! Pero, ¿es qué quiere usted explicaciones? Pues no he de dárselas, ¡vive Dios!

—Sí me las dará. Me ha tratado usted muy cruelmente...

—Siempre que me dirija usted la palabra para esto, haré lo que ahora: volverle la espalda.

Así lo hizo.

El desairado enarboló el bastón y con él dió un *hachazo,* que si bien iba dirigido á la cabeza de Alfredo, como el pasillo era muy angosto, tropezó en la pared de enfrente, quedando el palo partido por la mitad.

¡Dios de Dios! ¡Qué trifulca se armó! ¡Qué de gritos daba el chiquitín de Maza! Su voz era de trueno, recordaba á Estentor en el sitio de Troya, haciéndose oir de cincuenta hombres á la vez sin estar éstos callados.

Todo el mundo se agolpó á aquel corredor.

Del público entraron condes y banqueros...

Un señorón con sombrero de copa, dirigiéndose al del estacazo, le conminó á que inmediatamente saliera del local.

—¿Y quién es usted para imponerme ese mandato?—preguntó el actor.

—Soy el alcalde de Barcelona—dijo el de la

chistera mostrando un bastón con dos bellotas plateadas.

—Está bien, pero no sé hasta qué punto le compete á una autoridad municipal semejante jurisdicción.

No objetaba mal el comediante. Aquel émulo del de *Zalamea* quizá no hubiera obtenido la aquiescencia de su rey y señor.

El cómico se marchó del teatro.

Los curiosos volvieron á sus localidades.

El señor Bernis entró en mi cuarto, manifestándonos que debíamos firmar una exposición para eliminar de la compañía al comediante apaleador... *¡de paredes!*

—¡Ah, no señor!—me atreví á contrariar con la fogosidad de mis veinte años—para nosotros tan compañero es uno como otro; respecto á disciplina... ellos con usted, don Alberto.

Continuó el ensayo. A mí, *burro de segunda tanda*, me llamaron para ensayar el maese Pedro.

Maza—hombre ilustradísimo, muy querido amigo mío—había dado un paso en falso; Portes, dando un bastonazo, también *en falso*, ganó las simpatías de muchos.

Al día siguiente, el barba, por el sistema de las misivas, fué despedido de la compañía.

Consultó con un abogado, le mostró su escritura, y éste le aconsejó: Que todas las noches, acompañado de dos testigos, se presentara en el escenario, y ante ellos preguntara al autor de

escena si tenía ensayos ó función en el siguiente día.

Así lo practicó.

La Empresa pagaba por quincenas, y, al vencimiento de cada una, á petición del artista despedido, el Juzgado mandaba la citación al Empresario, y el Juez fallaba: «Que se pagase al actor». ¡Conque díganme los modernos si las escrituras no servían para nada! ¡Cobraba sin trabajar, ya que razón no había habido para expulsarle!

El demandar á la Empresa quincenalmente fué por consejo del letrado para que, siendo cantidad menor, pudiera verse la competencia en el Juzgado de conciliación.

Al nuevo alcalde *de Zalamea* no le sirvieron las bellotas más que para asustar al comediante y perjudicar al empresario.

*

Tres nóminas llevaba cobradas Ramón Portes, por fallo á su favor, en tres juicios celebrados; mas aquel hombre vigoroso, abundante en carnes, se iba quedando en los huesos. El disgusto y *su amiguita* la cama minaban su existencia. No bajaba de los colchones sino en los momentos de la comida. Una vez le advertí: —«Amigo Ramón, esa cama le va á enfermar».—«Es usted muy niño para darme consejos».—«Pues... los niños y los locos decimos las verdades».

Dormía yo en la misma alcoba que él.

Fué enfermando paulatinamente, y tanto se agravó, que hube de pedir á la patrona me cambiara de habitación.

Así se verificó.

Llamóse al médico; éste preguntó si aquel señor había tenido algún disgusto. Se le explicaron pormenores y diagnosticó que el enfermo lo estaba de cuidado.

Con preámbulos interrogué á mi compañeio para saber si llevaría á mal noticiáramos la enfermedad á su hermano Pepe.

Me lo rechazó con palabras bruscas.

Los días transcurrían; los peligros aumentaban.

Comencé á decir á los actores del Principal la situación del doliente, y... ¡Por qué no escribir la verdad!... se mostraban indiferentes.

Todas las noches, al llegar á casa, y á tiempo de irme á dormir, entraba en su alcoba á ver si se le ofrecía algo.

¡En su semblante empezaba á perfilarse la herradura de la muerte! ¡La fiebre le consumía!

En una de estas visitas intentó, aunque en vano, incorporarse, y dejando caer pesadamente su cabeza en la almohada, me hizo señas con las manos para que me acercára. Con voz ronca de estertor, me dijo:

—Vicentito: busque usted en los bolsillos de esa americana que hay en el perchero una navaja de afeitar y llévesela á su cuarto.

Practiqué su deseo, interrogándole qué significaba...

—Pues que anoche quise levantarme; pero mis escasas fuerzas me impidieron llegar á esa prenda: tenía el propósito de degollarme.

—¡Vaya, vaya! ¡Está usted loco! Ya me la llevo y me servirá para los callos. ¿Quiere usted que le escriba á José?

—En modo alguno.

—Buenas noches, y á ser hombre juicioso; el médico ha dicho que está usted mejor.

¡Infeliz! ¡Teniendo hermanos, contando con amigos, iba á morir—pues yo pocos ratos podia dedicarle—como enfermo extraño de hospital, falto de cariños y solicitudes!

A mí, la visita de última hora me resultaba un gran martirio. ¡En esa edad de ilusiones, entrar á ver un espectro y tenerle que confortar con palabras de engaño, causaba en mi ánimo tal impresión, que ahuyentaba la tranquilidad de mi sueño!

*

De los del teatro, únicamente un partiquino, hombre viejo, llamado Imperial, cuñado de Domingo García, se me había ofrecido para velar al enfermo ó en todo aquello que me fuera necesario.

Llegué una noche á casa terminada la función, y doña Isabel Ruch, la pupilera, estaba aguardándome. Al verme exclamó: "¡Ay, don Vicente! ¡Pase usted! ¡El pobrecito está acabando!„

Me situé á los pies de la cama y... ¡quedé ate-

rrado! ¡La patrona cerca de mí, nadie más! Acordéme de Narciso Serra: «... un hombre y una mujer y un muerto junto á los dos».

Ramón Portes y Espadín exhalaba su último hálito; el ronquido debilitado, pequeña muestra de vida, se extinguió y simultaneando su postrera respiración... ¡dos hilos de sangre coagulada se escaparon de sus fosas nasales buscando escondite en el pecho.

La pupilera soltó dos chillidos que si no ensayados, en situación no estuvieron. Me recordó las asalariadas plañideras en los entierros ricos de las épocas arcaicas.

Inmediatamente, con mi ayuda, procedió á lavarle; al levantar la sábana que le cubría apareció el pobre comediante cual otro Cristo en nuevo Calvario. Fué el primero que vi expirar, y tan fuerte impresión me produjo que aun conservo la visión de cómo estaba colocado: ¡Sus brazos en cruz, la cabeza inclinada sobre el hombro derecho, un pie montando su planta encima del otro, y, para que la ilusión fuera más completa, la sangre que brotó de su nariz había ido á estacionarse en el costado derecho!... ¡Bien marcaba la lanzada! ¿Quién fué su Longinos?... ¿El alcalde?... ¿Don Alberto Bernis?... ¿Maza?... ¿La opinión?... Yo no sé decirlo. Seguiré relatando los hechos tal como fueron, y el lector juzgará quizá porqué alguno de los personajes de este drama muestre inquietudes é intranquilidad de conciencia.

*

—¿Conoce usted al señor Imperial?

—¿El hermano de las actrices Enriqueta y María, que vive aquí junto, en la plaza de Lancáster? Si señor.

—Está sobre aviso, se me ha ofrecido. Mándele llamar en mi nombre.

La Ruch se fué á despertar á Isidro, su marido, para dar cumplimiento á mi orden.

Yo seguía *atornillado* en el dormitorio sin poder apartar mis ojos de aquel imponente Gólgota.

Volvió el ama y me preguntó qué había que hacer. —"Con Imperial mandaré poner un telegrama á José Portes, que sé está en Madrid de regreso de Alicante; á seguida me ocuparé del entierro„. —"Debe usted hacerse cargo desde este momento de las ropas y haberes que pudiera tener el difunto. Las llaves, ¿sabe dónde las tiene?„

Hice memoria que al retirar la navaja de afeitar, por indicación del malogrado amigo, mi mano tropezó con un pequeño llavero, y, efectivamente, las hallé en el bolsillo de la americana. Se las di á la patrona.

Procedimos á abrir un baul en que guardaba las camisas y demás detalles de uso diario, los otros cofres eran del equipaje de la escena, y estos no se ocupaba Portes en abrirlos desde que dejó de trabajar.

Yo alumbraba; el ama, puesta en cuclillas, dió dos vueltas á la llave, levantó la tapa, y, tirando de la punta de un pañuelo de hierbas que aparecía encima de todo, al incorporarse la mujer,

aquel pequeño envoltorio, mal atado, se desdobló, y su contenido, al chocar en el suelo, produjo un tintineo sonoro, con notas melódicas, que convidaba á vida, ¡allí donde había entrado la muerte!

Los sonidos metálicos los produjeron nueve monedas isabelinas, de oro, de á cinco duros, una onza de Fernando VI, y media, de Carlos III.

¡¡El granero de aquella hormiga... aplastada por el pie del hombre!! ¡De aquel hermano mayor que al quedar huérfanos había tomado á su cargo la educación y sostenimiento del pequeño Pepe, que luego con su casamiento y desvío inoculó la añoranza en el infortunado Ramón! También teníam otro hermano llamado Luis (1).

Solícito se me presentó Imperial. Dispusimos el entierro para el siguiente día á las cinco de la tarde. Por la mañana tuve contestación telegráfica de José, facultándome para disponer todo lo concerniente al caso, noticiándome á la vez su salida de Madrid para Barcelona en el primer tren correo.

Al tiempo de marcharme al ensayo, me comunicó madame Ruch (era francesa):

—¡Ah! ¡Me olvidaba! Ahí ha estado Perico el bobo preguntando por usted y con deseos de ver el cadáver.

—Doña Isabel, no estamos para tontos; no le deje usted pasar, evitemos notas cómicas.

---

(1) Fallecido en Madrid el 14 de Julio de 1912,

Este Pedro (1), amigo lector, era un muchachote de familia medianamente acomodada, sencillo en extremo, popular en la calles; se pasaba los días en el café de las Delicias, sirviendo de hazmerreir á los cómicos. El remoquete de tonto le cuadraba á maravilla.

Llegué al teatro, noticié la desgracia á mis compañeros de profesión, y... ¡todos se asombraban!

—¡Pero hombre! ¿Cómo no nos has dicho nada?

—Señores: me duele la boca de hablarles un día sí, y otro también, de lo grave de la enfermedad.

Acordaron asistir al entierro.

No hicimos ofrenda de corona por no ser costumbre.

Cuando vino Maza le enteraron, y llamándome aparte... ¡Tímido!... ¡Blanco como el papel!... ¡Tembloroso hasta desistir de fumar!... arrojó el cigarrillo, guardóse las pinzas y me expresó:

—¿Qué es lo que me han contado, Vicente? ¿Qué desgracia ha sido ésta?

—Era de esperar. El infeliz ha llevado bastante tiempo en cama, y sufrido un cruento martirio.

—¿Ha dispuesto usted el sepelio para esta tarde?

—A las cinco le echaremos tierra cristiana.

—Y... ¿he entendido mal, ó dicen que va á venir el hermano?

---

(1) Se apellidaba Alba.

—Han dicho bien. Según noticia, Pepe llegará mañana por la tarde en el correo.

—Y... ¿va usted á enterrar el cadáver sin que haya llegado el pariente?

—El fallecimiento no deja lugar á recelos; el doctor, á ruegos, ha anticipado la hora de la defunción, por lo que no hay obstáculo alguno.

—Sí; mas sería un consuelo muy grande para Portes ver al difunto. Yo le suplico que hagamos una cosa: Dejaremos el cuerpo de Ramón depositado en el camposanto, prevendremos uno de los mejores médicos, y los tres, con el hermano, en un coche, llevando botiquín para socorro de síncopes, asistiremos á esa dolorosa presentación; yo sufragaré estos gastos; pongo mi dinero á disposición de usted para el entierro y demás.

—Gracias don Alfredo, nada necesito, el muerto ha dejado oro (1).

Asentí á las pretensiones de Maza movido por su acongojamiento.

Luego estuve en la contaduría, le referí á Bernis lo ocurrido, se lamentó de la desgracia, y dió orden para que se me facilitara dinero. Rehusé la oferta.

*

A las cinco menos cuarto estaban los actores del teatro Principal en la calle de Trenta claus

---

(1) En aquella época, y aun años después, el oro circulaba en España sin premio alguno. ¡Lo que va de ayer á hoy!

(Arco del Teatro) en la puerta señalada con el número 4.

Al bajar yo, precedido del féretro, me entregaron un telegrama procedente de Madrid; su texto era: "Aprobado cuanto haga. Correo carta explicaciones. Imposible ir. Le abraza, Portes„.

Seguimos á pie la comitiva, é hicimos alto en la Rambla de Santa Mónica; de la iglesia salió el clero y entonó un responso.

Junto á la muralla de mar ocupamos los coches. Maza conmigo, camino de Pueblo Nuevo, hasta el cementerio. En el trayecto di conocimiento á Alfredo del último parte recibido. El había dispuesto para más tarde médico y detalles, ¡ya no precisaban!; le vi más á gusto, sobre todo, por no venir el hermano.

Cuando entrábamos en el sagrado lugar, el cura de allí amonestaba acremente á un señorito joven, exigiéndole compostura y silencio. Fijéme en para quién iba aquello y me encontré con Perico el tonto, que á su modo—para él sincero, para los demás grotesco—acudía á rendir tributo al finado.

Tras el último responso, en aquel lujoso y vasto cementerio, en quinta tramada, en nicho de alquiler, quedó depositado el cuerpo del llorado amigo.

He de decir—pues hace al caso—que los nichos de aquel lugar son de una amplitud exagerada, quizá más del doble de los que aquí, en Madrid, se construyen de ordinario.

Para subir los ataudes á esas tumbas se valen de escaleras en forma de tijera—armada para que nunca cierre—con escalones planos y muy anchos, hechos con tablas; en las cuatro patas de este armatoste sus correspondientes ruedas, de á palmo en diámetro, para que facilite su transporte el más ligero impulso. Con varios ejemplares, de igual construcción, acuden continuamente al nicho que precisa, al igual que si arrastraran carritos de equipajes en los andenes de cualquier estación ferroviaria.

Tuvo lugar este sepelio en día que apretaba el calor.

Salimos del Cementerio Nuevo, camino de nuestras casas, á buscar un pequeño reposo, para en seguida volver á la carátula.

¡A vivir todos! ¡La perdida amistad al olvido!... No al mío, que ha sido mi pesadilla esta inicua memoria, que aún hoy con exactitud completa hace aparecer ante mis ojos: "¡Los brazos en cruz!... ¡La cabeza inclinada sobre el lado derecho!... ¡Un pie montando su planta sobre el otro... y el hilo de sangre estacionado en el costado!„

*

Siempre tras del drama se representó el sainete.

En esta tragedia que acabo de relatar se levantó el muro de contención para todo fin de fiesta.

¿Verdad lector que con tu impresión, así lo ves,

y que distinta cosa no habías de creer? Te equivocas, y voy á persuadirte.

Al otro día ya nadie hablaba de la muerte de Espadín; todos comentaban el chusco sucedido del camposanto (1), que en gacetillas daba á conocer la Prensa de la mañana.

En el Cementerio Nuevo, en aquellas grandes manzanas compuestas de amplias calles con enterramientos en sus paredes, hay vigilantes para las distintas demarcaciones —al igual que en las ciudades de los vivos—, que rondan durante toda la noche. Sólo faltaba que aquellos serenos, lo mismo que los de las calles de Barcelona—en la época de esta crónica—, cantaran las horas, las medias y los cuartos; mas allí... ¡para qué! ¡Ninguno de sus aposentados tenía que madrugar! ¿Esto era lo racional? Sí, pero á veces surge lo inesperado. Enterémonos.

De diez á once de la noche, del día en que enterramos al actor, uno de los fúnebres serenos se aterró en su quietud y soledad por un: ¡Chis!... ¡Chis!... ¡Chis!... que salía de los nichos altos.

—¿Quién va? —gritó con espanto.

—¡Chis!... Porti la'scala (2).

—¡¡Qué!!...

—Que porti la'scala.

---

(1) Aun se recuerda entre los barceloneses de edad provecta este caso, titulándolo *El hecho del "xato de l'encant"*.

(2) Traiga la escalera.

—¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Un muerto que resucita! ¡Socorro!

El pobre hombre echó á correr.

Acudieron otros compañeros y les refirió la causa de su espanto.

Todos en piña, después de despertar al conserje y al capellán, se dirigieron al lugar donde se había escuchado la voz.

Requirieron las pistolas.

El suceso era inexplicable... ¡Los muertos no hablan!

De nuevo el ¡Chis!... ¡Chis!... ¡Chis!... les orientó, y aunque iban varios, no por eso se encontraban tranquilos.

—¿Quién anda por aquí? ¿Quién llama? ¡Pronto, diga quién es ó le hacemos fuego!—gritaba el conserje apuntando con el arma á blanco indeterminado.

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡No se asusten! Acérquenme la escalera.

Enfocaron los faroles y... ¡¡Pedro el tonto asomaba tranquilamente su busto por uno de los nichos de cuarta tramada!!

—¡¡Perico!!—prorrumpieron.

Aproximaron una de aquellas grandes escaleras, bajó el asustador de guardianes, y, preguntado por qué se encontraba allí, manifestó: «Que por haberle regañado el cura, no se atrevía á salir mientras estuviera en la puerta; lo dejó para más tarde, y pensado echar la siesta en uno de los nichos nuevos, se sirvió de la escalera para subir;

mas al despertarse, ya hacía un rato, no encontraba la manera de bajar.»

Así fué. Para otro menester la habían arrastrado á distancia.

¡Quién iba á pensar que arriba quedaba el tonto, haciendo tal tontería!

El pavor del momento acabó en jolgorio.

Acompañaron á Perico hasta la puerta de entrada, agasajándole con varios coscorrones por vía de escarmiento.

Abrieron el postigo, y de un empujón le lanzaron á la carretera, prohibiéndole volver por allí... ¡ni aún después de muerto!

17-VII-910.

LA MEJOR ALHAJA

Don José Valero, actor genial en toda la acepción de la palabra—cuando todavía no estaba desacreditado este adjetivo, pues no se había otorgado á artistas de insignificancia que con cuatro gestos y cuatro churriguerescos trajes lo han disfrutado gracias al favor de algún amigo—arrebataba á los públicos con su arte sensacional.

Un avaro, *El patriarca del Turia*, *El músico de la murga*, *Guzmán el Bueno*, *Ricardo Darlington*, *La carcajada*, *El mal apóstol y el buen ladrón*, *El Alcalde de Zalamea*, *Baltasar*, *Los amantes de Teruel*, *Las querellas del Rey Sabio*, *El tío Pablo ó la educación*, *La aldea de San Lorenzo*, *El cura de aldea*, *Los laureles de un poeta*, *El dómine consejero*, *La campana de la Almudaina*, *En el pilar y en la cruz*, *La muerte en los labios*, *El maestro de escuela* y cien más.

En esta corona de gloria no hay que olvidar sus

dos mayores destellos: *Edipo*, *Rey de Tebas* y *Luis onceno*.

¡Qué entusiasmo delirante sentían los espectadores ante el trabajo del eximio actor!

Fué tanta su flexibilidad, que después de hacer rugir al público con excitaciones patéticas por el drama á que asistían, les hacía luego reir á carcajadas durante el fin de fiesta en que interpretaba alguna pieza cómica.

En testimonio de mis opiniones no aporto solamente el decir de los viejos, pues existen las crónicas y reseñas de 1840 y tantos en que unánimemente le proclaman rey de la escena.

Sus triunfos nadie los pudo igualar; tenía sobre su competidor Romea la ventaja de un repertorio popular y unas facultades soberbias para desempeñar personajes heroicos.

En Granada se hallaba—actuando en el teatro *Principal*, haciendo ya las últimas funciones de abono, y disponiéndose para ir á Sevilla—cuando recibió la visita de un caballero cordobés, que le suplicaba con grandes extremos y ofertas, que pues en su ruta tenía que pasar por Córdoba, se detuviera allí á dar diez funciones. No le ponía límite á cuantas condiciones pudiera exigir.

El artista se excusaba por su compromiso de la ciudad andaluza antes citada; además le hacía observar al interesado que, en la población sultana, ya en época primaveral, era presumible dieran las representaciones un resultado funesto para las arcas de la Empresa.

—No se preocupe usted por ello, mi señor don José, yo soy el empresario á todo evento; la pérdida, lo más, ¿podría ascender á diez ó catorce mil pesetas?... ¡No me importa!

—¡Señor mío, no tanto! ¡Eso equivaldría á que yo hiciera las funciones para usted solo!

—Por eso digo que aunque mi déficit alcanzara á las quince mil pesetas, mucho más me costaría una alhaja.

—No comprendo, caballero...

—Le suplico que deje mis explicaciones para más tarde; se las daré cumplidas, ahora no hacen al caso.

—Usted se entenderá. No insisto. Entrevístese con mi representante. Me reservaba seis días de descanso; el contrato con usted será de diez funciones; pues bien, con cuatro que retrasaré la inauguración en Sevilla y privándome del reposo indicado, podrá cumplírsele su deseo. Dicho está.

—Muchas gracias don José y mande como guste á su admirador y amigo, desde este instante, F. de T.

Este contratista que surgía tan de improviso, no pudo sugestionar al actor mencionándole títulos de su nobleza; no los poseía, sólo contaba con muchos títulos de grandes propiedades.

*

En el Principal de Córdoba debutó la compañía de Valero con el drama *Tasso*.

Hubo escasísima concurrencia.

Al día siguiente púsose en escena *El guante de Conradino.* El público no acudió al teatro.

Tercera función: el melodrama *La huérfana de Bruselas.*

Cuando iban á levantar el telón, escudriñó el galán por el agujero de la cortina, y en un arranque de aquellos tan peculiares en él — tenía muy mal genio—le ordenó al segundo apunte que llamara inmediatamente á don F. de T., pues había que suspender la función.

¡En la sala no había nadie!

A poco se vió cumplido el requerimiento del comediante. Allí estaba el empresario.

—¿Qué le ocurre, don José?

—¡Estoy dado á todos los demonios!... Queda roto nuestro contrato!... ¡Suspendamos esta noche!... ¡En el público no hay nadie y tal desprecio no lo sufro yo!

—Se equivoca usted, señor Valero. Ahí fuera se halla lo mejor de Córdoba; lo que me ha obligado á suplicarle á usted este compromiso de diez funciones.

—¡Hombre de Dios, si en butacas apenas he contado seis ocupantes!

—No es lo peor su escaso número, sino que esos pocos no han pagado; son localidades de oficio, inevitables en todo teatro, como usted sabe mejor que yo.

—¡Pues vámonos ya, y que se diviertan en sus casas!

—Yo le suplico que no lo tome en cuenta; estoy satisfechísimo y ya ha llegado el momento de darle aclaraciones.

—Yo creo que ha llegado la de apaga y vámonos!

—Nada de apagar... ó sí, eso debe hacerse. yo *á pagar*, y usted amable y siempre caballero, mi mejor amigo, á hacerme el favor de trabajar, ¡qué usted no se ha fijado en los palcos!

—Sí, señor, ¡mucho! ¡Y he visto que no hay nadie!

—Sírvase usted acercarse. Eche una miradita por el agujero del telón. ¿Qué ve usted en el proscenio de la derecha del piso principal?

—Una niña y una señora, muy hermosa por cierto.

—Esta noche, después del trabajo, le ruego me otorgue la honra de cenar conmigo. La solución de mi enigma ha de convencerle. Ahora, a empezar.

Así se verificó.

Ya de madrugada don José Valero y el empresario, en cena íntima, dialogaban de esta manera:

—Sí, amigo mío, ilustre artista; esa dama es viuda, soy su cortejo más asiduo, soy inmensamente rico... El afecto de esa señora constituye el anhelo ferviente de mi vida, ¡lo sacrificaría todo por lograr su posesión! Trataba yo con ella de hacerle un presente en su cumpleaños, y por más joyas que le nombraba ninguna merecía su

estima. Gran aficionada al arte dramático, conocedora, de oídas, de los muchos triunfos de usted, se lamentaba de no haberle visto trabajar; á mis súplicas de obsequio, me manifestó: "Que si le hacía venir á usted á actuar en Córdoba, lo conceptuaría de mayor importancia que si le hubiese regalado la mejor alhaja„.

22-IX-911.

EL SOLDADO FEDERICO

Pues señor. .así como en muchos cuentos figura un rey con tres hijas, en este mío, y sucedido, hay que mencionar á un maestro de música con tres varones, pues aunque también tiene igual número de hembras, las dejaremos quietas en casa y entregadas á sus quehaceres.

Dice un adagio: "En casa del herrero cuchillo de palo„... El mayor de los hijos del músico tenía el grado de comandante en el Ejército de España; el mediano era capitán de la Guardia civil, y el tercero cajista y quinto, con bola negra, en el año 1884.

Solamente el segundo de éstos, llamado Pedro, cuando chico aprendió algo de música y había rascado las tripas de un violín en el teatro Principal de Valencia, cuando el papá dirigía aquella orquesta.

Don José Vidal y Casanova, conocedor del pentágrama, que escribió muchas composiciones

religiosas y profanas, se hallaba en la época de mi referencia, viejo y ocupando un puesto de violín primero en el teatro Real de Madrid.

A la vez que sus conocimientos en el divino arte, fué hombre que leyó muchísimo; poseía una regular ilustración y claro entendimiento. Su defecto capital lo tuvo en vivir al día: gastando mucho se consideraba feliz; aparte de esto disfrutaba el don de gentes, siendo espontáneo en frases y sutil en réplicas para los que le zaherían.

Habiéndole dicho una vez Mancinelli, en el ensayo, que pues se encontraba acatarrado no fuera á la función, contestó que ya decidiría más tarde.

Por la noche, en casa, á tiempo de entregarle á su hijo Pedro una localidad de favor que para él había pedido á la Empresa del Real, le suplicó se llegara al escenario para decirle al portero se sirviese avisar á Hierro el de la orquesta, de que el maestro Vidal no iba por estar enfermo.

A esta demanda el del tricornio, sintiéndose indignado, contestó:

—¿Desde cuándo se te ha podido ocurrir que todo un capitán de la Guardia civil sirva de ordenanza á un músico?

—Oye tú: he conocido muchos capitanes de la Guardia civil que rebuznaban—le replicó el padre.

Nuestro don José amaba mucho á todos los suyos.

Sufrió disgusto inmenso al ver á su hijo menor destinado á Pamplona, cuando le tocó la suerte de quintas.

¡Qué no hubiese hecho él por librar á Federico del servicio de las armas!

Revolvió Roma con Santiago... Todas cuantas influencias se interesaron para traer al chico á Madrid, tenían esperanzas de poderlo hacer transcurrido un semestre—me parece que este era el tiempo de instrucción—; hasta que no terminara tal plazo, decían que no lo conseguiría ni el mismo Rey. Así lo aseguraban los generales Burgos, Salamanca, el hoy ayudante de S. M., don Vicente del Río y otros jefes.

Por estos mismos señores se obtuvo que el soldado estuviera de escribiente en la Capitanía general de Pamplona, rebajado de servicio y viviendo en una casa de huéspedes que le costeaba el papá.

Era cuanto había podido lograrse.

El favorecido no se conformaba.

En sus cartas á la familia les decía estar desesperado.

Como el diablo todo lo enreda, hizo que el reposo de la guarnición pamplonense fuera interrumpido.

Salió de París con instrucciones de Ruiz Zorrilla el capitán de Carabineros don Higinio Mangado. Su empeño consistía en sublevar la citada guarnición.

Llegó al pueblo de Valcarlos; con dinero hizo suyos á los carabineros... pero á nadie más; los militares salieron en persecución de los amotinados.

A favor de la niebla, y por sorpresa, mataron con sus descargas á Mangado y á algunos más. Sofocada la rebelión llevaron el cadáver del insurrecto á Orbaiceta para darle sepultura.

En estas escaramuzas y jornadas anduvo el hijo del músico, que, no acostumbrado á las alpargatas, se le abrieron los pies, como decimos vulgarmente, y uno de los jefes dió orden de que lo echaran como cosa inútil en un carro de impedimenta.

Restablecida la normalidad, el militar raso amenazaba á los suyos desde el pupitre de la Capitanía, con el golpe efectista de que iba á suicidarse si no le reingresaban inmediatamente á Madrid.

¡Aquello no podía hacerlo ni el Rey!...—decían muchos.

La familia estaba consternada.

El señor Vidal, á la vez que su puesto en el teatro, había desempeñado hasta hacía poco la clase de canto del célebre Ronconi, por enfermedad del ex barítono; al separarse de dicha academia hubieron de solicitar sus lecciones varios de los discípulos del viejo ex cantante, y á casa de don José, Avemaría, 50, iban por la tarde á practicar arpegios y vocalizaciones, habiendo entre los concurrentes alguna que otra señorita aristocrática.

Una tarde que fuí á casa de mi suegro—pues el profesor tenía este parentesco conmigo—vi salir del portal una joven elegante que llorando á lágrima viva subió en su coche.

Pasé al comedor para saludar á mi mamá política, que con mi mujer y otros de la familia allí estaban reunidos.

El maestro permanecía en la sala dando clase.

—¿Quién es—le pregunté á mi suegra—una señorita llorosa que he visto abajo?

—¡Ah, sí! una discípula.

—¿Y por qué tan afligida?

Se presentó don José, de paso en el comedor, y le interrogué:

—Dime, Pepe, ¿por qué lloraba esa jovencita? ¿Qué la has hecho?

—Sabe—respondió—que me ha propuesto fuera á Palacio para acompañarla al piano; desea oirla la infanta Isabel; ¡lo que yo la he dicho!: "Fulanita, ¿usted ignora que soy republicano? ¡Un verdadero *sans-culotte!*... ¡Aquella atmósfera borbónica me carbonizaría la sangre! Fíjese en quien tengo aquí. ¡Ese! ¡Ese es mi ideal!„

Le mostraba un retrato de Castelar.

Ofreció recomendarla á otro maestro para que fuera al acto; mas la chica alegaba: — Usted conoce mis defectos, con otro no estaré confiada...

Ante las negativas del señor Vidal, había surgido el llanto.

Luego de darme el profesor estas explicaciones volvióse á la sala; yo, que había callado mi opinión hasta aquel entonces, le expuse á mi mujer:

—¿Con que tenemos á tu padre republicano furibundo?

—¡Ya lo ves!...—me respondió, sin poder contener la risa.

La cónyuge del *federal,* una bondadosísima señora, nos observó: "Que Pepe siempre había sido muy demócrata„.

—Lo que ha sido—dije yo—un inconsciente de marca mayor. Bien podía guardar sus teorías libertarias, y ya que no es tonto y tiene facilidad de palabra, quién sabe si se le presentaría ocasión de hablar á la Infanta para conseguir lo de Federico.

Mi advertencia produjo mágico efecto.

Cuando no quedó ningún discípulo en la casa, arremetimos toda la familia contra el *revolucionario ojalatero*, que no conocía más barricada que la del fogón de la cocina, ni otra artillería que la cazuela del arroz, á la cual dirigía sus miradas continuamente en acecho de ver si llegaba á su punto—no fuera á pasarse—pues siempre fué buen valenciano y mejor gastrónomo.

Le pusimos en tal cerco que, á indicárselo, hubiera dado vivas á los monarcas.

¡Cómo no, si le asegurábamos que iba á lograrse el regreso de su adorado hijo!

Al momento escribió una carta á la discípula desairada notificándole que aceptaba lo que antes había rechazado.

Nos observó que quizás sus prendas de vestir...

—No te importe—le contestó mi esposa—luego te mandaré frac, levita, lo que desees, puesto que la ropa de Vicente te está á medida.

La ida al regio alcázar se verificaba en el siguiente día.

Todos teníamos grandes esperanzas.

*

A su regreso de Palacio le interrogamos ansiosamente.

Nos contó: Que acompañó en el piano á la discípula; que la infanta Isabel, esa buena dilettante, había elogiado en gran manera la voz de la joven, y á él como profesor, también le dedicó alabanzas, diciendo conocerle de verlo en la orquesta del Real, pues era buena fisonomista. Disertaron sobre el repertorio lírico y él en el teclado improvisaba los temas de las óperas á que hacía referencia S. A.

Y aquí tenemos al *cantonal* domeñado por la amabilidad de doña Isabel de Borbón.

Luego—continuó—al despedirnos, me atreví á decirla: "Señora, tengo un hijo en la milicia, está de escribiente en la Capitanía de Pamplona, su separación nos tiene contristados. Cuantas gestiones hemos hecho para conseguir su traslado á ésta, han sido estériles. Me atrevo á aprovechar la feliz oportunidad que me ha acercado á V. A., para suplicarla me perdone, pues desconozco las etiquetas palatinas, y también rogar á vuestro magnánimo corazón se compadezca del sentimiento de este padre é interponga su valiosísima

influencia para devolver la tranquilidad al seno de mi familia„.

Doña Isabel, así que acabó de hablar el maestro, le dijo á uno de los caballerizos: —"Tome usted nota del hijo de este señor. Mañana hay Consejo de Ministros en Palacio, hágale saber al de la Guerra que no se marche sin verme.„

Le hicimos á Vidal una ovación, con abrazos de cariño por lo bien que había realizado nuestro programa; ya sólo restaba esperar los resultados: si no venían favorables no era por haber dejado de aprovechar los medios. Teníamos el *no*... ¿Por qué no podía venir un *sí?*

⁂

Los que conocían nuestra nueva esperanza, nos desilusionaban; ¡no lo creían posible!

Transcurridos siete días...

—¡El señorito Federico!—gritó la criada inesperadamente.

Todos: ¡Federico! prorrumpieron. Le abrazaban llorando, y, no cabía dudar que él era, vestido de paisano.

—Pero... ¿qué es esto?—le preguntaba el padre.

—Vosotros sabréis. A mí, en la Capitanía, el jefe me llamó, y dándome dinero de sobra para el viaje, dispuso que saliera en el tren de la noche para Madrid, y que me presentara á Primo de Rivera, ministro de la Guerra.

¡No cabía duda; realizó el imposible doña Isabel de Borbón y Borbón!

El General, sin darle explicaciones de por quién venía recomendado, le manifestó que quedaba de ordenanza en su despacho.

*

Mucho le distinguió el Ministro; al innovar el uniforme del Ejército con la guerrera, expuso don Fernando á los compañeros de gabinete que para dar á conocer aquella prenda á SS. MM., serviría de modelo su ordenanza, pues tenía muy buena figura.

Efectivamente, el protegido era de porte elegante, y como detalle, añadiré que tenía el pelo completamente rojo, al igual que sus dos hermanos.

Al alcázar llevaron el *maniquí* á presencia de Alfonso XII, que aprobó aquel nuevo indumento, luego á que lo viera doña María Cristina, y después ante la infanta Isabel, que aun habitaba en palacio.

De vuelta á casa le dijimos:

—¡Hombre!... Te has visto en presencia de tu madrina, detalle que ella quizá no ignore, pues le habrá dicho Primo de Rivera que eres su recomendado, ¿y te has podido contener sin darle las gracias?

—Bien se me ha ocurrido; mas allí, entre tantos personajes, me ha faltado decisión... Luego, la

disciplina... Pero... ¡no me han faltado sentimientos!

—Precisa que tú y tu padre vayáis á demostrar vuestra gratitud á esa augusta señora.

—¡Se hará! ¡Se hará!—repetía mi suegro—También le llevaré, como débil muestra de agradecimiento, una composición mía, para piano, con dedicatoria.

El buen deseo quedó incumplido.

Aunque de la familia..., ¡por qué no confesar que don José Vidal era tornadizo!

Una cosa se le aquietó: el republicanismo.

¡Pobre Pepe! Transcurridos dos lustros, el comandante de Infantería murió de cincuenta y tres años á causa de padecimiento contraído en la guerra de Cuba. Casi á la vez, el guardia civil falleció á los cincuenta, cuando nada hacía prever este fatal resultado. A poco dejó de existir Federico, á los treinta y tres de edad, por consecuencia de una pulmonía. Mi suegra, también de pulmonía, pasó á mejor vida, y mi pobre Angela, mi buena esposa, de treinta y cinco años, y de perineumonía, perdió la existencia... Y si á alguien le parecen pocas víctimas—aun callándome las defunciones de dos hijos míos—, nos iremos los que restamos de tan desdichada familia á pasar los inviernos en el Guadarrama.

Don José, con siete décadas y media de vida, se conservaba fuertecito; el empresario Arana (Dios en la gloria lo tenga, si á ella van á parar los que hacen daño á los viejos) echó de la or-

questa del Real á los profesores ancianos, y esta fué la herida de muerte que recibió el maestro Vidal.

En 1905 me iba yo á Cádiz; le llevé conmigo. El no conocía nada de Andalucía y siempre dijo que lo deseaba en gran manera.

Al saber que íbamos á la ciudad gaditana fué mucho su gozo. Tenía empeño en visitar el nicho del actor Albarrán, su colaborador, pues con él había compuesto zarzuelas estrenadas en época remota.

Llegados á la *Tacita de Plata* enfermó, y, por caprichos de la casualidad, al verificar su enterramiento echamos de ver que la fosa para él abierta estaba junto al nicho de don José Sánchez Albarrán. ¡El deseo no logrado en vida, lo obtuvo después de muerto!

*

Los que de esta familia hemos escapado á tan pródiga crueldad, conservamos grata simpatía para esa Infanta de la casa de Borbón, reina por sus magnanimidades.

En 1886 tuve la honra de conversar con S. A. las noches que asistía á las funciones del teatro de Aranjuez.

Actuábamos allí durante el mes de Junio parte de la compañía que habíamos hecho la temporada de invierno en Eslava, de Madrid.

Fué nuestro empresario en el Real Sitio, Angel Pastor (matador de toros).

El torero marchóse á sus corridas, de provincias, dejándome encargado de la dirección teatral.

Se disponían arcos de follaje y alfombras en el pasillo que tenía que pasar la Infanta hasta llegar á su palco platea. Salíamos en comisión á recibirla.

Desde tan antigua fecha, firmo en su álbum de felicitaciones, dos veces, cada doce meses, los días 19 de Noviembre, su fiesta onomástica, y 20 de Diciembre (Santo Domingo de Silos), su cumpleaños, que le deseo sean tantos como caridades practica.

Voy á terminar este capítulo reseñando una ligera anécdota.

En 1904 trabajaba yo en el teatro de la Zarzuela.

Siempre fué de mi gusto, en Semana Santa, pues que no se dan funciones, dedicar esos días á la familia: no salir de casa.

En el año de mi referencia, llegado el Jueves Santo, por la tarde, sentí comezón de ir á la lotería de la calle de Mesonero Romanos (Olivo) á canjear tres décimos agraciados en la timba Nacional.

Quebranté mi propósito y salí.

Ya en mi poder los dieciocho duros de aquel premio chico, bajaba por la calle del Carmen á la Puerta del Sol, echando de menos cerillas para encender el cigarro.

Junto al Crédit Lyonnais me encontré con Higinio Palacios, cochero de la Real Casa, y le pedí

lumbre; estando besuqueando su cigarrillo con el mio, me dijo el uniformado auriga: —Dése usted prisa, que viene S. A.

Desapareció sin yo saber cómo; di media vuelta y me hallé junto á doña Isabel, acompañada de la marquesa de Nájera y de don Alonso Coello, seguidos y cercados de curiosos.

Me descubrí, tiré el pitillo al ver que la Infanta reparaba en mí y á seguida se dignó interrogarme.

—¿Dónde trabaja usted ahora?

—Alteza, en la Zarzuela.

—He leído que han estrenado ustedes hace pocas noches una obra que ha gustado mucho.

—Cierto, señora.

—¿Cómo se titula?

—*Bohemios.*

—¿De quién es la letra?

—De Perrín y Palacios.

—¿Y la música?

—De Vives.

—¿Es bonita?

—Preciosa.

—He de ir á verla. Voy á seguir haciendo las estaciones. Que usted lo pase bien.

—¡Que Dios guarde á la Princesa simpática de los españoles!

Mucha gente siguió tras doña Isabel; pero sin yo quererlo le resté acompañamiento; me seguían doce ó catorce personas curioseándome de modo inusitado; y es que el pueblo de Madrid aventaja en novelero á los demás.

Recuerdo que en la calle de Carretas, pocos días antes, porque un pajarillo se había volado de su jaula é ido á parar á otro balcón de las casas de enfrente, se acumuló tal número de transeuntes en espera de ver lo que determinaba el pájaro, que interrumpieron la circulación del tranvia.

Así que yo, pajarraco en tamaño, fijé la atención pública por la novedad de ver á un comediante en conversación con una Infanta de España.

Llegué hasta Correos, acosado de aquel acompañamiento inquiridor.

Pensando que de un momento á otro podían detenerme los guardias, considerándome criminal que huye, hube de cuadrarme y decir á los que venían pisándome los talones. —¡Señores, nada justifica este seguimiento, no he dado motivo para ello; ni estamos en Carnaval, ni voy vestido de máscara!

Mi resolución los paró.

No exagero; en las caras de algunos se retrataba la súplica... Debía haber cesantes... ¡con los ojos me pedían una credencial!

25-VIII-911.

EL CÓMICO DE LA LEGUA

En la calle de Sevilla, y por el año 1883, entre muchos comediantes se pavoneaba uno que tenia por nombre y apellido Luis Boggiero.

Pequeño de estatura, con un chaquet extremadamente exagerado, un cuello de pajarita cuyas puntas se atisbaban á distancia, dando frecuentes tirones á sus bien cumplidos puños de la camisa, y manejando un roten, á guisa de infundir miedo, marcaba este sujeto ser un ejemplar curioso de los clasificados con el epígrafe de este capitulo.

¡Cómico de la legua!; así se llamaba á los comediantes que actuaban sólo en pueblos y capitales de tercer orden.

Nuestro elegido se las daba de conquistador.

¡Habia que verle en épocas de grandes calores estacionado junto á alguna de las fuentes, llamadas de agua gorda, en espera de criadas y doncellas a quienes enamorar!

¡Poco que se reian las *pobres chicas* de aquel

caballero sin gracia, de chaleco blanco, escotado, que descubría una corbata mayúscula, de colores llamativos, que fumaba cigarros baratos y usaba un bigote recortado, que si á ellas no, á algún zapatero remendón pudo producirle envidia!

Un buen centro de operaciones para él, en el arte de Cupido, fué la fuente, que ya no existe, del callejón de Gitanos, hoy Arlabán.

Junto al caño de frescura le pidió relaciones—tras varios asedios—á una monísima criadita que allí acudía con un botijo que representaba un gallo.

Esto pudo tomarlo el galanteador por alusivo símbolo, pues Boggiero se acercaba á los cincuenta de edad, aunque se esforzaba en mantenerse pollo; ¡había tocado ya en las chifladuras de viejo!, ¡los retoques no bastaban á encubrir sus espolones de pollastre!

Juróle á la muchacha dirigirse á ella con buen fin.

Con esta y otras varias razones, esperó contestación.

La chica, alzando el gallo, ya lleno de agua, exigió le manifestara quién era él.

—Soy el empresario del Real.

—¡Ah, sí! Pues traígame usted billetes.

—Ahora tengo el teatro cerrado, eso en invierno; mañana te los traeré para el teatrito de Recoletos.

No cumplió lo prometido; cundió la noticia entre las fregatrices que allí acudían, y, el *empre-*

sario del regio coliseo, tuvo que situarse al otro extremo de la calle de Sevilla huyendo de las *menegildas* que le tomaban el pelo, diciendo:

—¡Ya está aquí la empresa! Nos va á contratar de coristas.

—¡Tú; no hagas caso de ese señor—avisaba otra—que es del *Real* y te llevará de tiple para que cantes en la *sopera!*

—¡Qué ha de ser del Real!...—objetaba la más sabia—¡Ni siquiera de los ocho cuartos!

Nuestro cómico sintió pudor á pesar de su gran desahogo. Digo grande, y ahora vamos á ver la magnitud de su despreocupación.

Una vez formó compañía para el teatro de Goya de Zaragoza; mas no para el de invierno, sino para un mal tablado que en un jardín del citado coliseo improvisaron para la temporada de verano.

Al dictar la lista de actores al empresario don Vicente Salazar, hombre extremadamente socarrón, le dijo Boggiero:

—¡Eh! ¿Qué hace usted? ¿Cómo ha escrito mi apellido?

—Mírelo.

—¡No señor, no es así! Escríbalo con dos *eges*.

—¡Ya!... ¡Y cuatro ruedas!

—¿Qué?...

—¡Natural! Para dos ejes cuatro ruedas.

—¡No me gustan las bromas!

*

Alfredo Maza y yo nos retirábamos una noche acabada la función en Pignatelli, á nuestra casa de la calle de la Verónica.

Al entrar en aquel angosto callejón nos impresionó ver en la penumbra de los portales algunos individuos con trancas.

Parecían comediantes.

Cerciorados de que lo eran, interrogamos á uno de ellos.

—Estamos esperando al pillo de Boggiero—nos expuso.

—Pues, ¿qué ha pasado?

—Que la Empresa de aquí ha dado por terminada la temporada, entregándole la cantidad correspondiente á la compañía en esta última semana; mas no damos con él y se nos va á escapar.

—Sean ustedes indulgentes, no le maltraten—recomendaba Maza.

—Sólo pedimos que reparta el dinero que nos corresponde.

Anduvieron en pesquisas hasta el amanecer, y dieron con él, estando ya aposentado en un vagón de tercera, disfrazado de paleto, y á tiempo de salir el tren para Madrid.

*

Fuése una vez desde la Corte—previo arqueo de sus fondos—en viaje hasta un pueblo de la Mancha, por cerca de Alcázar de San Juan, á so-

licitar el teatro con el fin de dar una representación de *Don Juan Tenorio* en el día de Todos los Santos.

Su deseo se vió logrado.

Tornóse á Madrid, no volviendo á presentarse en aquella villa hasta el día clásico én que debía hacerse la función.

Había arribado en el primer tren.

El alcalde le preguntó como no se acompañaba de los demás cómicos; él alegó que llegarían por la tarde.

Fuese en seguida al teatro, previniéndole al expendedor de billetes que podía empezar á vender, y que apartara, como en depósito, el diez por ciento de la recaudación, pues aquello pertenecía al dueño del teatro; lo restante se lo iría entregando á él.

Se marchaba y tras breve intervalo se aparecía en la reja, diciéndole al del despacho: —Deme usted lo que haya vendido.

Almorzó opíparamente; comió de igual modo.

A las cuatro de la tarde se habían recaudado cuarenta y cuatro duros á cambio de localidades y entradas.

Bajó á la estación acompañado de algunos aficionados que ansiaban ver á los cómicos y cómicas que iban á llegar de Madrid.

Entró el tren en agujas: descendieron dos ó tres paletos y. . nadie más.

Don Luis empezó á dar patadas y á tirarse de los pelos.

—Sin duda les ha sucedido algo. Habrán llegado tarde á la estación. ¡Me han perdido! ¡Qué conflicto!

—¿Y qué va usted á hacer?—preguntó uno de los curiosos acompañantes.

—¡Pegarme un tiro! ¡No tengo otro recurso!

—Voy á decirle al vendedor de billetes que devuelva los dineros, ¿le parece á usted? — objetó otro.

—¡No, hombre de Dios! ¡Estese quieto! Su proposición es en parte imposible... He hecho gastos... He almorzado... ¿No queda por pasar algún otro tren?

—No, señor; hasta la madrugada no hay otro.

—¡Repito que he de darme un pistoletazo!

De la estación al pueblo caminaba con paso lento, con la cabeza gacha, sin tirarse de los puños, y arrastrando el roten.

Seguíanle los que con él habían ido, compadeciéndose y comentando la desgracia de aquel cómico á quien sus compañeros habían colocado en tan apurado trance.

¡Les daba mucha lástima! Mucha, porque... ¡aquellos paletos ignoraban la farsa del farandulero, que no había apalabrado á nadie, y sólo con un ejemplar del drama se había presentado en el pueblo!

*

A las ocho y media de la noche ya estaba el público en el teatro y la música en su sitio esperando la orden de atacar la sinfonía.

Entre los espectadores había cundido la voz de la difícil situación de aquel actor empresario. ¡Iba á pegarse un tiro! Se condolían y aun algunos se refocilaban con ver el fogonazo.

Boggiero, en las últimas horas de la tarde, le había dicho á la autoridad: que no devolvía el dinero porque contaba con una solución.

El alcalde se personó en el escenario.

—¿Qué piensa usted hacer?—preguntó.

—Váyase usted á su palco; que toque la banda, y ya presenciará lo que se me ha ocurrido. ¡Ya oirá usted lo que le digo al público!

Se levantó el telón. En primer término se veía una mesa con tapete y un libro encima; una silla junto á la mesa. el actor en pie; adelantóse al público y le habló al tenor siguiente:

—Respetable auditorio: á mi compañía le ha sucedido algún percance que no puedo aclarar por la premura del tiempo. Si ustedes no se apiadan de mí, no tendré más remedio que suicidarme; ¡contemplarán el cadáver de un infortunado! Mas pienso yo, y pienso bien, y ustedes han de pensar lo mismo... ¿por este desastre que me ha ocurrido se ha de ver privado tan ilustrado público como el aquí reunido, de escuchar los hermosos versos del drama religioso del gran Zorrilla y en fiesta tan señalada? ¡No en modo alguno! Yo, contando con vuestra benevolencia y buen corazón, os probaré que soy un gran lector, y os haré oir el *Don Juan Tenorio* haciéndoos pasar un rato delicioso:

"Cual chillan esos malditos;
pero mal rayo me parta
si en concluyendo la carta
no pagan caros sus gritos...„

....
....
....
....

A grandes voces, sin apenas tomar aliento, leía acto tras acto, hasta que los espectadores, ya metidos en situación, pidieron un descanso para que tocara la música; luego continuó la lectura hasta llegar al final de la obra.

Unos cuantos, al terminar, hicieron oir sus voces pidiendo: "¡Que baile! ¡Que baile!„

No insistieron mucho, pues de hacerlo así... al terminar el *Don Juan*, ¡don Luis hubiera bailado!

27-IX-911.

Á CINCO VALIENTES LES PUEDE UN GATO

Los que desempeñábamos á cuarta hora la zarzuela de Sinesio Delgado y García, con música del maestro Brull, titulada *Lucifer*, en el teatro de verano Salón Variedades, de Córdoba, situado en el paseo del Gran Capitán, pudimos observar cierta noche, desde el proscenio, que á la terminación del toldo, en la entrada de butacas—ya con vista libre—se divisaba en el firmamento una mancha rojiza que denotaba algún incendio de importancia surgido de repente.

Pronto llegaron noticias que hicieron estallar un clamoreo inacallable en los individuos de la compañía cómico-lírica.

Esto pasó en 1892.

¡El teatro Principal era pasto de las llamas!

¡Aquel siniestro caía de lleno sobre los comediantes!

Los pocos espectadores que asistian en Variedades á la sección de hora avanzada, ante la

novedad del fuego, casi todos abandonaron sus puestos.

Llenos de ansiedad los artistas, atropellaban la representación; yo hube de imponerme para que trabajáramos con la debida mesura atendiendo á los intereses de los que permanecían en sus asientos.

En el coliseo incendiado actuábamos las noches de lluvia ó baja temperatura, y nuestro mayor desastre era que en él teníamos depositado el archivo musical y los libretos de todas las obras, á excepción de las cuatro de aquella noche con las que practicaban los profesores de la orquesta de Variedades.

En uno de mis mutis me encontré, entre cajas, á don Manuel García Lovera, propietario de los teatros y empresario de mi compañía.

Lamentándose este señor de que todo se había perdido, le indiqué que las cajas del archivo, guardadas en un cuartito adyacente al escenario, fuera del muro lateral del edificio pasto de las llamas, quizá podrían salvarse intentándolo, por unos terradillos que yo había visto á través de una reja de junto á aquel cuarto.

—Señor Valero, ¿á quién le interesa la salud sino al enfermo? ¡Le repito que no hay que pensar en alivios!

Así se expresó Lovera, dueño del Teatro Principal, del Salón Variedades, del Teatro-Circo del Gran Capitán, de una larga y bonísima calle rotulada con sus apellidos — no por ningún hecho

heroico de él, sino por ser de su propiedad todas las casas de la citada rúa —, teniendo también una magnífica imprenta, además de una bien surtida tienda de librería; poseedor de un diario, el más acreditado de Córdoba, y con otros bienes que no enumero... Pues á pesar de tanto favor, ya hombre de edad provecta, si alguién le preguntaba: —¿Don Manuel, por qué no se casa usted? ¿No le aburre el celibato? —"Porque no gano bastante para mantener mujer„ -respondía.

Así que, no nos extrañe dijera ser él el enfermo á pesar de tantas cataplasmas de oro, en su alivio, como he dejado apuntadas.

¡No tenía razón, no! Los verdaderos desahuciados íbamos á ser los cómicos.

Las llamas consumían nuestro bienestar, y sin propiedades, cosa que á Lovera no le ocurría, sólo la calle nos restaba á falta de tener con qué pagar los inquilinatos.

En toda compañía de teatro hay muchos individuos que viven al día.

Terminó la función. A la desbandada corrimos á presenciar el suceso, actores y orquesta; en ella había contratados algunos profesores llevados de Madrid.

El Principal era un local antiquísimo. Ocupaba una gran extensión de terreno, tenía varios salones de espera y muchas dependencias; la sala presentaba un magnífico golpe de vista á pesar de su arcaísmo.

Este edificio no más tenía un defecto para el

uso á que fué destinado: carecía de telar; la montera del escenario era sumamente chata, los telones los manejaban del modo primitivo: subían arrollados en sus correspondientes rulos.

Yo llegué con tres de mis compañeros al lugar de la catástrofe.

Para que no nos detuvieran los guardias que formaban el cordón, les dije á mis amigos:

—Avancemos decididamente con grandes aspavientos de desesperación.

—No hace falta nos lo diga—me contestó uno de ellos—, pues nuestras caras retratan la rabia que nos acosa.

Por este estilo hablaron los demás.

Como lo pensé salió. Nadie nos dijo nada.

En aquel laberinto de estrechas calles pronto dimos ante la inmensa hoguera, á cuya luz quedamos aterrados. El derrumbamiento del edificio se había realizado.

Sólo se mantenían en pie, como hornilla de aquel grandísimo fuego, los muros laterales. En el espacio de éstos no había nada por donde pudieran colegirse las primitivas formas de aquellos montones candentes.

En lo último de la pared izquierda se veía cortada la tapia por el hueco correspondiente á la puertecita que yo pasaba para ir desde el escenario al cuarto del archivo á beber agua de un botijo que allí tenían guardado.

Insistí en mi tema de que aquel compartimiento estaba fuera de la línea de la pared maestra, y

que, aunque allí hubieran llegado las llamas, podía intentarse un asedio por las casas vecinas.

Oyendo mis explicaciones uno de los curiosos, para nosotros extraños, que allí se encontraban, me dijo:—Don Vicente, ¿usted quiere llegar á esos terrados?

Asentí, y el preguntador nos invitó á que le siguiéramos.

Andando por nuestra izquierda, pasadas dos ó tres fachadas, bajamos por un callejón en cuesta, tan exageradamente empinada, que á mí ya me había llamado la atención este particular al pasar por la bocacalle cuando iba á mis ensayos.

Así que hubimos descendido, dimos la vuelta á nuestra derecha, y á espaldas del incendio, entramos en un portal; nuestro guía, llegados al segundo piso de la casa, suplicó le dieran la llave del camaranchón de arriba; éste tenía puerta que daba al tejado.

Formábamos la comitiva: aquel hombre del pueblo; Martínez, el galán joven, tipo curiosísimo, que siendo extremadamente calvo, usaba un bisoñé con raya, parecido á un trozo de zalea, del que no se desposeía como no fuera para meterse en la cama. Se lo pegaba con toques de goma arábiga, y era de verle durante el día, con el calor de la ciudad sultana, los canalones á modo de baba de caracol, que churreteaban por sus sienes hasta escampar en los carrillos. Oportunamente le pedía cierta vez un individuo del coro: —Señor Martínez, deje usted que le pase

este sello por la cara, que está falto de goma y no quiero que se pierda la carta, pues tiene mucho interés.

El tercero fué Pepe Ferrer, también muy calvo, pero lo era descaradamente, sin usar postizos. Este José, cuando yo andaba en negociaciones con el representante de García Lovera, en el café *El Diván*, de la calle de Sevilla, se me presentó una tarde—yo no le conocía—suplicándome lo llevara á Córdoba de segundo apunte ó *secretario*, pues no tenía para comer. Por fórmula le hablé al enviado de don Manuel, y Ferrer vino conmigo. En Andalucía quedó cuando mi regreso á Madrid. El marqués de Premio Real lo tomó de representante; fué su hombre de confianza, su *secretario*, y tan á gusto desempeñó el cargo.... ¡que hasta le guardó el *secreto* de algunos miles de pesetas... *en depósito perpetuo!*

El cuarto de la comisión era Tobales (Cristóbal) popular *media cuchara* artística en tierras de María Santísima, sastre también de la escena, bolero á la vez, con saltos ágiles y repiqueteo agudo y continuado de palillos; más sordo que todas cuantas tapias han sido aludidas para estos casos.

Y, el quinto y último de este pelotón, mas el primero en avidez de llegar pronto al referido cuartito, era yo; porque... ¡Muchos padres de familia iban á quedar sin pan! y... ¡no cabía dudarlo!... ¡El Principal lo había quemado cualquiera de nosotros!... ¡El descuido de alguien!... ¡La co-

lilla tirada al desgaire, acertada por fatalidad en una de las muchas ranuras que daban al foso... inmenso combustible de madera vieja!

Nuestro acompañante, ya en su poder la llave de la guardilla, nos instó á que le siguiéramos escalera arriba.

Llegado á una puerta que abrió con sólo levantar el picaporte, avanzámos en aquel desván —donde había trastos viejos en desorden— hacia el extremo opuesto en que aparecía una escalera angosta empotrada en la pared por su lado izquierdo, limitada en el derecho por un pasamanos de mampostería.

En la parte alta, fin de aquellos veintitantos escalones, estaba la puerta que franqueaba el paso al tejado; el hueco parecía ventana según lo bajo que era. Una cerradura enorme, cuadrada, y no hendida en la madera sino sobresaliendo de ésta, era la que correspondía á la llave que nuestro servicial hombre del pueblo había recabado.

Otro de los asistentes llevaba, alumbrándonos, una palmatoria con bujía, escasa y única luz que disipaba en parte las muchas negruras de aquel cuartucho de paso.

Subíamos los cinco con coraje capaz de intimidar á las llamas del incendio, y de repente todos hicimos alto... ¡Todos nos bamboleamos con la verdadera acepción de la palabra, sin abandonar el terreno conquistado!

¿Qué nos había producido tal estupor?

¡Un hermoso gato negro— lo de hermoso se lo

aplico por su gran tamaño—que estando en la parte superior de aquel tránsito, al llegar el primero de nosotros dio un salto, y colgándose de la cerradura parecía defenderla impidiéndonos la salida!

Bufaba y maullaba tan encorajinado, que presentíamos iba á dar un salto sobre nuestras caras, pues su actitud era de desafío.

Y... ¡aquí quedó el valeroso arranque de los cinco, reducido á la insignificancia del más temoso ratón!

No sabíamos si retroceder, que avanzar era arriesgado.

El felino nos cambió la situación; de un salto impetuoso pasó rozándonos, viniendo á caer sobre el piso.

La vela se nos apagó, algunos bajamos trompicados por la escalera, los sombreros rodaron...

El peligro del gato no había desaparecido; en la oscuridad sonaban frecuentes alaridos que entendiamos por amenazas, y... de un salto, luego de otro, y en seguida de algunos más, cruzaba por el aire de una pared á otra, y siempre en la caída chirriaban sus uñas sobre las tapias al no encontrar punto de apoyo, ni agujero de salida.

¡Aquella escena acobardaba al hombre más valiente!

El furioso animal, ya arriba, ya abajo, constituía sobre nuestras cabezas un nuevo peligro, semejante al de Damocles.

¡Sin luz!... ¡Sin encontrar la puerta de salida á

la escalera principal!... ¡Lastimando nuestras piernas con tropezones y encontronazos sobre cacharros y muebles, que al volcarse, además del estrépito, quedaban cual obstáculos á nuestros movimientos laberínticos!

El galán joven, Martínez, de un batacazo quedó tendido en el suelo y gritaba: —¡Por Dios, no pisar aquí! ¡Mi cabeza! ¡Mi cabeza! —¡Ay!—prorrumpió uno—¡Me he quedado cojo! — Otro decía—¿Pero no dáis con la puerta?...— En medio de aquel estruendo vino á colmar nuestro *Pim-Pam-Pum,* un fogonazo con estampido, que salió á ras del suelo, desde uno de los ángulos de aquel antro.

¡Quedamos como muertos! ¡Hasta el morrongo quedó en descanso!

En este instante consiguió alguien encender cerillas, y, simultáneamente, se abrió la puerta de la escalera, apareciendo el vecino del segundo que nos había facilitado la llave.

El animal salió como proyectil disparado, por entre las piernas del nuevo personaje, pues ya había encontrado la huida.

—¿Qué pasa aquí, señores?—preguntaba el inquilino.

En el suelo hallamos la bujía, y la luz fué hecha.

Nuestra tranquilidad no se rehizo hasta que el dueño de la casa nos explicó que el gato era el que había disparado la escopeta; estaba colgada en una escarpia, el minino, en alguno de sus saltos,

al arañar el yeso, rozó el arma haciendo saltar del clavo la correa, y, al caer perpendicularmente, con el culatazo sobre el piso, se inflamó el pistón.

—La llamarada ha venido de un extremo á otro del cuarto—le decíamos.

—No puede ser—replicaba el amo—figuración de ustedes; estaba cargada con perdigones y alguno les hubiera tocado. Se ha disparado verticalmente.

Levantó la palmatoria cuanto dió de sí su brazo, y nos dijo: —Miren ustedes los desconchados en el techo... ¡Más vale así!

Martínez no prestaba atención, nos apartaba de aquí para allá con arremetimientos de sus antebrazos.

—¡Pero hombre!... ¿Quieres estarte quieto?—le increpó uno.

—No me da la gana. He perdido el bisoñé y no lo encuentro.

—¿Te lo has puesto esta mañana?

—Estoy cierto que sí.

—¡Ea! Pues yo te digo que no—le contestó Ferrer—; he reparado que, contra tu costumbre, no lo llevabas.

—¡Mientes en asegurarlo!

—¡El mentiroso eres tú!

—La verdad es que hoy no me lo he puesto...

—¡Lo ves! ¡Ya confiesas!

—No he tenido que ponérmelo, porque anoche no me lo quité: dormí con él.

Después de esta aclaración creimos muy cierto que lo había perdido en la refriega: mas allí no aparecía en parte alguna.

—¡Vaya, vaya!...— exclamé—. A nuestro negocio.

Y tomando llave y luz, subí la escalera. Todos me imitaron.

Tobales iba el segundo; el que le seguía retrocedió de pronto, empujando al del escalón de más abajo, á la vez que gritaba: —¡El gato!... ¡El gato!...

A primera vista esto aparecía. ¡Por debajo de la americana de Cristóbal asomaba con los pelos erizados! La ilusión fué rápida, al momento nos movió á risa.

Tobales—sin duda en una caída—quedó sentado en el suelo; al incorporarse, se llevó pegado en las posaderas el mugriento y engomado bisoñé.

Martínez no subió al tejado; agarrando *la tapadera de su poco entendimiento,* se fué á la calle, quizá en busca del peluquero.

Ya en el tejado, se nos presentó un nuevo espectáculo.

Muchos de los vecinos de la parte posterior del edificio incendiado se hallaban sobre las techumbres de sus viviendas contemplando el inmenso hueco que había dejado el desplome del teatro, ocupado ahora por grandes llamaradas. La ansiedad los tenía allí en avizoramientos de si el elemento destructor que caldeaba las paredes de sus moradas, lograría penetrar en ellas.

Gran remolino de chispas se elevaba muy alto para en seguida caer esparcidas por las azoteas y tejados de aquella línea de fincas.

Unos cuantos guardias impedían el paso á los que intentaban acercarse á la parte superior y transversal del terrado.

Nosotros nos dirigimos al lado derecho del incendio; allí estaba junto al muro de medianería la reja por la que yo había visto las cubiertas de las casas en que ahora estábamos y que tomé por construcciones de planta baja, pues desconocía la profundidad á que se hallaba la calle á espaldas del teatro.

Al lado de esta reja aparecía en la pared—á la altura de dos metros y medio—una ventana de tres palmos cuadrados que servía de tragaluz al cuarto depósito de nuestro archivo musical.

—Vamos Ferrer: nosotros te ayudaremos á asomarte; entéranos de lo que pasa ahí dentro.

Lo levantamos y nos dijo:—"La puerta está ardiendo, también el techo, de éste caen ascuas que prenden en las tapas de las cajas que guardan el material. Hasta pronto„.

Indudablemente debía tener algunas nociones de gimnasia, pues metiendo la cabeza por el ventanillo desapareció á lo largo con la rigidez del acróbata.

A poco por el ventano salían lanzados, fardos y más fardos de papel de solfa; en algunos había prendido la lumbre.

Como desde aquel vomitorio á la calle sólo me-

diaba un alero de dos varas, al caer los paquetes sobre él, por su propio impulso rebotaban, é iban á parar al espacio; legajos hubo que, en el aire, al desnivelarse las tandas del pesado papel de música, rompieron la cruz de bramante que los sujetaba, y cayeron, con sorpresa de los transeuntes, en lluvia esparramada que distanciaba el viento: violines, flautas, platillos, contrabajos y hasta el bombo.

Se asomó Ferrer, elevóse sobre el marco hasta la cintura, y dando media vuelta de campana quedó cabeza abajo, deslizándose por la pared como un gusano, siendo recibido en nuestros brazos.

—¿Queda mucho material?—le preguntamos.

—Dos cajas llenas. Ya las llamas hacen presa en casi todo el cuarto. Veré si me atrevo á entrar otra vez; siento algo de asfixia; que me traigan un cubo de agua.

Al instante se lo presentaron; metió en él la cabeza continuadas veces, y luego manifestó: ¡Que á dentro iba!

Gusaneó por la tapia, acarició con su cuerpo el borde del hueco, acabó de ocultarse, y en seguida tuvimos nueva lluvia de papeles sobre la orilla del tejado.

Algunos podíamos *pescarlos*, otros seguían por el espacio.

Allí cayó con violenta furia *Una vieja*, la de Gaztambide, no otra; también *El joven Telémaco*, con mayor celeridad que al huir de Calipso; lue-

go *Los alojados, Los secuestradores, Los aparecidos* y tras ellos Ferrer, que volvió á meter la calva en el agua del cubo.

—Qué, amigo Pepe, ya debe quedar poco, ¿vas á salvarlo?

—¡Don Vicente, no puedo más! Sólo quedan unas cuatro ó cinco obras; ya tenemos número suficiente para que la compañía actúe, yo... la verdad... ¡me siento malo!

—¡José, eres un héroe! ¡Te aplaudimos todos!

Inesperadamente los del orden vinieron á nuestro terreno, y sable en mano nos amenazaban con *calentarnos* las costillas si no nos alejábamos de aquel lugar; que en lo tocante á cortesía los polizontes todos son iguales, aunque en su indumento se diferencien; diremos como Samaniego: "Ellos mudaron de forma, mas de costumbres jamás".

Bajamos á la calle, era de ver el júbilo de los cómicos al tener noticias de que no se interrumpía la temporada. Los coristas y dependientes del teatro recogían partituras y *particellas* de manos de los vecinos.

Sólo no parecieron dos ó tres papeles de poca importancia.

Las cuatro zarzuelas que quedaron en la tercera caja, cuando Ferrer ya no se atrevió á entrar y que habían empezado á arder, al derrumbarse el techo y los tabiques del cuarto quedaron apagadas con los cascotes; las recuperamos al otro día en estado utilizable.

Teníamos el repertorio completo.

El perjuicio quedaba reducido á que las noches de lluvia nos sería imposible dar función por haber desaparecido el teatro Principal.

Telegrafié á Arregui y Aruej—propietarios del archivo—indicando recompensasen al que tan valiente se mostró entre las llamas. Estos señores giraron una cantidad; yo manifesté á Lovera que hiciera tres partes, dos para Ferrer y otra para gratificaciones, sin olvidar al dueño de la guardilla de los sustos; para el gato..., ¡ni siquiera cordilla!

*

A la contaduría del coliseo acudieron unos cuantos vecinos del barrio del siniestro á entregar alguno que otro papel extraviado.

Se presentó un gitano con la *particella* de tiple de la zarzuela *La calandria*.

—Muchas gracias—le dijeron.

—¡Ah! No *zeñó*.

—Sí, hombre, sí; lo merece usted por su atención.

—Les digo á *ostés* que no *armito grasias poique* á *mangue l'han asegurao* que me darían cuatro *ú* seis pesetas como premio.

—Buen hombre: esto es una pequeña parte de *La calandria*, á usted no le pertenece...

—Esto es mío, yo lo he *diquelao*... Conque me dan *ostés parné* ó me las *piro*.

—No, señor, no damos nada. Llévesela usted si quiere, que aquí han de cantar lo mismo.

—*¡Güeno!* ¡Que canten! Pero esta calandria me la *yevo* yo, y el que quiera saber como entona, *tié* que venir á escucharla á mi casa—dijo, y... ¡se la llevó!

23-VIII-911.

LOS ANTIGUOS AFICIONADOS

En todas las provincias hay teatros de aficionados, diferentes en categoría.

Unos, son sostenidos por Círculos y Liceos, teniendo sus Compañías formadas por jóvenes empleados y estudiantes que practican sus aptitudes en el arte de Talía.

Otros, coliseos de alquiler, tienen por artistas gente de oficio, y, también muchos de estos actores artesanos improvisan en sus casas escenarios de quita y pon para dar alguna que otra funcioncita en día determinado.

Recuerdo que por el año 1870 un muchacho cerrajero, entusiasta de la escena, en la planta baja del taller de su casa, el sábado por la noche, acabado el trabajo, procedía, con ayuda de otros amigos, á retirar bancos y utensilios del oficio para colocar las banquetas de teatro y el tablado del escenario, con bastidores y todo, para la función que habían de celebrar en la noche del día siguiente.

Este manejador de la lima y el coturno, paisano de San Vicente Ferrer—conocido está que esto tenía efecto en una cerrajería de Valencia—tomaba las cosas en serio.

Una vez representaron el drama *Lanuza ó el Justicia Mayor de Aragón*, adjudicándose el hijo de la casa por su propia voluntad la parte de protagonista.

Llegado el día del espectáculo y ya comenzada la comedia, continuaban con pequeñas intermitencias de descanso, los aldabonazos dados en la puerta de entrada por los que venían retrasados.

Todo el primer acto resultó deslucido con los golpes del aldabón.

Durante el segundo, todavía el *tan tan* de llamada hacía salir de quicio á los comediantes posesionados de sus papeles. ¡No había situación dramática posible!

Las filas de banquetas llegaban hasta el portón de la calle. La mamá del primer actor, con alguna de sus hijas, hacían los honores á los que acudían. A cada aldabada abrían el postigo.

Tras uno de estos golpeteos hizo su presentación una doña *Fulana de tal*, acompañada de otras personas. En seguida empezaron las recriminaciones.

—¡Pícaras! ¡Qué tarde vienen ustedes! Ahora tendrán que colocarse aquí, á lo último y de pie; todos los asientos están ocupados; cuando caiga el telón veremos si en la cocina ha quedado alguna silla.

—Mamá, que allí no hay más que la coja—decía por lo bajo una de las chicas.

—Hubiéramos querido llegar con tiempo de ver empezar; pero Celedonio se ha puesto malo, he tenido que hacerle una taza de té y prepararle una purga de citrato; allí se queda rabiando—explicaba una señora obesa.

—Bueno; callémonos, que la dama acaba de tropezar un verso y mi chico nos dirige miradas de disgusto porque distraemos la atención; no hay que incomodar á Lanuza.

—¡Anda! ¡Y qué sobre sí está usted por ser madre de tan gran personaje!

—¡Pobrecito mio! ¡Luego lo matan! Ya sabrá usted que en el otro acto aparece en la cárcel.

—Mañana lo tendrá usted bueno y sano.

—¡Mañana estará hecho un ceporro! Hablemos bajito. Hágase cargo que la función, con el drama y las dos piezas, terminará á las tres de la madrugada; mi hijito, en vez de acostarse, tiene que guardar todo lo del teatro, llevarlo al almacen del corral y sacar al taller las herramientas del oficio, para volver al trabajo. Su padre está que echa las muelas con las dichosas comedias. No ha querido quedarse; se ha ido á jugar una partida de dominó á casa del maestro de carros, el papá de la dama joven.

—¡Qué tonto! ¡Qué raro! ¿Y el honor de que aplaudan á su vástago? ¡Qué lástima que de estas veladas no se ocupe la Prensa! Nosotras—continuó la señora gorda—le traemos una corona, mo-

desto aro de verde laurel, el símbolo natural. Mi Paquita, como ya pasó la moda, le ha puesto á la ofrenda las cintas de su sígueme-pollo (1); ya las verá usted; en fondo chocolate con letras color bizcocho, se lee: "Al ilustre artífice mecánico, fiel intérprete de Lanuza el liberal„.

Un enviado del escenario llegó hasta aquellas mujeres para prevenirlas que se callaran, pues el *Justicia Mayor* estaba echando chispas... ¡Y eso que no era día de fragua!

Cerraron sus bocas las dialogadoras.

El público aplaudía sin cesar á los actores; éstos se habían posesionado de las situaciones culminantes de la obra; pero de vez en cuando un *tan tan* del aldabón, aunque dado á media fuerza, deslucía el trabajo artístico.

Llegado el momento en que sobre las tablas recitaban:

—Lanuza, tu espada quiero.
—Almenara, ven por ella.

¡Pom! ¡Pom!, hizo sonar la aldaba.

La mamá abrió la puerta... El galán, desde el tablado, desposeyéndose del personaje fingido, gritó:

—¡Madre: cierre usted la puerta y ya no entra nadie más!

*

---

(1) Así se llamaban en aquella época unas cintas exageradas que, por ser moda, llevaban las jóvenes al cuello, con largas caídas sobre la espalda.

En un teatro de alquiler preparaban varios jóvenes trabajadores la obra de Zorrilla *Don Juan Tenorio.*

Muy laudable que terminada la tarea del día, acudieran aquellos muchachos de blusa á ilustrarse, practicando la Dramática Nacional.

Prendas llevaban puestas con manchas de distintos colores, pues sus dueños venían de ganarse el jornal pintando puertas y ventanas.

No hay exageración al asegurar—pues yo los he conocido—que desde tan modesto proscenio puedan llegar á los codiciados de los teatros Español y Comedia, de Madrid, pronunciando sepultura y audiencia y no *sepoltura* y *audencia*, como antes expresaban.

Conozco varios casos, indicaré sólo dos: el de un conocido actor, que ya ha muerto, y el de otro que con cambio de apellido, llegaron ambos á los primeros puestos y casáronse con reputadas actrices. No digo nombres, que aunque esto merece aplauso y debiera causarles satisfacción, quizá—y sin quizá—lo sentirían de modo distinto, pues abunda la pretensión en quien nació plebeyo de hacerse pasar por presentado, al venir al mundo, en bandeja de plata.

Volvamos á mi cuento.

Los que se disponían á hacer la obra de Zorrilla, valencianos de *pur sang*, practicaban á toda necesidad el idioma de Juan de Timoneda. Unicamente hablaban el castellano al recitar los versos de las comedias. Fuera del momen-

to de la récita, para objeciones y demás volvían al dialecto, y haciendo uso de él les corregía el director, carpintero de oficio, hombre ignorante entre los más, encargado del papel de protagonista.

Un día, estando ensayando el acto del cementerio, de pronto se arrancó diciéndole al apuntador:

—No sigas, que hay una errata.

—¿Dónde?—preguntó el que servía de consueta, pintor de brocha gorda.

—¡Ahí: lee!

—"¿Es obra del cincel vuestro?„

—¡Estás bien! ¡No te desnudes! ¿Qué es eso de cincel? ¿Qué quieres decir con eso?

—Yo nada, lo que el autor ha escrito; bien claro está aquí: ¿Es obra del cincel vuestro?

—¡Ché! ¡Ché! ¡Vete á pintar *el techo de la Albufera!* ¡Mira tú que cincel!... Vamos á ver, ¿tú con qué pintas?

—Yo... ¡Con el pincel!

—¡Lo ves, burro! ¡Pues eso es! Ahí tienes equivocación de imprenta; mas el talento de los hombres ¿á qué está?... A suplir esas faltas. Por lo tanto apúntame: "¿Es obra del *pincel* vuestro?„

*

En los coliseos improvisados—aquellos de *pon y quita,* en que el hijo de la casa, ayudado de los amiguitos, sudaba el kilo para habilitar el taller

en teatro y éste en taller—el público... ¿Cómo iba á permitirse hacer escarnio de los representantes? Antes al contrario, siempre fueron de obligación los aplausos por mal que lo hicieran, y también obligadas las coronas y pichones para las damas de ocasión, ¡almas tiernas que tras de mil arrullos y besos en los piquitos se ayudaban á su propia necesidad comiéndolos estofados!

En los teatros de alquiler, á la entrada de la sala, ponían una mesa petitoria y sobre ella una gran bandeja y dos candelabros; presidían la colecta mujeres guapas ú hombres de representación; así, pues, los que asistían al espectáculo con el billete de convite no podían negarse á depositar su óbolo en la manifiesta batea. ¡Imposible volver la cara! ¡Habia que contribuir! ¡Era caso de vergüenza!

Comprendido queda que en estas reuniones los invitados lo habían sido por los cómicos; mas esto no era dique á que de ellos se mofasen y produjeran escándalos de magnitud.

Cuando yo fuí chico existía en Valencia un teatro, de los que se alquilan, titulado El Turia.

Estaba situado frente á la plaza de los toros.

El público, siempre oportuno, lo bautizó con un título mal oliente.

Don Eduardo Escalante, el graciosísimo sainetero, en una de sus producciones hace alusión á dicho teatrito y á su denominación—que aquí no he de estampar—llamándole, muy en consonan-

cia con el nombre del dialecto valenciano, teatro de *les sofrasaes* (1).

De este Turia era propietario un alguacil del Ayuntamiento; allí empezaron á hacer comedias sus dos hijos, Antonia y Juan, luego artistas meritísimos de verso, que sufrieron hace años en el teatro de don Cándido Lara muestras de desaprobación injustas por lo equivocadas, ¡que no siempre *los morenos* distinguen á primera vista el mérito de los actores!

Del coliseo de *les sofrasaes*, á la vez que los cómicos citados salieron otros varios que á los teatros madrileños han venido contratados.

Hágamonos cargo de cómo aparecía aquel local: el lugar de las representaciones estaba en el tercer piso, tenía bastante capacidad, muchas y largas filas de bancos, puesto para la orquesta, palcos plateas, formando cuadro, y galería alta á modo de balconcillo. El escenario con completa dotación de decorado.

En el piso inferior, ó sea en el segundo, estaba el ambigú, cuyo comercio se reservaba el ministril propietario.

Reseñemos los alborotos.

Una vez, varios jóvenes, zapateros unos y otros limpiadores de máquinas en los almacenes de ferrocarriles, se congregaron para dar una función.

Representaron un drama de cuyo título no *es*

---

(1) Embutido llamado "sobreasadas".

que no quiero, es que no puedo acordarme, y en él tenían que vestir con toneletes.

Fueron á ver al sastre.

Todos podían usar aquel traje menos el galán, pues, por zapatero, tenía tal desarrollo en la parte posterior, que la prenda de época le resultaba como puesta sobre miriñaque.

Dícese que los de ese oficio, por trabajar en la silla continuamente, adquieren esa configuración exagerada.

El dueño de la ropería solucionó el conflicto vistiendo al galán del tirapié con un túnico talar, y con esta prenda larga quedaba oculta la llamativa deformidad.

La noche de la función el público se juergueaba sin miramiento alguno, y... ¡en verdad que aquellos ilusos lo hacían bastante mal!

El de la vestimenta larga no declamaba, apedreaba los oídos más refractarios á la versificación en fuerza de cortar, de mala manera, versos y conceptos. ¿Y su modo de accionar?

Sólo movía el brazo izquierdo.

¿Sería zurdo?

Los espectadores le azaraban con gritos, le decían ocurrencias mortificantes.

El zapatero, de sufrido tornóse en iracundo; dirigía miradas amenazadoras á los que sacaban partido de él.

En una situación culminante, al declamar el primer actor: "Mis manos están teñidas con sangre".

—¡Con cerote!—le replicó desde el público un pescadero.

—¡Con cabezas de *merluza!*—respondió el aficionado encarándose con el ofensor y añadiendo:—¡Eres un espanta pajeles!

—Y tú un monarca de medias suelas y tacones.

—Sube aquí, que te voy á sacar la raspa.

—Baja tú, si te atreves.

De un salto, por encima de las candilejas, cayó sobre los concurrentes de los bancos el furioso actor y... ¡qué de trompadas!

Ambos demostraron agallas. La concurrencia, á la vez que reía á mandíbula batiente, intervino.

Con buenas razones, más que por mandato, consiguieron que se marchara á la calle el pescadero insultador. Al de la lezna, en fuerza de súplicas le hicieron entrar al escenario por la puerta lateral de la embocadura, y presentarse al momento en las tablas.

Grandes aplausos y pedir á gritos que siguiera la representación, decidieron al *artista de lance* á reanudarla desde el verso: "Tengo las manos tintas en sangre„. Esta vez sin mostrárselas á la dama como lo había hecho la anterior, pues, efectivamente, el del pescado tenía razón; en las manazas del personaje había visibles huellas de la pez.

El agraviado rezaba el papel, En su actitud asomaba la amargura de su alma artística.

Transcurridas un par de escenas en perfecta normalidad, olvidado el incidente, el galán deja de decir versos é interroga á los de la sala:

—¿Se ha ido ese tío, ó está por ahí? Porque si está no sigo.

—¡No! ¡No! ¡Se ha marchado!—le contestaron á coro.

Por esta inusitada interrupción, en vez de reir debieron, si no pegarle... decirle: "¡Zapatero á tus zapatos!„

*

Yo, amigo lector, llevado de amiguitos en mi edad juvenil, di en representar una función en el teatro del Turia. Había el inconveniente de que mi padre — muy severo, á usanza de aquellos tiempos — no me consentía de noche salir solo, mucho menos que anduviera en cosas de teatro, pues él odiaba la vida de bastidores.

Allanóse la dificultad, disponiendo la comedia para día festivo por la tarde; con esto no se enterarían en mi casa.

Confeséme con mi madre, que me pronosticó una gran paliza si llegaba el hecho á conocimiento del autor de mis días.

—No lo sabrá—le dije, consiguiendo tranquilizarla.

En el reparto de invitaciones me correspondieron tres.

Se las ofrecí á mamá.

Me expuso que nadie debía faltar de casa, á fin de que mi padre no sospechara; pero iba á mandárselas á mi tía María y á mis dos primas, para que disfrutasen de la diversión.

Hicimos—más bien destrozamos—*Pipo ó el Príncipe de Monte Cresta* y el sainete *Pancho y Mendrugo* (1).

Yo hice de Príncipe y de Mendrugo, estando muy bien de Mendrugo y bastante mal de Príncipe.

¡Qué de aplausos! ¡Qué de coronas! ¡Las hubo hasta de alfalfa, dedicadas por los amiguitos!... ¡Heróico desprendimiento!... ¡Algunos debieron quedar á media racion! También echaron una monumental hecha con flores magníficas, que llevaba una traca oculta, destinada á un actor llamado Quico. Yo le instaba á que se la pusiera, él, escamado y por alguien advertido, la rechazó diciendo: —No, que tiene cohetes dentro.

La dejamos á la vista sobre un mueble de la escena, y tras breves instantes, la yesca oculta y encendida, prendió en la pólvora, y... ¡qué estampidos y humareda! Recordaba las tracas de la feria.

Aquel agasajo de cohetes y flores lo habían confeccionado, en su parte artística, varias señoritas idóneas, sastras del teatro Principal. Un pirotécnico se había encargado del relleno.

---

(1) Parodia de la tragedia *Orestes*.

Terminó la función entre aclamaciones de entusiasmo y broma.

Cuando regresé á mi domicilio, como quien vuelve del paseo, ya estaba allí la tía María con sus hijas, reseñándoles á mis padres lo que acababan de ver.

Por más señas que mi mamá les hacía para que callaran... ¡Que si quieres! ¡Natural, no se las había prevenido y no entendían!

Llegado yo, ante la actitud de papaíto, no tuve más remedio que confesar.

—¿Conque has representado?

—Mire usted, me han comprometido...

—¡Yo te cortaré las alas!

—Sí; pero ha sido con chicos decentes, *Fulanito*, *Zutanito*...

—¡Ya, ya! ¿Has hecho el Príncipe de Monte Cresta?

—Así es...

—Yo te cortaré la cresta. ¿Y también has desempeñado el papel de Mendrugo?

—Cierto...

—En adelante solo te llamaremos de ese modo. Refieren tu tía y primas que te han aplaudido; ahora te falta que lo haga yo.

Y me aplaudió... ¡Vaya una claque! ¡Y con los puños cerrados que era lo peor! ¡Valiente palmoteo sobre mis costillas!

No valió la intercesión de mis parientas.

La tollina fué buena. Como remate, me dió varios cachetes en *la cresta*.

Al día siguiente al presentarme ante él y besarle la mano, según costumbre de la época, preguntándole cómo había pasado la noche, me contestó:

—Bien; ¿y tú, Mendrugo?

A poco rato vino á casa mi tío el sacerdote.

Esto es peor—pensé yo—, consejo de familia en puerta.

Después que el cura y mi padre deliberaron, requirieron mi presencia. ¡Qué de réspices tuve que aguantar!

El de la sotana me llamó *pigre*, *belitre* y *gofo* (1).

Soporté con resignación aquellos epítetos, y esperé el final en que saldrían los consejos á suavizar las precedentes acritudes.

Llegado éste me sermoneó el eclesiástico.

—Te recomiendo que no incurras otra vez en hacer comedias. Los teatros son casas de perversión; allí solo se debe ir cuando hagan una obra moral, y como simple espectador; pero tú, ¡haciendo de cómico!... ¡Entre comparserío!... ¡Trajes de sastrería!... No olvides que del teatro sacarás piojos.

....

....

---

(1) Por el año 1880 empezó á oirse por Madrid la palabra *golfo*, aplicada á los pilluelos, exótica para los léxicos en esa acepción; en mi humilde criterio debió propalarla alguien, que al igual mío, recordaba que cuando niño le tildaron de *gofo*, y al cabo de los años la puso en juego aumentándole, quizá inconscientemente, la ele.

En mis treinta y cinco años de comediante he reflexionado muchas veces: "¡Cómo demonios habría llegado á saber mi tío el cura lo que se saca de los teatros!„

28-VIII-911.

TRES ÉPOCAS Y TRES REYES

Cuentan antiguas crónicas que el Rey Don Fernando VII gustaba poco de la música; pero poco es algo; y á ser verdad lo que también se dice de Napoleón *el Grande*, que, de todos los ruidos, aseguraba serle los menos molestos los producidos por instrumentos músicos, nuestro Rey y Señor tenía alguna parte más de sensibilidad puesto que se empeñó en aprender á tocar la flauta, y... ¡bien que se reía de él su buena amiga la maja de rompe y rasga popularizada con el nombre de Pepa *la Naranjera!*

Pocos progresos hizo el Monarca absolutista con el instrumento de madera—ó puede ser que la flauta fuera de caña—, mas... nos es igual este pequeño detalle.

Si en el de madera no, en el instrumento de *cuerda* nadie pudo aventajarle.

El número de ahorcados superó á los de épocas anteriores.

Tuvo buenos intérpretes: el general Elío y el conde de España, fueron sus más hábiles *concertinos*. Fin desastroso tuvieron ambos, que "El que á hierro mata...„

Volvamos al comienzo de este escrito; al gusto del divino arte por el Rey *Deseado*.

Al casarse con Doña María Cristina de Sicilia, á fin de obsequiar á una Reina italiana, la Junta encargada de los festejos preparó una representación de ópera en el teatro del Príncipe; esto lo consideraban indispensable.

Acudieron los desposados al espectáculo.

El novio aguantó el primer acto delatando su fastidio repetidos bostezos, y ya comenzado el segundo, ordenó á uno de su séquito que dispusiera la supresión de la ópera y que en vez del resto de la partitura, representaran los sainetes *La casa de Tócame-Roque* y *El sutil tramposo*.

Una cualidad plausible tenía aquel soberano: se entusiasmaba con el teatro de don Ramón de la Cruz. ¿Sería por los escritos de Olmedilla y Cano..., ó por los tipos que éste presentaba en las tablas, de manolas, con frases picarescas que pudieran recordarle á su deletérea Naranjera?

Hecha la comisión de su deseo, le manifestaron que el gracioso, Antonio Guzmán, no se hallaba en el teatro.

—Que lo busquen. No importa que el blanco sea largo. Quiero ver los sainetes.

Tras largo espacio dieron con el cómico indispensable, y se reanudó la función.

Al público, un dependiente de la empresa, desde el proscenio, le previno lo dispuesto por Su Majestad.

Los más aplaudieron. Aquellos que exclusivamente acudieron á oir la obra italiana, ¡se callaron!

¡Cualquiera protestaba sabiendo que el *Señor*, si con la flauta no, con la cuerda era eminente!

Aquella Reina, guapísima, al dar á luz á la princesa Isabel, recabó de su consorte una real gracia: la supresión de la horca, dejando solo la pena en garrote.

Accedió el marido, y á la esposa..., ¡indudablemente debieron bendecirla todos los reos, que en vez de morir meciéndose en el aire, perecieron *cómodamente sentados!*

¡Tan pródigas regalías formaron ariete, que acabó con el absolutismo á la muerte de aquel Rey!

*

Doña Isabel II dió gran esplendor á los espectáculos; gustaba del canto, de la poesía, y aun del baile.

Las funciones de gala á que asistía—y también las que en su ausencia se daban en honor de santos ó cumpleaños de las personas de la Real Familia—, fueron de tal brillantez que no puede mi pluma describirlas á dar persuasión necesaria.

¡El retrato de S. M. puesto encima de la presi-

dencia, cobijado por pabellón de ricas telas que arrancaban de una corona de oro!... ¡Dos guardias de honor inmóviles á los lados!... ¡El presidente (en noches así lo era el alcalde primero) tiraba del cordón para descorrer la cortina que cubría el marco con la efigie de la Soberana, ceremonia que simultaneaba la orquesta con la Marcha Real!...

Todos los espectadores poníanse en pie y se descubrían ya para el resto de la función; ostentaban cruces y bandas, ellos; las damas escotes máximos que mostraban al natural las espaldas y *contra-espaldas*. Gran número de arañas de cristal pendían por toda la herradura del teatro con profusión de bujías encendidas, que abrillantaban el local y eran previsión de casos fortuitos, por si sucedía alguna incidencia en la fábrica del gas; con tal precaución no podían quedar á oscuras en veladas tan solemnes, y daban confianza á las dueñas de multitud de alhajas, ¡verdaderas fortunas!, que exhibían sobre senos... nacarados unos, y otros, que si no de nácar, de huesos sí eran, pues estas damiselas con afeites disfrazaban el cutis; mas no había invento que ocultara *esquirlas*.

El telón de boca se levantaba al tocar la Marcha Real, y como muestra de respeto no descendía hasta terminado el espectáculo; en su lugar caía, en la segunda caja de bastidores, un telón *ad hoc* al caso con figuras alegóricas á las artes, industrias, etc.; éste servía para tapar el cambio

de decoraciones de las obras que se representaban.

Delante de esta cortina, y á ambos lados del escenario, se colocaban dos soldados gastadores vestidos de gran gala: con pantalón colán, polainas y fusiles. Quedaban *en firme* frente al público, con el arma en descanso; su inmovilidad era tan grande que parecían estatuas; se les prevenía que ni siquiera pestañearan. Los relevaban cada media hora, saliendo por ambos lados otros dos militares que, andando de costado, á grandes pasos *de tijera*, hacían su aparición y avanzaban hasta colocarse en el sitio de los de la guardia; éstos á su vez, con iguales pasos que los otros, abandonaban sus puestos y desaparecían por las laterales de la escena siempre sin dar la espalda al público (1).

Sucedió algunas veces que representando una comedia en que un personaje le decía á otro: "Ahora que estamos solos podemos hablar sin ambages, nadie nos escucha...„ producían hilaridad en la concurrencia, pues sí había quien los oyese, ¡aquellos dos centinelas, aunque al parecer inanimados, no cabía dudar que se percataban de todo y que debía intrigarles el apuntador, puesto en bajo, delante de ellos!

Se refiere que en un espectáculo de los de

---

(1) Las funciones regias aquí descritas están tomadas del natural, de cómo se verificaban en el teatro Principal de Valencia en la década de 1860, época de mi niñez.

gala, celebrado en Madrid, al igual que los anteriormente reseñados—no sé si en el teatro de la Zarzuela ó en el Real—uno de los alabarderos del proscenio veía en el palco platea de al lado suyo á la Marquesa de N. N., ¡bellísima mujer!, y tan *desmetida* en el traje de etiqueta, que el soldado miraba las *curvas* de la título por el rabillo del ojo, con mayor ansiedad que el niño cuando ve allí su alimento. Tanto se posesionó de aquella magnificencia, que empezó á sentirse malo.

El público reparó en el malestar que invadía al de la alabarda... Hubo que relevarlo sin aguardar el lapso de consigna... ¡Los murmullos de la sala así lo exigían!

Cuando las funciones terminaban, el que presidía tiraba de otro cordón: se cubría el retrato, se cubrían los espectadores, sonaba la Marcha Real, unos cuantos gritaban: "¡Viva la Reina!„ y.... caía el telón de boca.

Si á la fiesta acudía la Soberana no había que tirar de cordón alguno; la auténtica majestad, puesta en pie, hacía repetidos saludos al llegar y al despedirse, dando importancia á aquellas reverencias los compases de la orquesta.

¡Todo este lujo! ¡Todo este aparato, lo aventó para no volver, la revolución de Septiembre del año 1868!

Cuando en 1874 se hizo la Restauración, ya no pudieron restaurarse estas aparatosas veladas.

Al pueblo se le había dado un vermut de re-

publicanismo y los principales apoyos, defensores de la aristocracia en los coliseos, habian sido abolidos: los presidentes.

*

En primeros de Septiembre de 1876 se inauguró la temporada en el teatro Circo de la Plaza del Rey.

Empezamos con *La vida es sueño*, desempeñando el papel de Segismundo, don Rafael Calvo; el de Rosaura, la bellísima actriz Carmen Genovés; Clotaldo, Donato Jiménez (1); Astolfo, Ricardo Calvo; el noble que arrojan desde el balcón al mar, un servidor de ustedes...

Esta obra se representó diez ó doce noches consecutivas.

En la tercera ó cuarta vez, ante escogido turno de abono, merecimos la distinción de que Don Alfonso XII se presentara á ocupar el palco proscenio de la derecha del espectador.

Según íbamos saliendo los actores, antes de hablar el drama, practicábamos la costumbre antigua de adelantarnos á la bateria y acercarnos algo al palco del Rey doblando el espinazo.

Cada encorvamiento de los cómicos fué seguido de un siseo largo y penetrante.

¡Las salutaciones habian fracasado!

---

(1) Fallecido en Madrid el día 2 de Julio de 1910, á los sesenta y dos años de edad.

Don Alfonso, simpático joven, español de nacimiento, á cada rumor de la sala estereotipaba en su semblante una sonrisa entre maliciosa y amarga; en ella podía colegirse: comprendía muy mucho que la protesta no iba dirigida al comediante, sino á la representación mayestática.

Los artistas estábamos azarados. Don Mariano Fernández se hacía oir de todos diciendo:

—Seguiremos saludando; no hay que hacer caso. Las protestas las han hecho los republicanos.

—¡Pero señor mío!—le replicaba Donato—¡Si es función de abono, si hay un público escojitado compuesto de condes y marqueses!

—¡No le hace! Hay condes y marqueses republicanos; digo, marqueses y condes que no lo son aunque lo parecen. Son los desahuciados por la Restauración.

Entiende amigo lector, que el saludo del artista al palco real, sólo lo marcaba en su primera salida.

*

Costumbre es de algunos actores no confesar aunque los aspen que les han dado *un meneo*, ni por equivocarse ni por otro motivo que pueda disgustar al *respetable*.

El protestado le echa la culpa... á un borracho que había en las lunetas... á uno que tenía puesto el sombrero... y otra disculpa muy gastada es la de alegar que ha cruzado la escena un gato.

Esto, que ha sucedido muchas veces, no lo han pagado nunca los comediantes; el público, con buena fe, ha reído el incidente.

Recuerdo que una vez en el teatro de Lara, Antonio Riquelme, que tenía un modo de declamar muy en agudo, y que pocas veces se sabía los papeles, recitaba dando frecuentes *tumbos;* los de la sala se percataron y á cada equivocación le agasajaban con un murmullo de castigo.

Este actor, muy dado á imponerse á la concurrencia, en una de las manifestaciones desagradables, inclinando la cabeza hacia el apuntador le dijo en tono bastante alto: —¡Tú, baja la voz; no oyes que te protesta el público? — Y ya desde aquel instante los espectadores enmudecieron llegando á dudar si sería efectivamente el de la concha el que se equivocaba.

En otra ocasión, y en el mismo escenario, Ramón Rossell le previno á su compañero Manuel Díaz, que se pusiera una peluca con muchísimo pelo, pues la escena que ambos tenían que recitar resultaba muy desabrida y Rossell tomaba á su cargo ponerle gracia con su morcilleo (1).

Díaz salió con la peluca demandada, y los chistes de Ramón con referencia á aquellos pelos fueron protestados.

Cuando los dos hicieron mutis, Rossell, que había sido el solo provocador del pateo, le dijo á

---

(1) Morcilla se llama cada palabra que el actor dice sin estar escrita por el autor de la obra.

Díaz:—¡Amigo mío, no tiene usted autoridad para que uno haga estas cosas con usted!

*

Retornando á las asistencias regias en los coliseos, referiré que á poco de aquella *Vida es sueño* en presencia de Alfonso XII, volvió el Rey á presentarse en su palco una noche que hacíamos función de gracioso, cuyo protagonista desempeñaba Mariano Fernández.

A hora de comenzar se nos previno, en los cuartos, que quedaba abolido el saludo al Monarca.

Todos nos alegramos. El gracioso no; pues mirando por un agujero del telón manifestó haber observado que en la sala estaba toda la nobleza de Madrid; por tanto él no acataba la supresión de la etiqueta: su espinazo se había doblado ante el abuelo, ante la madre, y seguiría encorvándolo ante el hijo y nieto (1).

Empezó el acto; salió el gracioso; bajó decididamente á las candilejas; marcó una inclinación propia de opereta de Offenbach, y... ¡El murmullo fué ensordecedor!

---

(1) Por esta misma época, ante las protestas de los concurrentes al paraíso del teatro Real, se suprimió que á la llegada de los Reyes se suspendiera la representación de la ópera y tocaran la Marcha Real, quedando este agasajo para en caso de que los coronados se ausentaran después de terminada la función.

Todos reíamos mucho.

Don Mariano se mostraba indignado. Donato le dijo:

—¿*Eso* han sido los republicanos, señor Fernández? ¡Y decía usted que ahí estaba toda la nobleza de Madrid.

—¿El qué? ¡No comprendo!

—El *meneo* ese que se ha escuchado.

—¡No sé lo que usted dice!

—¡Sí, hombre, sí! El pateo que le han dado á usted al saludar á S. M.

—¡Pero bendito de Dios!... ¡Así se escribe la historia!... ¡¡Si ha sido *un gato* que ha cruzado la escena!!

21-VIII-911.

AL QUITAR DE LOS LENTES

Lorenzín (1) *ó el camarero del Cine*, parodia de *Lohengrín*, de Wagner, se estrenó en Apolo, de Madrid, la noche del 21 de Julio de 1910.

Obtuvo un éxito muy satisfactorio. ¿Cómo no? Escrita por Salvador María Granés, autor festivo, maestro en hacer parodias, en esa su última producción—al igual que siempre—demostró su facilidad rimando endecasílabos y romances que á otros escritores pudieran servirles como modelo. También hay en esa zarzuela silvas flexibles, y diáfanas para la claridad de los conceptos.

La música de este plagio la *zurció* el músico Luis Arnedo, aplaudido en composiciones de esta índole.

Cuando estrenamos la obra, Granés llevaba dos años metido en la cama.

Un día salió de ella para, en coche, llegarse

---

(1) Así, con zeda, lo escribió Granés.

al teatro á hacer la lectura. Ya en el escenario tuvo que desistir, se puso malo, y... ¡vuelta al lecho!

El coliseo citado se cerró ese año á los pocos días del estreno, ó sea el de fecha 26.

Reanudamos la temporada en 1.° de Septiembre, y á poco se reprisó *Lorenzín.*

Una tarde, en la función vermut, Salvador, que había dejado la cama, se presentó en un palco entresuelo acompañado de su colaborador para presenciar la representación de su parodia.

¡Aquel que mirábamos desde la escena no era el Granés conocido! ¡Ahora veíamos un viejecito de pelo blanco y barba igual!... ¡Ya los afeites y tinturas habían sido repudiados!

Del teatro volvióse á su escondrijo.

Con el maestro nos mandó la enhorabuena por la acertada interpretación de nuestros papeles.

¿Qué edad tendría Granés?

Nunca la dijo.

No pudo averiguarse.

Ni la esquela mortuoria lo delató.

Siguió representándose *El camarero del Cine.*

A Arnedo, que acudía al saloncillo, solíamos preguntarle:

—¿Y Salvador?

—En la cama—nos contestaba—dice que presiente su fin.

—¿Qué enfermedad tiene?

—Astenia general. Pasa de los setenta y este es su mayor detrimento.

¡Cómo había de pensar el compositor—que á lo más podría frisar en los sesenta años—que con tanto compadecer á su amigo le iba á tomar la vez muriéndose en seguida!

Así fué; meses antes que el autor dejó de existir el músico, y no cabe dudar que para el libretista fué un golpe mortal la noticia del fallecimiento del colaborador y único amigo que le visitaba en aquella alcoba de la cual no salía en tantísimo tiempo.

Siempre le gustó hacer de la noche día; se levantaba á las siete de la tarde. —¡Por eso — exclamaba—cuando salgo á la calle ya no hay donde encontrar una peseta! ¡Se la han llevado los madrugadores!

También decía ser mucha la insignificancia del hombre, pues la Naturaleza no se había esmerado en su confección, porque si no: —¿A qué habernos puesto dos ojos juntos? ¿Qué fin práctico se lograba? ¡Ninguno! ¿No hubiera sido mejor un ojo en la cara y otro en el cogote para ver lo que ocurría detrás? ¿A qué venía la abundante carne de las pantorrillas en la parte posterior? ¡Delante debería estar, que es donde la persona lleva los golpes cuando tropieza! Pues... ¿y una picazón en la espalda? ¿Quién puede llegar al sitio de la molestia á darse alivio rascándose con las uñas?... ¡Loor al que inventó esos palitos largos, que se ven en los escaparates de las perfumerías, con una manita de hueso ó marfil en la punta! ¡No hay que tildar de mala crianza al arriero que baja

la vara de arrear perpendicularmente entre la camisa y su epidermis repetidas veces!

De este orden, son innumerables sus ocurrencias graciosísimas.

Era amable, bueno, aunque satírico y mordaz.

Unicamente cuando en su cuerpo había una copita de cualquier licor, si encontraba en alguien controversia, había que temblarle por descomedido, blasfemo é injuriador.

Fué valiente hasta la temeridad... ¿A quién sino á él, se le ocurre al recogerse una mañana, ya amaneciendo, pasar por la calle del Lobo, y porque unos trasnochadores de taberna le gritaran: "Fuera el señorito de la bimba„, detener su paso contestando que el señorito les iba á *bimbear* á ellos?

¡Menuda somanta le dieron!

A los cuatro ó cinco días de lo relatado fué á ensayar una obra suya en el teatro del Principe Alfonso, del Paseo de Recoletos, con toda la cara llena de vendas y aglutinantes á modo de maniquí en escaparate de ortopédico.

Aquella riña trajo juicio de faltas, y, las costas se las cargaron á él.

Entre los muchos sucesos cómicos de que fué protagonista, voy á referir uno, que por lo poco contado, merece ser oído.

Colaboraba, hace bastantes años, con Angel Rubio y Lainez, hermano del artista José Rubio.

Surgían continuas diferencias entre ellos movidas por la discrepancia de caracteres.

Angel era hombre frío, tocado de corrección, nunca levantaba la voz

Salvador, todo vehemencia, los secretos los confiaba á gritos.

Muchas veces por si los cantables tenían mal las cisuras ó había que aumentarles versos, según el decir del músico, el autor armaba una de pópulo bárbaro, ¡que á las observaciones amistosas correspondía con desafueros, y exigía del amigo que no escribiera más notas que las necesarias á las sílabas de sus escritos! Una noche, saliendo de Eslava, le expuso Rubio:

—¡Hombre!... perdona que te diga que has estado conmigo bastante irracional. ¡Y con tanta gente como había en la contaduría! ¡Creí que llegabas á pegarme!

—¡Ah! mira: te voy á hacer una advertencia que ha de servirte para siempre, no la olvides. En poco ha estado que te pusiera la mano encima por tu obcecación; ha habido un momento en que no parecías músico, recordabas al *asno flautista;* pero ten presente que yo no pego á ningún hombre, mientras no veas que me quito los lentes.

—¿Eso para qué?

—¡Natural! Yo le doy un bofetón á aquel con quien me incomodo; como no soy tonto y sé que me lo ha de devolver, por eso, antes de agredirle me quito los quevedos, pues la segunda bofetada ha de ser del contrario, y recibir un golpe en la cara con los cristales en ella, es fatal, pues se incrustan.

—¡Ah!, ¡ya!, ¡ya!... ¿De modo que tú cuando vas á pegar te quitas los anteojos?

—Indefectiblemente.

—Te prometo, querido Salvador, que no olvidaré tu recomendación.

Y quedando amigos se separaron marchándose á sus domicilios.

En varios altercados que entre ellos se sucedieron llegó una ocasión en que el poeta recriminaba al profesor—y no con el enfado de otras veces—porque apreciaba que la música de la nueva zarzuela debía ya estar terminada.

En esta discusión de "¡sí que has podido!„ y "no me ha sido posible„, Angel Rubio le soltó una tremenda bofetada á Salvador María Granés.

Este, con grito colérico, le preguntó por qué le había pegado.

—Como te has quitado los lentes...—le observó flemáticamente el compositor.

—¡Era para limpiarme los ojos; iba á sacar el pañuelo!

—¡Ah!... Tú no me explicastes eso. Perdona. Retiro la bofetada.

¡Pobre Granés! ¡Constítuía una nota simpática entre la gente de teatro!

Hoy, 21 de Julio de 1911, aniversario del estreno de su *Lorenzín*, escribo estas cuartillas en el Retiro, pensando que los dos autores de esa parodia ya no existen. En tan corto lapso de tiempo, ¡qué de variaciones se suceden!

Amigo lector, no vale la pena de disgustarse por nada... Aunque alguien se te quite los lentes... ¡espera!... puede que no piense en pegarte. No hay que fiar en programas; lo dicho: ¡No hay que disgustarse!

21-VII-911.

HERRADOR... ERRADO

Así era amigo lector. No ha de intrigarte el título.

Un maestro albeitar que á la vez que hierra á las caballerías escribe obras dramáticas, tiene forzosamente que errar, pues nunca se hermanaron el *calzado* de las bestias y las sandalias de Melpómene y Talía.

El veterinario cuenta con las caricias, ó sean coces, de sus *clientes*; pero con respecto al teatro es lo más fácil que el maestro cocee á la literatura y á los comediantes; éstos, por reciprocidad, le devolverán, á cambio de sus desafueros, bromitas más ó menos intencionadas.

Mucho han escrito de don José Pascual y Torres, concerniente á sus comedias disparatadas y á los chascos de que fué víctima, ideados por los aficionados á divertirse; me limitaré á reseñar lo que sucedióme con el citado autor de comedias *á fuego y en frío*.

Actuaba yo en Málaga con mi compañía en el teatro de verano Circo de la Opera, en el año 1890. Para nada echaba en memoria que la hermosa capital era la patria chica de aquel extravagante don José.

Una tarde, durante el ensayo, me anunciaron la visita de la referida persona.

Di orden de que pasara.

Hasta mí llegó un viejecito ridículo, de estatura pequeña y de gabán largo.

—Soy Pascual y Torres—me manifestó.

—¿Usted es el gran vate, tantas veces aplaudido, tantas veces coronado?

—Sí, señor. Yo soy el que escribió la comedia titulada *¡¡A la mar!!...*, estrenada por los más eminentes artistas de la Dramática Nacional. Le traigo á usted una obra filosófica con golpes de romanticismo.

Cogí el mamotreto, lo abrí al azar y me encontré con los siguientes versos:

Conmigo has de huir, Damiana,
y en esa alameda umbría,
antes que se haga de día,
tendrás apetito y gana.

—¡Muy bonito, señor Torres! Esto podrá representarse en la temporada de invierno en el teatro Principal, allí trabajaré; en este escenario y en esta época veraniega, el público quiere cosas alegres, zarzuelas y piezas cómicas; con el frío se

muda de parecer. ¡Bien se me alcanza han de calentarse las manos aplaudiéndole á usted!

Don José sacó el reloj del bolsillo de su chaleco blanco terminado en puntas—éstas, sin exagerar, le llegaban á las rodillas, que indudablemente era mayor el difunto—, y dijo:

—Tengo que marcharme ahora mismo para aprovechar el último tren hasta Campanillas; una vez allí, en el cochecito llego á Coin, donde resido, esta misma noche. ¿Cuándo quiere usted que vuelva para leerle el drama?

—Ya se lo he dicho antes; así que vea en los periódicos que trabajo en el Principal.

Me ausenté del teatro; por la noche supe que algunos de mis compañeros, ayudados por jóvenes de Málaga, abonados al teatro, corrieron una juerguecita con el albeitar literato, acabando por tenerle encerrado en la guardarropía hasta hora de hacerle perder el tren.

*

—Nada; no lo dude; esta noche á las ocho en punto leerá usted ante la compañía y algunos de los abonados.

—Se me causaría perjuicio si así no fuera; deseo saber á qué atenerme y poder salir para el pueblo mañana temprano, llevándome la seguridad de que se representará mi obra.

—No hay más que hablar; sea usted puntual señor Torres.

A las siete y media de la noche todo estaba preparado. Delante de la concha del apuntador la mesa con tapete de bayeta verde, sobre ella dos candeleros con bujías, sillas de enea alrededor, el escenario en la penumbra: sólo lucían las dos velas indicadas; las puertas del teatro cerradas; no había función. Terminada la temporada de verano nos disponíamos á continuar nuestros trabajos en el teatro Principal.

Para llegar al escenario teníamos que entrar por el café pasando por la puerta que comunica con el coliseo.

Antes de la hora fijada para la lectura ya estábamos los cómicos y algunos amigos, entre éstos recuerdo á Emilio Franch y á Paquito Peláez, todos en espera del *ínclito* autor tantas veces festejado en las capitales andaluzas.

De cuantas fechorías se le habían dedicado, la preparada entonces iba á ser la más baladí. Del telar bajaba un alambre delgado que venía á parar, sujeto á una de las patas de la mesa; á su debido tiempo sería conductor de un rayo confeccionado por el pirotécnico del teatro. ¡Mísero Pascual y Torres!

Malagueñito había en la reunión que prometía tirarle de cabeza á la orquesta. Nos contaba que la noche del estreno de su infundio titulado *¡¡A la mar!!*..., le hundieron por escotillón, le arrancaron los faldones del frac, llevándolo puesto se entiende; le coronaron de ajos, le dispararon pistoletazos á dos dedos de sus orejas, y él..., ¡nada!,

¡impertérrito!, ¡tomando por ovaciones todas aquellas atrocidades!

A raíz de aquel suceso, varios humoristas, en disposición de gastar dinero, le llevaron á Cádiz para asistir á la primera representación de su *magnífica* comedia; allí lo torturaron durante tres días, agasajándole con banquetes, en los que al disponerse á comer el pobre herrador literato, le anunciaban la visita de la *marquesa del Follaje* ó de la *condesa del Perchero*... Le sacaban á la antesala y allí tenía que aguantar la tabarra de aquellas *títulos*, que no eran otra cosa que lumiascas distinguidas en la Tacita de Plata—pupilas en casa de la Barquillera—, ensayadas *a priori* convenientemente.

Cuando el autor volvía á la mesa le anunciaban una nueva visita y... ¡vuelta á no comer! Así de presentación en presentación, al terminar éstas se encontraba don José con que todos aquellos caballeros abandonaban el comedor, ¡pues ya habían consumido hasta el postre! ¡Tres días lo mismo! Acabados éstos, al tren. Cuando llegó á Málaga, al entrar en su casa, le preguntaron qué les traía de la capital gaditana.

—¡Hambre, mucha hambre!—contestó.

—¡Cómo es eso! Si hemos leído que te han agasajado con cuatro ó seis banquetes?

—Sí, es verdad; han sido para ellos, para mí nada; si queréis que os cuente lo sucedido tenéis que darme antes una taza de caldo.

¡Esta crueldad habían llevado á cabo con el au-

tor de *¡¡A la mar!!!...* ¡Aquella joya de la literatura que encierra!... Para muestra ahí va una herradura, ¡digo! un catalecto:

JULIA. ¡Qué tarde
tan hermosa hace,
el céfiro suave
azulado celaje!
Del balcón distingo
la paseante reunión;
es domingo,
hay mucha animación.
¡Qué guapos mozos,
tan arrogantes y briosos!
¡Qué corceles
tan rápidos
tan veloces!...
Mano á la labor,
mirada al salón.
¡A la labor, á la labor!
¡Cómo palpita mi corazón!
....
....
....

Alegremente entretenidos con las narraciones de las singulares aventuras del herrador poeta, nos anunciaron los que estaban de avanzada, en el local del café, que ya llegaba nuestro deseado.

Guardamos compostura.

A su aparición doblamos los espinazos en muestra de acatamiento; él se dirigió á las señoras y una á una fué besándolas las manos. ¡Para

mí que don José tenía sus ribetes de pillo! ¡Estas galanterías no podía haberlas aprendido entre arrieros y yeguas!

Tomó asiento junto á la mesa.

Le imitamos.

—Señores—nos dijo—, yo hacía vida tranquila en Coín y *en estos ratos* he estudiado los versos mayores, decidiéndome á escribir una nueva obra que ni en poco ni en mucho se parece á mis anteriores. Cuando ustedes quieran *rompo*.

—(Todos.)—¡Rompa usted!

Así expresó que iba á empezar á leer.

Peláez se subió al telar á hacer de Júpiter.

El autor *rompió* de este modo: "*Pesares que entristan un corazón dolorido*".

Ya conocemos el título; omito lo que siguió y voy á precisar únicamente el trozo de diálogo que quedó cortado por la caída del cohete.

....
....
....

FERRANDO. ....
no me quieres pérfida y alevosa?
¿Pues has visto tú que me pase vida ociosa?
De la cama al trabajo siempre sudando...

BEATRIZ. ¿Por qué no te haces carabinero y persigues
[el contrabando?

Y... ¡Cayó el rayo! Se tambaleó la mesa con el empuje de los oyentes que huían de la pólvora. Se apagaron las bujías. Quedó la escena á oscu-

ras; ¡mas no sin voces!... ¡Gritos!... ¡Carcajadas!... ¡Golpetazos!... ¡Una verdadera confusión!

A poco trajeron luz; cesaron los golpes, no las risas... ¿Y don José Pascual y Torres?... Se le buscó inútilmente. ¿Se habría caído á la orquesta?... ¡Allí no estaba! No cabía duda que por aquel sitio debió haber saltado. ¿Y no se había roto siquiera una pierna?...

Incomprensible resultaba; mas debió escapar ileso.

La dueña del café, encargada del mostrador, aseguraba, y también los camareros, que el veterinario no había salido por aquella puerta, única abierta en el momento.

Pues señor: no cabía duda; estaba en el teatro. ¿Se habría escondido en algún cuarto?... ¿En la guardarropía?... ¿En las dependencias de arriba?

Hicimos una minuciosa requisa. No le encontramos.

¡Y vuelta á asegurar que por la puerta no había salido!..

Nos intrigó su desaparición. ¡Nadie supo decirnos donde se hospedaba! ¡¡Nadie le volvió á ver!!

*

A los seis ú ocho días de este suceso el cosario de Coín me trajo una carta con el siguiente texto:

“Señor don Vicente García Valero:

„Es usted un *canaya*, y todos los de su compañía también *canayas*, y las señoras de esa compa-

ñía amigas de *canayas*, y mis paisanos, Peláez y demás, también lo mismo.

„Lo que más siento es que con el rayo me han quemado el pantalón, que era casi nuevo.

„El drama lo pude esconder en mi pecho, y aunque rabien ustedes, algún invierno se hará en los teatros de Madrid, y puede que le pongan música.

„Ya sé yo que usted no tiene culpa, que son mis paisanos que me tienen envidia por mi talento y porque no quiero vivir en Málaga.

„Dígalo, dígalo todo.

„Sabe le quiere, y ya le veré á usted en Madrid.

„Suyo que besa su mano, José Pascual y Torres, autor de *¡¡A la mar!!...*„

8-VII-911.

SABLAZOS KLAES

Muchos conocen las acreditadas guías klaes, consultoras del viajero; pero no conocen que pueda haber lo que este título acusa, y cierto, que no es lo que parece.

El simpático Gaspar Klaes no ha tenido—y yo me alegro de ello—que dar *sablazos*, ni tuvo por qué recibirlos; aunque esta segunda parte sí se llevó á efecto; luego explicaré el por qué de lo ocurrido.

En Febrero de 1903, los estudiantes de Madrid continuaron la protesta iniciada por sus compañeros de Salamanca.

En aquella clásica capital un inspector de policía abofeteó injustamente al joven don Mariano Lista, y como consecuencia del atropello se amotinaron los escolares. La Guardia civil reprimió la algarada con mano fuerte; á la pedrea correspondió con descargas de fusilería. El resultado fué: tres estudiantes muertos y varios heridos.

Los de la Corte se presentaron en las aulas con crespones negros; decidieron ir á la calle de Embajadores para sumar en su manifestación á las operarias de la Fábrica de Tabacos. Los guardias les cerraron el paso y por necesidad corriéronse á la calle de Lavapiés, y ya en la de San Carlos, de la Delegación salieron grandes refuerzos armados de fusiles.

Surgió una sangrienta revolución.

Hubo algunos heridos de importancia, y la muerte del vendedor de quincalla conocido por el *Hospicia*, ¡cruento asesinato!, llevado á cabo por un guardia, emboscado en un portal, que hizo uso del revólver sin ninguna oportunidad, nada más porque sí; de este modo lo refiere y califica la primera actriz, retirada, doña Amalia Losada, que desde su balcón presenció el monstruoso sucedido.

Yo tuve ocasión de ver aquella refriega al acompañar á la calle de los sucesos á una señora que hacía visita en mi casa, y que, ante lo imprevisto del caso y sus angustias por no hallarse con los suyos, hube de ofrecerme á llevarla á su domicilio.

Atravesamos por entre los de la lucha.

¡Importancia tenía la colisión!

¡Manchas de sangre, abundantes, se veían en las aceras y en los arroyos!

Un arco de ladrillos flotantes, con movimiento cinematográfico, pasaba desde los paisanos á los de los uniformes.

Lluvia de macetas desde los balcones y ventanas, y el soltar de tiros de los agentes... ¡constituian un espectáculo aterrador!

Hago memoria que en la calle de San Carlos un cabo—á quien por cierto ya no veo por ahí, debe haber muerto, pues era viejo—, no obstante mi actitud pacífica y el ir acompañado de aquella señora, apuntóme con un descomunal revólver; exclamamos:—¡Pero hombre!... ¡Qué hace usted!... ¡Con qué razón!...—Es que estoy aturdido—contestó bajando el arma.

En la calle de Lavapiés, núm. 45 principal, una señorita, muy simpática y elegante, agarrada á los hierros del balcón y echando fuera la mitad de su cuerpo, increpaba desaforadamente á los jefes de la fuerza llamándolos: "¡Asesinos!„ "¡Canallas!„ "¡Viles!„. Ellos sonreían ante la actitud heroica de la joven y... ¡mandaban disparar!

Por fin consiguieron los de la familia, en fuerza de tirones, retirar á la muchacha al interior de la habitación.

¡Toques de corneta!... ¡Descargas!... ¡y los *mandarines* resguardados en el centro del cuadro que formaban sus subordinados!

¡En verdad que desplegóse mucha táctica militar; nuestra policía era otra; había progresado!

Los estudiantes y gente del pueblo, saltando la valla de una obra, se aprovisionaron con cuantos ladrillos pudieron encontrar; de éstos se sirvieron en aquel repentino prólogo, que no podía creerse fuera de drama.

Una acción generosa de ese pueblo tan calumniado fué: que un agente para llegar donde estaban sus compañeros, los con fusiles, subía por la acera pegadito á la pared disparando cápsulas y más cápsulas de revólver, haciendo puntería en los tiradores de ladrillos. El demonio hizo que este individuo resbalase... La muchedumbre pudo matarle con sólo valerse de las manos, mas de éstas se sirvieron para ayudarle á levantarse permitiendo se marchara sin más detrimento que haberle quitado el revólver un señorito de americana, que escapó con el arma.

Los de la autoridad, á un médico que en la rinconada del núm. 23 socorría á dos paisanos heridos, que yacían sobre la acera, le dedicaron varios disparos á corta distancia, interrumpiéndolos ante la actitud del doctor que en pie y extendiendo los brazos les gritaba su profesión y les tildaba de inicuos.

Las casas de préstamos de aquel barrio improvisaron una buena venta de armas de fuego; de poco valieron éstas, pues la ventaja fué para los de los fusiles.

Llegó la Guardia civil de á caballo y dominó la revolución. Siguieron patrullando toda la noche y parte del día siguiente por las vías de aquel distrito.

Convengamos en que cada vez hace más miedo á *la ola* que ha de venir á quitar opresiones; á raíz de aquel suceso el Gobierno discurrió crear plazas montadas de polizontes, porque así, con

caballitos, se les puede dar á los ciudadanos muchos golpes de herradura.

Con la impresión de las ocurrencias del distrito del Hospital, me fuí por la tarde á la Puerta del Sol; en ella había rebullicio, y mi preocupación allí me llevó, que también atrae el mal.

Dando vueltas por la gran plaza, acompañado de Guillermo Perrín y viniendo entre ambos nuestro amigo don José Millán Astray, director de la Cárcel Modelo, discurríamos de uno á otro lado, sin que nada malo nos sucediera.

Ya de noche pasé por el citado lugar, y solamente alteraban la normalidad de aquel paraje unos cuantos pillastres que silbaban y vociferaban delante del Ministerio.

Intermitentemente salía, por el postigo de la casa del reloj, un pelotón de guardias, que junto á la acera quedaban formados en doble fila. Los muchachos retrocedían á mitad de la plaza.

Cuando al oficial le parecía oportuno hacía una seña, y los individuos desenvainaban los sables, arremetiendo para dar una carga... ¿A quién? ¡A la atmósfera! Los chicuelos se escapaban con presteza, y agachándose entre las dos barreras de curiosos que cubrían las bocacalles de Preciados y el Carmen, desaparecían, filtrándose por entre los allí estacionados.

Los de la autoridad, ante el chasco, retrocedían pausadamente envainando los sables, y *envainándose* ellos por el postigo del Ministerio, furiosos, con la pita monumental, no de los chicos ocultos

tras de los grandes, sino de éstos que se divertían en gran manera con la graciosa burla.

Transcurrido rato volvían á avanzar los mozalvetes y tornaban á salir los guardias, repitiéndose: el avance en falso, la huida de los pequeños y la grita de los mayores.

Viendo lo divertido de aquel espectáculo me situé en la acera de Gobernación—pues conocia á algunos de los oficiales presentes—, allí me consideraba invulnerable por quedar á retaguardia de la fuerza atacadora. Al cabo hube de cansarme por falta de incidentes nuevos y decidí marcharme á casa.

Púseme á esperar el tranvía del Pacífico, y, en esto, se me apareció mi amigo Gaspar Klaes.

¡Aquel terror de cómicos, empresarios y autores, en un tiempo que le dió por ser reventador de comedias!

¡Era de verle en 1895 en primera fila de butacas, inutilizando títulos para los carteles del teatro!

¡Los años tiran del hombre, le hacen evolucionar, y ya es larga la fecha en que Klaes pasó á ser simpático amigo de la gente de bastidores!

Este Gaspar, con su costumbre inveterada de ver los espectáculos en primera fila, me decía aquella noche en la Puerta del Sol:—No se marche usted, espere otro tranvía; este es un sitio preferente para ver las cargas, tenemos buena localidad.

La temperatura era bastante fresca; mi amigo llevaba capa, yo iba á cuerpo gentil.

Le insté para que fuéramos á la acera del Ministerio, pues allí estaríamos seguros.

—¡Cá! ¡No señor!—me respondía—¡Este puesto resulta magnífico! ¡No tenga usted miedo, hombre!

Llevaban los granujillas bastante tiempo dando silbidos y voces, salieron los esbirros, atacaron con los sables enhiestos... mas esta vez, á mitad de su carrera en persecución de los provocadores, se dividieron en dos grupos, y, corriendo, uno por la derecha y otro por el lado opuesto, apaleaban á todos los transeuntes que hallaban al paso, sin reparar en sexos... ¡Una gran batida por toda la extensión de la plaza!... ¡Un desahogo á su encorajinamiento!

¡Los insultos de los pilletes los pagaban las personas pacíficas!

Renuncio á describir la brutal acometida: el suelto que acusa esta llamada (1) impondrá al lector.

---

(1) De *El Liberal*, 5 de Abril de 1903. "Carga brutal.—Mujeres apaleadas.—Una mujer herida.—Varios contusos.

El espectáculo que ofreció la Puerta del Sol á las diez y media de la noche, fué verdaderamente horrible. Hallábase delante del Ministerio, formada en línea de dos, una numerosa sección de Orden público, al mando de un teniente. El público circulaba tranquilamente, y los grupos permanecían en actitud pacífica. De improviso, varios chiquillos, dieron algunos, muy pocos silbidos, pero los bastantes para que los guardias se desplegaran, sable en mano, dando una carga loca, brutal. Testigos presenciales de ella podemos afirmar que la única causa que originó la tremenda acometida de los guar-

Mi acompañante y yo no reparamos en el peligro que se nos vino encima: seis ú ocho agentes, verdaderas furias, repartían cintarazos á los que junto á nosotros estaban. ¡Dios de Dios! ¡Con qué rabia sacudían, parecía vengaban propios resentimientos!

Adiviné que había llegado la hora de mi flagelación. Me abracé á una columna de las de la luz, oculté la cabeza entre los brazos y presenté la espalda.

Al primer sablazo que me adjudicaron grité:—

---

dias, fueron cuatro silbidos de otros tantos chicos. Los sables no respetaron nada. Por igual caían con fuerza brutal, sobre los hombres como sobre las mujeres. Cuantas personas se encontraban en las farolas centrales esperando los tranvías fueron apaleadas, entre ellas varias señoras y el actor Sr. García Valero, que recibió dos sablazos en la espalda, no obstante las protestas que hizo de estar aguardando el tranvía. De la paliza no se libraron tampoco las pobres vendedoras de periódicos situadas en la farola que da frente á la calle de la Montera. El público protestaba indignado de aquella tan terrible como injustificada carga; pero ni estas protestas, ni los gritos de las mujeres que huían despavoridas, ni el verlas caer en tierra atropelladas por los que corrían, contuvieron la fuerza de los agentes que no cesaron en su tarea de apalear hasta que despejaron la Puerta del Sol. De la carga resultó herida gravemente en un brazo una mujer, á quien un individuo de la Cruz Roja llevó á la Casa de Socorro. Además hubo muchos lesionados de menos gravedad, que fueron curados en las farmacias próximas. Los grupos, sin embargo, no tardaron en invadir de nuevo la Puerta del Sol, reproduciéndose á cada momento las cargas.„

¡Guardia!... ¡Que yo no he hecho nada, estaba aquí esperando el tranvía!...

A la vez que aguantaba los golpes reparé en los que apaleaban delante de mí; mas no podía ver al que me zurraba; ó mis súplicas no le ablandaron ú otro guardia le tomó la acción, pues sentí un segundo sablazo, dado con tal fuerza, que el dolor me hizo apretar los párpados y tardé algunos segundos en abrirlos.

Klaes, por el contrario que yo, les chilló, y tanto se les impuso, que... ¡le dieron una paliza más que regular! ¡Su capa se la convirtieron en unos bien cortados zorros!

Yo le decía: —¡Pero amigo mio, haberse callado! ¡Usted ha tenido la culpa por querer que nos pusiéramos en primera fila! ¿Se figuraba usted que ésto era un teatro? Yo, por mi humildad, sólo he recibido dos golpes; no quiero más, me doy por satisfecho, y... ¡á casita, que es tarde!, pues bien lo expresó Moliere por boca de Bartolo: "no siento los palos recibidos, sino los que aun me quedan por recibir„.—Efectivamente, ya venían otra vez los sayones recordando aquel paso que dispuso Herodes *el Grande*.

En un tranvía que cruzaba caí á gatas en la plataforma, huyendo del nuevo *reparto de leña*.

Desde el coche presencié la acometida de los sicarios, que no respetaron ni á las señoras; los sombreros rodaban por los suelos, los chillidos de ellas, aunque en trance dramático, correspondían á sainetes.

Llegado á casa, no dije ni una palabra del percance á mi costilla, á pesar de que sus homónimas me dolían atrozmente; recordábanme el efecto de un par de sinapismos llevados por mucho rato: tal peso y escozor me producían.

A la mañana siguiente, al despertarme, mi mujer me levantó la elástica por la parte de la espalda, y apoyando uno de sus dedos, en sitio al caso, me interrogó:

—¿Te duele aquí?

—Sí, déjame.

—¿Y en este otro sitio?

—¡Mucho!; no me toques; pero..., ¿qué tengo?

—Dos rosetones muy encarnados. ¿Quién te los ha hecho?

—¡A mí nadie me ha hecho nada!

—Acaban de venir á preguntar, de parte de la familia Hernández, si tienen importancia tus heridas. También los de Moreno..., los de Crespo... y, hasta la portera ha subido alarmada ofreciéndose para alguna utilidad.

—Como no me expliques esos geroglíficos, no te entiendo.

—¡Ya te decía yo que no fueras á curiosear esos alborotos! No te es posible ocultar lo que ha pasado.

—¿Y quién ha traído el soplo?

—Nadie, *El Liberal* lo relata.

—Yo no hablé con nadie... á nadie vi...

—Eso no obsta para que á ti te vieran.

Por la noche lo contaba yo en el cuarto del

teatro; á instancias de mis compañeros enseñé los verdugones de mi cuerpo; Riquelme, indignado, me recriminaba por haberme dejado pegar.— Esta noche — me decía — pues que continúa la juerga, te vienes conmigo y verás lo que hago: al primer polizonte que me dé un sablazo le descerrajo un tiro. Felipe, llégate á casa y tráeme el revólver.

El criado fuese á cumplir el mandato.

Al acabar nuestro trabajo vino á buscarme Pepe para que me fuera con él *á ver cómo mataba á un guardia*.

He de explicar que Riquelme en estos casos resultaba graciosísimo. Lleno de buena fe, para vengar la ofensa del amigo, creía cosa fácil é insignificante escabechar á uno de los del orden.

Me marché á casa y me dormí pensando que á mi compañero no le sucedería nada, y que yo había obrado cuerdamente al aguantar resignado dos palos, pues ellos me decidían á formar firme propósito de que, cuando oiga decir que en la Puerta del Sol hay agitaciones, marcharme á la Puerta de Atocha, caso de que allí se halle todo en estado normal.

21-IX-911.

TRAS DE LA TRUSA EL CHAMBERGO

Victorino Tamayo Baus y Rafael Calvo Revilla, fueron dos eminentes actores á la vez que dos hombres instruidísimos.

Tamayo tuvo por maestro á don Joaquín Arjona, con el cual trabajó en concepto de galán joven; nada más natural que luego adoptase el repertorio de su superior, de su modelo: *El sueño de un malvado*, *El trapero de Madrid*, *El campanero de San Pablo*, *La alquería de Bretaña*, *El sí de las niñas*, *Los soldados de plomo*, *El tejado de vidrio*, *La aldea de San Lorenzo*, *La cruz del matrimonio* y otras obras, en su mayoría melodramáticas.

Más tarde aumentó su caudal con las comedias de su hermano don Manuel.

De todo cuanto representó, su labor más acabada, su más asombroso trabajo, lo formaron: *Un drama nuevo* y *Un banquero*.

Don Juan Tenorio se negaba á hacerlo; el artis-

ta pecaba de frío, sus facultades eran muy limitadas. Cuando en 1871 le suplicó la empresa Diestro que lo hiciera, en Valencia, por compromiso tuvo que acceder, y, efectivamente, lo hizo muy mal; no obstante al público le pareció bien por el cariño que profesaba al actor (1).

Yo no vi al eminente Borrás cuando representó dicha obra en 1909, en el teatro Español de Madrid; la critica despreció su trabajo; mas Borrás no peca de frío. Es mi creencia que no pudo estar

---

(1) De *El Liberal,* fecha 30 de Octubre de 1902. "Ha fallecido en el Sanatorio del Pilar el veterano y famoso actor dramático don Victorino Tamayo y Baus, hermano del inolvidable autor de *Un drama nuevo*. Victorino Tamayo fué realmente uno de nuestros principales actores. Dirigió compañías de gran renombre, y á sus órdenes trabajaron como galanes jóvenes artistas tan célebres como Antonio Vico y Rafael Calvo. Estrenó *Un drama nuevo* con Teodora Lamadrid, y alcanzó entonces un triunfo extraordinario. Tenía más de setenta años y hacía ya bastante tiempo que abandonó el teatro. A su entierro han concurrido muchos de los actores residentes en Madrid. En señal de duelo los balcones del Español lucieron ayer colgaduras negras.„

Nota del autor: Tamayo desempeñaba un modestísimo destino de 1.000 pesetas anuas en la Biblioteca Nacional por influencias de su hermano don Manuel. Este pudo hacer mucho más; pero al dejar de escribir para la escena, dejó también de atender á los cómicos sus parientes. ¡El académico Baus en sus últimos años mostró despectiva actitud para con el Teatro! ¡Quizá estaba pesaroso de su consorcio con el arte!

Sus ideas ultramontanas, acentuadas en sus postrímeros tiempos, le llevaron á exigir de la empresa del Español: "Que no pusieran en escena su hermosa tragedia *Virginia*„. ¡Página gloriosa de enseñanzas libertarias!

tan mal como decían, y nunca á ningún comediante se le juzgó por la interpretación que diera á esa producción de Zorrilla, pues si los hubo que en ella brillaron, como Delgado, Mata y Calvo, ninguno de los demás desmereció en ese papel que alguien dijo ser *las paralelas del arte* (1).

Tampoco el gran don Julián Romea quiso hacer el citado drama religioso, pues decía ignoraba cómo debían hablar los muertos, si bien en esto no cabía concretar, pues, que existían algunas obras, anteriores á la de don José, en que los difuntos hacen oir sus voces: *Don Juan de Serralonga*, *Macbeth* y otras.

Modernamente don Benito Pérez Galdós ha hecho hablar á la ya fallecida madre de Electra, en su comedia del mismo nombre.

Respecto á Rafael Calvo, haré constar que aprendió de Victorino, al que profesaba mucha admiración y acendrado cariño, estando durante muchos años siendo la segunda figura en las compañías de que era Tamayo primer actor.

Allá por el año 1860, trabajaban unidos, llenos de juventud y alientos, recabando lauros inmarcesibles y dineros abundantes en los teatros de las Andalucías.

Baus competía con Pedro Delgado que, con otra compañía y distinto repertorio, sumaba á su favor numerosa hueste de partidarios.

---

(1) En *argot* teatral quiere significar: "los andadores del arte".

Rafael, en el cuadro dramático de su maestro, obtenía ovaciones como galán joven, vislumbrándose que llegaría á ser una celebridad.

Estando en Málaga tuvo una admiradora aristocrática que le invitó á algunas tertulias de las que celebraba en su casa, en las que, el actor, con su verbosidad é ingenio cautivaba á los congregados.

La dama llevó sus sentimientos un más allá de las conveniencias sociales.

El cómico, todo vehemencia, sólo veía una buena amistad, un deleite, con las conversaciones que en aquella morada se practicaban.

La señora reprimía sus deseos obligada de la buena reputación.

Transcurrido un poco de tiempo, la entusiasta del arte y de sus intérpretes, debió, en lucha intestina, domeñar sus escrupulosidades, pues... una tarde, al despedirse el comediante, notó que la mano femenina deslizaba en su diestra un papel achicado por muchos dobleces.

Lejos de allí lo leyó y fué grande su sorpresa al ver que decía: “No me tilde de ligera; mi alma de artista ha sido cautivada. Recibiría sumo bien si usted se dignara visitarme después de la función, acudiendo á la puerta excusada de la calle, á espaldas de mi casa. Traiga consigo el traje de trusa que viste en el *Tenorio*.

„Perdone mi debilidad, disculpe mi atrevimiento, soy caprichosilla, consecuencia de mi alma enferma.

„No tiene usted que hacer, sino esperar en el indicado portal. De que usted llegue á mi yo me encargo.„

Esto, ó chifladuras parecidas, según refería el interesado, expresaba aquel papelito.

Como comentario diré que esta conquista fué preludio de las innumerables que se siguieron en la brillante carrera del actor.

Rafael acudió á la cita, llevando en un pañuelo el traje demandado.

Ya en presencia de la dama, ésta, con remilgos y disculpas vacilantes, le expresó que deseaba verle á su lado luciendo aquellas prendas que en el teatro la habían conmovido.

El artista no esperó más. Con decisión, propia de su temperamento decidor, pasó á un cuarto contiguo: se puso el colán, el pantaloncito y cuerpo de trusa, la gola encañonada, el capacete con la ondulante pluma y los zapatos negros, escotados, con cuchilladas de raso blanco.

Transformado así se presentó en la sala:

—Señora: aquí estoy como deseábais; no he traído espada y daga por no llamar la atención, lo demás ha cabido perfectamente en el lio que he ocultado debajo de la capa.

—¡Qué loca soy! ¡Perdóneme!... ¡Está usted tan gallardo!... Tan arrobador!...

....

....

....

....

Luego refería él que aquella hermosura, á la que no pensó llegar jamás, tras de las breves horas de la fantástica entrevista, se mostraba desabrida; no le invitó á más saraos, y en el palco del teatro esquivaba las miradas particulares que él la dirigía desde la escena.

Rondaba por de día la entrada principal de la casa sin conseguir verla. Rondaba por de noche la entrada falsa de la calle contigua y... ¡Nada! ¡Ningún vestigio! ¡Ninguna orientación! ¡Había sido un capricho del momento!

Abandonó su actitud el comediante, dedicándose, acabado su trabajo, á pasar algunas horas de la madrugada con su amigo don Victorino, en el café ó en la freiduría.

Una noche le dijo Tamayo:—Rafaelito: hoy no me esperes, me iré á casa en cuanto acabe á estudiar una nueva obra con que aumentar el repertorio.

El discípulo salió á la calle, y al faltarle aquella costumbre de reunirse con el maestro y compañero, dió en recordar lo que tenía olvidado.

Con esta idea, vagando por distintos sitios, fué á parar á la calleja excusada por donde había entrado á presencia de la tornadiza señora.

Estando frente al portal le pareció ver que en el interior se deslizaba una silueta masculina.

Se acercó á la puerta; aguzó el oído; ¡no había que dudarlo!, ¡se notaban pasos ascendentes aunque muy quedos!

Sintióse celoso. ¿De qué? ¡De si alguien entra-

ba en la casa en connivencia con aquella mujer!

La noche estaba fría, es decir, con el frío de Málaga, que á los no aclimatados les excusa de gastar capa. Calvo la usó el día de la cita para ocultar el lío. La sombra que acababa de entrar, ¿llevaba dicha prenda? No podía asegurarlo. ¿Qué era aquéllo? ¿Un caso análogo al suyo?

Esperó dos horas mortales dispuesto, si de allí surgía algún recatado, á no dejarle pasar sin exigirle explicaciones.

¿Habría sido realidad ó figuración suya la de aquella sombra?

No cabía otro recurso que aguardar.

Cerca de las cuatro de la mañana un embozado salió á la calle, con paso listo y actitud de escape.

—¡Alto aquí! — interpeló el acechador, acompañando la palabra de acción.

—¿Tú?...

—¡Don Victorino! ¡Usted sale de!... La verdad, ¿de dónde baja usted?

—¡Cállate chico, no me comprometas! Vengo de... Ya te lo contaré todo... ¡Una gran adquisición que quizá podrás tu aprovechar dejándote yo por heredero!

—Imposible, porque usted es quien me ha heredado á mí. ¿Qué lleva usted en ese envoltorio, que tanto recata?

—Sígueme... Todo lo sabrás... Comprendo que estés ofendido por la mentira que te he dicho haciéndote creer que me iba á estudiar.

—No se trata ahora de eso. Yo sé lo que oculta usted ahí debajo: un traje de trusa.

—Te has equivocado.

—¡Me apuesto la vida! ¡Todo cuanto usted quiera! Tengo certeza.

—Te engañas; no guardo aquí lo que tú dices.

—Y yo le digo á usted que sí...

—Te repito que no; porque lo que llevo en este pañuelo no es una trusa, es un traje de chambergo.

—¿Viene usted de ver á la señora..., á la abonada del teatro?

—Sí; se ha enamorado de mí con la ropa de *El campanero de San Pablo*, ¡mi chambergo inglés!... No tiene nada de particular; esa joven es pintora... y deseaba tomar unos apuntes para un boceto. Le he servido de maniquí.

—¡No, don Victorino! ¡El maniquí lo he sido yo!... ¡A mí me ha retratado de Don Juan Tenorio!

—¡Qué me dices! ¡Valiente coqueta! ¿Conque á ti de Tenorio?

—Sí; pero no importa. ¡Ya me he quedado de estatua.

13-IX-911.

CAPRICHITOS DE LA DIOSA

Carlos I de España y no V como hemos dado en llamarle—pues nada tenemos que ver con el imperio de Alemania y sólo muévenos á titularle así nuestra peculiar fanfarronería de la que tildamos á los de la Lusitania, siendo nosotros sus mayores mantenedores—, pues bien, cuando Carlitos de Gante, joven aún (cincuenta y cinco años) abdicó en su hijo Felipe el cetro de las Españas, los de su Corte le manifestaron: "¡Señor, V. M. se retira prematuramente al monasterio de Plasencia! ¿Qué razón tan poderosa os induce á ello?„ Y aquel guerrero, conquistador de la Europa, precursor del primer Bonaparte, que trajo á Madrid prisionero á un Rey y tuvo en prisiones á un Padre Santo, les contestó: "La fortuna y las fembras non gustan de canas„.

Prestemos conformidad á que las fermosas ó no fermosas de esta época, como de las anteriores, gustaron siempre de juventudes, hacia los

viejos sólo sintieron solicitud por sus dineros; mas no es cierto que la diosa sobre rueda alada—que ya debíamos modernizarla montándola en bicicleta—distinga al distribuir sus dones de pelos grises ni de cabellos negros.

Conozco á muchos ancianos que les ha tocado el premio gordo de la lotería.

Respecto á la ancianidad sí que hacemos distingos, y bien fútiles por cierto, pues muere una persona pudiente con cincuenta y tantos años largos, y se comenta: «¡Joven aún, ha pasado á mejor vida...! ¡Ha rendido tributo á la Naturaleza...!„ Pero leemos, que el tranvía ó el automóvil ha atropellado á una vendedora ó á un trabajador de cincuenta ó cincuenta y dos años, y cátate que la noticia explica que fué muerto *un anciano ó anciana*. Consecuencia: el pobre es viejo en la quinta década y al dejar de vivir es sencillamente que ha muerto; mientras el rico á los cincuenta y ocho es joven y al dejar de existir es que *pasa á mejor vida*.

Con los niños vemos algo parecido; los de familias de posición relatan las esquelas que "han subido al cielo„, los de los pobres... ¡el silencio les acompaña! En algunos nichos se lee que allí reposan los restos de don Fulano... ¡Bueno! ¡Qué reposen!

Y, ¡á qué seguir fijando esta variedad de pretensiones, de ridícula diferencia llegado el instante de la única y verdadera igualdad!

Discrepancias y veleidades las tiene la diosa

que nos ocupa sin apreciar edades ni posiciones; con esto da un mentís *al decir* de aquel gran rey que implantó el tratamiento de majestad.

En la calle que yo habito, un tabernero conocido por Boto, compró cuatro décimos á la puerta de su casa, importunado por una mujer, el día del sorteo á las diez de la mañana... A las once y media pregonaban la lista, y vió que le habían correspondido 40.000 pesetas.

En la plaza de Lavapiés, á otro viejo que tenía puesto de casquería le tocó, en pocos años, tres veces el premio gordo. Se compró un chaquet, le dió una patada al puesto, buscó una casa en consonancia con el chaquet, se argolló los dedos con tumbagas, y por la Corte anda mi buen casquero, ocultando en botas de charol sus *cascos*, enseñando monedas á las mujeres para parecerles hermoso y aquietar así sus lenguas á que no le llamen viejo.

He citado dos casos en que la fortuna ha parado su rueda ante dos provectos. Igualmente podría citar dos docenas.

Dicen que la timba nacional es dificilísima; yo creo que tan difícil como fácil. Que se lo pregunten á Retortillo, cuando en la administración de la calle de Alcalá, 2, al ver en manos de la lotera un número, á la vez que él compraba otro, se llevó también los diez décimos que manejaba aquella señora... ¡A los pocos días era poseedor de un millón de reales!

Recuerdo las veces que han disfrutado del

gordo varios amigos míos. Sería prolijo enumerarlos.

Citaré únicamente como fin de afortunados, al revistero taurino *El Barquero*, que en el sorteo de Abril último compró un décimo en la administración de *La Equitativa*... El simpático amigo Angel Caamaño, cobró 50.000 pesetas.

Yo también me gasté mis veinticinco *del ala,* y el cociente... ¡cero, cero, cero!

¡Y aseguran que con ceros se forman las grandes cantidades!

Vamos á hablar de los caprichitos de la del mantolín y pies desnudos, que si da en despertar al que duerme orilla del pozo, hay que aplaudirla; más si se hace inadvertida y deja que uno ruede... había que denunciarla, por lo menos, á que pagara patente por su sistema de locomoción que sólo ella usa, pues hasta los equilibristas de circo lo han suprimido en la pista.

A mí me ha dejado varias veces caer en el pozo; á mí y á un ganadero, que no por ser chasco conocido desistiré de contarlo, dedicándolo al lector que lo ignore. Voy con mis caídas.

En 1894 le tomaba yo los décimos á la que vendía caramelos en el teatro de Jovellanos; nunca me daba la suerte aquella muchacha é invitándome á que se los comprara á él, un vendedor llamado Juanito, popular entre los cómicos, con el que yo nunca había probado fortuna, hube de decirle: —"Si el próximo sorteo no me toca con la caramelera te los tomaré á ti.„

Llegó el día señalado, segundo sorteo de Mayo; al salir del coliseo con un hermano mío, forastero, en la puerta de la calle se me interpuso Juan instándome á que le cumpliera la palabra dada, pues que no había tenido suerte con la vendedora de golosinas.

—Tienes razón—le dije—dame tres décimos.

Estando cortándolos reparé en que faltaban otros de aquel billete.

—Dime, ¿á quién has vendido de ese número?

—A sus compañeros de usted. Uno á *Chavito*, otro á Allens-Perquins, otro á Pérez Capo, uno á su amigo de ustedes Cayuela, otro al conde de San Simón, uno más á Pura Martínez...

—No quiero de ese. Dame del otro que tienes debajo.

También faltaban partes.

—¿A quién los has dado?

—Al corista Rodríguez Flórez, á la corista *Tal*...

—Tampoco. Deseo ser solo. ¿Y de ese tercer billete que tienes en tu derecha?

—Está completo.

—Corta tres del *incólume*.

Nadie oyó esta escena. Con nadie hablé del caso. A la mañana siguiente mi hermano se ausentó de Madrid. En el escenario tampoco se había mencionado la lotería.

Transcurrieron los diez días y la rifa de fin de mes se llevó á cabo.

A la una de la tarde acudía yo á ensayar; al

cruzar la plazoleta del teatro me llamó por el ventanillo el expendedor de localidades. Fuí hasta él.

—¿Qué hay?—pregunté.

—Que sea enhorabuena. Es inútil que entre al escenario. ¡Menudo jolgorio hay! ¡Les ha caído á ustedes el gordo!

—Y... ¿dice usted que á mí?...

—¡Vaya! ¡Seis mil duros! ¿No lleva usted tres décimos?

—¿Quién se lo ha contado?

—Juanito; el que se los ha vendido.

No me impresionó lo que oí.

—Hasta luego.

Avanzando por aquel pasillo lateral y largo que conducía á la escena, esa voz interior que decimos nos habla la verdad, me confirmaba que no iba á ser cierta tanta belleza.

Llegué á bastidores. Allí estaban todos mis compañeros dándole acogotamientos de alegría al vendedor.

Recibidas explicaciones supe: Que el primer número desechado por mí había traído el premio grande. El segundo, que desestimé, la aproximación, y el tercero aceptado la centena.

¡Me conformé con 18 duros habiendo debido cobrar 6.000! La diosa me despertó en el brocal... Yo me empeñe en rodar al pozo.

Otro caso:

Estando en la zapatería *El Talismán* de la calle de la Magdalena, en vísperas del sorteo, llegó á

mí una vendedora ofreciéndome décimos. Ninguno fué de mi agrado. La mujer, ya metida en cháchara conmigo, se empeñó en que había de darme el gordo, y sacando de la falda, á espaldas del delantal, un décimo dobladito, me manifestó que me lo vendía aunque estaba reservado para un tabernero de la plaza del Progreso.

—¿No tienes más iguales?

—No, señor. Y vea usted que se lo doy por simpatía y voy á quedar mal con Mendizábal.

—¿Y qué hago yo con 10.000 pesetas? Quiero dos partes más.

—No las tengo.

—Pues anda con él á la taberna, y recuerdos á Alvarez Méndez, el de la capa caída.

En esto salió don Juan Fernández, dueño del comercio de sedas que hay al lado del sitio en que estábamos.

—Muy bonito número — exclamó — cómprelo usted, don Vicente.

Así me habló y fuese á su casa. Yo, desairando á la amable billetera, me fuí á la mía, y ella, Magdalena abajo se fué á la plaza, donde se halla la estatua del gran hacendista gaditano.

A la siguiente mañana el Fernández de mi historia, entró en la tienda de los zapatos dando noticia de que me había tocado el primer premio.

Su memoria había retenido los guarismos.

Cuando más tarde les saqué de su error, hubo en ellos las exclamaciones de: ¡¡Pero hombre!!... ¡¡Qué mala pata!!...

¡Segunda vez que me empeñé en bajar al pozo!

Habrás observado, lector, que todos mis escritos los asevero con testigos presenciales, vivos en la época que escribo la crónica; mas como luego pueden dejar de existir, por eso pongo siempre en mis trabajos la fecha de su confección.

Ahora trazo estos renglones apenado con la última barrabasada que me ha hecho la fortuna, y ¡vive Dios! que esta vez no ha sido torpeza mía, ella es la que me ha precipitado. Verás cómo:

En la lotería del 20 del actual no pensaba probar suerte; mas hallándome con un amigo la noche del 17, muy cerca de la calle del Arenal, me dió la corazonada de comprar en el estanco de la citada vía, junto á la Puerta del Sol, el núm. 520.

Llegamos allí, y presentando 10 pesetas en el mostrador, pedí al dependiente dos décimas partes del número mencionado.

—Se han concluído—me contestó.

—¿Cómo es eso?

—Sí; hay varios décimos abonados...

—Lo siento mucho. ¡Qué se le va á hacer! Deme usted otro.

Me largó el 4.944.

Al salir á la acera me interrogó mi acompañante sobre el interés que demostraba en jugar aquel determinado. Le expuse había sido un impulso del momento, por pensar en la lotería encontrándome en aquella zona. Yo sabía que un décimo del 520 lo tenía abonado hace años Emilio Carreras, y ahora, yo que siempre ojeo las listas, tenía

reparado hacía mucho tiempo que no salía ni con premios chicos.

Quedéme mal humorado. Un vago presentimiento me inquietaba; acabé por olvidar la contrariedad.

A los tres días en el diario *Heraldo de Madrid*, vi que el 4.944 había quedado en salir y que el 520 aportaba 150.000 pesetas.

¡Sufrí un calambre, que me río yo de los del *bacilus vírgula!*

Luego pedí salud y buena vista para ver cosas, pues esta vez diré como Tenorio: "Culpa mía no fué„.

Y dejando sensiblerías voy con el cuentecito final para demostrar que en el juego siempre nos queda... "¡Si hubiera hecho esto!... ¡Si no hubiera dejado de hacer lo otro!...„

Que hable el de la ganadería.

Aquel dueño de reses habitaba en el campo; era hombre adinerado; se encerraba por las noches en las habitaciones altas, dejando abajo á los criados.

Sucedió que unos merodeadores, escalando un balcón, llegaron á la cama en que dormía.

—Entréganos tu dinero ó te matamos—le amenazaban. La víctima, en fuerza de martirios, iba indicando los muebles de la sala en que guardaba sus cantidades.

Esperaban los bandidos más grande botín, y aunque le propinaron nuevos golpes, como nada más declaraba y había transcurrido mucho tiem-

po, para que allí no les sorprendiera la luz del día teniendo tiempo de escapar, decidieron abandonarle; pero no sin que le quedara un recuerdo imperecedero por no haber declarado todos sus haberes.

Andaban aquellos facinerosos con el pensamiento y los ojos buscando qué le harían, cuando uno dió en reparar que sobre un mueble había una plancha metálica que tenía hecho á taladro un número ocho.

Como lo discurrieron se hizo. A la llama de una maquinilla de alcohol que se toparon, cogiendo uno la marca con unas tenazas, la puso candente, y colocando al ganadero boca abajo sobre los colchones, fué otro ladrón el encargado de izar el faldón trasero de la camisa á modo de bandera y, mientras otros dos sujetaban al que tendido estaba, el primero, con las tenazas acercó el metal enrojecido hasta posarlo en una y otra nalga del pobre traficante.

Terminada la cruenta tortura los salteadores se dieron á la fuga.

Los criados subieron advertidos por las voces que su señor daba; entraron cuando éste descorrió las cerraduras. Les contó lo del robo pero callándoles su ignominia, ¡aquellas señales que le habían hecho para toda su vida!, menos mal que en parte que á su voluntad podían estar ocultas.

A poco, una noche, pensando que en su cuerpo había la misma marca de su ganado, dió en la diferencia de que sus reses llevaban el número 8;

pero él, á guarismo por posadera, formaban un 88, y quizás pudiera esto ser base de su fortuna. ¿Había si no como ponerlo en práctica?

Movido de vertiginoso impulso, no paró hasta encontrar una administración del Estado donde le vendieron el billete entero del número 88.

Lleno de satisfacción lo guardó en sitio seguro.

Esperó el día fijado en que podía ver realizados sus presentimientos.

Llegado el instante hábil, su desencanto no tuvo límites.

El favorecido con el premio mayor había sido el ¡¡808!!

—¡Ah! ¡Bruto de mí!—exclamó golpeando con furia su frente—¡Soy un animal! ¡¡Me olvidé del cero!!

22-VII-911.

LOS GRANDES TÍTULOS

El abate L'Epée y el asesino ó la huérfana de Bruselas, interesante melodrama traducido del francés por Juan Grimaldi, y por él rotulado tan abundantemente. *La cabaña de Tom ó la esclavitud de los negros, A muerte ó á vida ó la escuela de las coquetas, Del rey abajo ninguno, y labrador más honrado García del Castañar, Cuarenta años de desgracia ó la máscara de hierro, Treinta años ó la vida de un jugador, Lo de arriba abajo ó la Bolsa y el Rastro, Marcela ó ¿á cual de los tres?, Un desafío ó dos horas de favor* (1), *El pacto sangriento ó la venganza corsa, El novicio ó al más listo se la pegan, El mulato ó el caballero de San Jorge, Pedro el negro ó los bandidos de la Lorena, Quince años ha ó los incendiarios de Presempol.*

---

(1) Este drama, traducido por el malogrado *Fígaro*, tiene igual asunto que la ópera *María di Rohan*, escrita por Donizetti para el cantante Ronconi.

Por este orden se haría interminable la nomenclatura si mencionáramos todas las obras de doble nombre.

El público de hace cincuenta años gustaba de estos abundamientos, se imaginaba que la producción había de tener grandes efectos porque... ¡el título prometía!

No le inspiraban confianza los rótulos pequeños, los quería grandes, cuanto más mejor; así que, las empresas, á las comedias de corta denominación les aumentaba una segunda parte. Por ejemplo: al anunciar el drama en cinco actos, de Tamayo, *Angela,* adjetivaban: *Angela la florista.*

El melodrama de Hartzembusch *Doña Mencía*, lo alargaban con *ó una víctima de la Inquisición.*

Si ponían en escena la obra de Rubí, *La trenza de sus cabellos*, le añadían, *ó el guerrero sensible.*

Cuando se representaba la comedia de gracioso escrita por Enrique Zumel, llamada *¿Si sabremos quien soy yo?*, aumentaban á continuación, *ó la batalla de Almansa.* Esta segunda denominación quedaba justificada, pues en el primer acto empieza la acción con la sangrienta guerra citada, que hizo perder al archiduque de Austria sus esperanzas al trono español, y dió nuevos alientos de victoria á Felipe V; pero muchas veces las empresas, ó los cómicos siendo empresa, abusaron de los segundos títulos y el público quedaba disgustado viendo que en la comedia no había relación con lo que marcaba el anuncio.

En cierta ocasión, una reducida compañía dra-

mática alquiló el teatro de la villa de Chiva, provincia de Valencia, para actuar durante la temporada veraniega.

Poco personal, escaso decorado y exigua sastrería, les limitaba á hacer comedias con decoración de sala; obras llamadas del día, que tanto gusto dieron á los abonados de los teatros principales; pero este repertorio no daba resultados de taquilla; el público popular quería trajes, luces, montañas, heridos, muertos y alguna loca con el pelo suelto.

De igual parecer eran también los *chivos* ó *chivanos*, les aburrían las *comeditas*, querían ver dramones.

Los comediantes, á fin de llamar la atención, anunciaron la obra en tres actos—los tres en una sola decoración de sala—, *La piedra de toque*, de Eduardo Zamora y Caballero, con el apéndice de *ó la batalla de Chiva*.

¿Qué habia en la producción que justificara aquel titulo? Nada, ó casi nada: Un característico que aburre á los de su familia nombrándoles la citada batalla á la que él había asistido.

¡Poco era esto para lo que los del pueblo se habían forjado! Creyeron que iban á ver á Cabrera en su huida; al general Oraa posesionándose del Castillo...

¡Nada más natural que se exaltaran, pues se trataba de una página histórica de aquella villa!

Llenóse el teatro.

El primer acto terminó en paz.

En el segundo se fueron escamando por haberse percatado de que el personaje viejo explicaba haber estado en la batalla de Chiva..... ¡luego aquella acción era pasada, no iban á verla!...

Al acabar el tercero y último la grita fué enorme, pedían guerra, tiros, que murieran todos.

Rompieron los bancos, cometieron otros excesos, siempre á trueque de que los habían engañado—decían.

¡A qué anunciar la batalla si no la habían hecho!

El alcalde, el alguacil y la pareja de civiles desalojaron el coliseo.

En la plaza, grupos de gentes tiraban piedras á la fachada del teatro, rompiendo los reverberos de la puerta.

La autoridad llamó al cabeza de aquellos cómicos y le previno: Que en lo sucesivo tuvieran cuidado al anunciar las obras. No tenían que aumentarles nada, ¿A quién se le había ocurrido eso de la batalla de Chiva?

—Señor alcalde—suplicaba Francisco Argüelles, cabeza de compañía—como las entradas iban siendo muy flojas, con *La piedra de toque* á secas no hubiera venido nadie; por eso se nos ocurrió alargar el epígrafe.

—Pues amigo: *La piedra de toque* ha traído muchas *piedras y toques;* díganlo si no los faroles de la fachada. Queda á cargo de ustedes su recomposición; también me veo precisado á imponerles una multa de 50 pesetas.

—¡Nos parte usted, señor!

—¡Yo no, la *piedra* esa! ¡La *piedrecica* de ustedes! Y ándense con tiento que los del pueblo se la tienen jurada.

*

—¿Qué función anuncias para mañana, Paco?

—Obra nueva; debemos poner en escena el drama en dos actos, de Ventura de la Vega, *Una ausencia*.

—¡Con ese título no van á venir, pensarán que nos hemos marchado!—exclamó el segundo galán.

—Hagan ustedes lo que hice yo en Buñol—dijo otro actor—darla así: *Una ausencia ó la mujer adúltera que las paga todas juntas á la chita callando*.

—¡Y esta vez no va á ser pedrea, lloverán guijarros!

—¡Ah! pues crea usted que el asunto justifica plenamente la denominación.

—No abusemos, queridos compañeros. Ya que la autoridad nos condonó la multa demos los anuncios tal y como son. Si acuden al teatro, bueno, y si no vienen... ¡comeremos peor!

Ya nada de añadiduras.

Así lo practicaban.

Sólo lo que los ejemplares disponían.

Fijaron un dia los carteles anunciadores y en ellos se leia: Primera representación de la come-

dia en dos actos, traducida del francés, *Un ramillete, una carta y varias equivocaciones* (1), á continuación un divertido fin de fiesta.

A poco de poner los impresos el alguacil se presentó en el teatro requiriendo á don Francisco de parte del monterilla.

El avisado se personó inmediatamente en la Casa Consistorial.

—¿Qué tiene usted que mandarme?

—Ahora mismo voy á suspender la función.

—¿Por qué?

—¡Valiente cuadrilla de frescos están ustedes! Esa comedia la dejan para dentro de unos días, cuando se la sepan bien.

—¡Se la saben, señor alcalde, se la saben!—repetía don Paco con estupefacción.

—¡La saben..., ¡he! ¡Y le dicen ustedes al público que se equivocarán varias veces!

---

(1) Esta comedia, y con este largo epígrafe, aun hoy se representa con aplauso.

Hartzenbusch consigna que la pieza francesa de Duvert y Lausanne titulada *Renardin de Caen*, traducida al castellano por don Nicolás Lombía, con el título de *Un ramillete, una carta y varias equivocaciones* es una imitación de *Casa con dos puertas mala es de guardar*, obra clásica, original de don Pedro Calderón de la Barca.

Efectivamente, así es; y no se la debe juzgar con la bondad que don Juan Eugenio, calificándola de imitación, sino de copia: en personajes, en escenas y en situaciones. No se comprende que nuestros padres, que en una misma temporada veían representar ambas producciones, no protestaran el débil calco de la obra calderoniana.

—No, señor; si es su verdadero nombre, el puesto por su autor, nosotros no hemos aumentado nada.

—¡¡Mentira!! ¡Hoy suspendo el teatro!

—¡Por Dios!... ¡Que, como sábado, tenemos muchas localidades vendidas!...

—¡Por vida de!... ¡Me temo que esta noche haya pedradas!... ¡Que tenga yo este corazón que no me deja gobernar libremente!...

—No pasará nada, yo se lo aseguro.

—¡Ea, pues á ensayar, á ensayar mucho, y al primer comediante que se equivoque en esa función le hago dormir en la cárcel y le multo en diez duros. Yo no consiento que se burlen del público. Vaya usted con Dios!

*

Argüelles llegó al coliseo; los compañeros le interrogaron.

—Sólo tengo que manifestaros una cosa, seré breve.

—Habla.

—¡En este pueblo están todavía por descubrir!

—Bien; pero el alcalde...

—¡A ese le he descubierto yo!... ¡¡Es un perfecto animal!!

24-IX-911.

UNA DE SUS GALANTERÍAS

Don Francisco Martínez de la Rosa, insigne poeta, gran político, hombre de mundo, modelo de elegancia y cumplido caballero, cual otro no hubo en su época; nació en Granada en 1789 y falleció, según unos en 1852 y en decir de otros en 1862; yo pienso que fué en este último año apuntado, fundándome para ello en que, siendo yo muy niño, la Lotería Nacional se verificaba por las combinaciones de: ambos, ternos, cuartas y quintas, al igual que hoy juegan las familias, con cartones, en sus veladas íntimas. También recuerdo que mi padre decía haberse suprimido, por el Estado, ese sistema de los números combinados porque, momentos antes de morir, don Francisco había hecho manifestaciones de que se chanchulleaba con aquel procedimiento. Luego si yo hago memoria, aunque muy vagamente, de aquel modo de buscar la suerte los aficionados al juego, no cabe duda que fué en la segunda fecha

cuando falleció el ilustre vate, pues en la primera andaba yo lejos de ocasionar las primeras molestias á mi madre.

Martínez de la Rosa, al par de inspirado versificador, alcanzó gran celebridad en el teatro como autor de comedias. Sus más populares fueron *La hija en casa y la madre en las máscaras*, el drama romántico y patriótico de tumba y hachero *La conjuración de Venecia* y la tragedia despeluznante *Edipo*, dialogada con hermosos y correctos endecasílabos.

Esta producción de asunto histórico—tomada en su forma de la de Sófocles, que fué el primero que, á los noventa años de edad, llevó dicho asunto á la escena—constituyó el más legítimo triunfo de cuantos obtuvo el actor español don José Valero.

De la Rosa, tuvo la jefatura del partido liberal.

Sufrió destierros y grandes privaciones.

Sus contrarios en la cosa pública le llamaban Rosita la Pastelera.

Fué hombre de gran ingenio é inagotable en crear frases oportunas y espontáneas.

En cierta ocasión, y en un corro de diputados, se hablaba á más y *peor* de don Paco.

Los maldicientes no advirtieron que aquel á quien destrozaban se hallaba cerca; tanto arremetieron contra sus hechos y hasta contra su propio nombre, hablando de Rosita la Pastelera, que el agraviado, sin mostrarse ofendido, se les acercó diciéndoles:

—¿A que no saben ustedes por qué me llaman Rosita la Pastelera?

—No haga usted caso, don Francisco, son remoquetes de la política, y en verdad que en usted no es de justicia, pues nunca se le ha visto evolucionar en contra de su programa liberal, por lo que no se nos puede alcanzar la oportunidad del mote.

—A mí sí y voy á explicárselo. Me llaman Rosita la Pastelera, porque no tengo *turrón* que dar á tantos como lo piden.

*

Paseando un día por el Prado, hecho un *dandy*, con levita entallada, corbatín exagerado, asomando su pelo rizoso por debajo del sombrero y manejando su inseparable junco, cruzóse con una mamá redicha que al verle le hizo observar á su hija, pollita casadera que la acompañaba:

—Mira hija mía: ¿ves ese caballero distinguido y elegante?, es Martínez de la Rosa.

—Martínez solamente, señora, *la rosa* es esa señorita —expuso galantemente don Francisco (1).

28-IX-911.

---

(1) Esta anécdota, entre otras varias, me la refirió doña Dolores Olavarría, novia que fué de Martínez de la Rosa. El 16 de Abril de 1912 acudí á la casa número 18 de la calle del León para formar parte del acompañamiento en el entierro de dicha señora, fallecida á la edad de noventa y un años.

TOROS Y PALOS

Domingo Goyenechea fué empresario de algunós teatros del Norte.

Perdió bastante capital, no porque el público no correspondiera con su asistencia á los espectáculos, sino porque dicho señor administró mal el dinero de la taquilla, y, también, el de su casa; así que acabó en la indigencia y en ella continúa triste y maltrecho sin esperanzas de rehabilitación.

Estábamos con este empresario en 1898, al frente de su compañía, el popular y simpático maestro Rafael Calleja y el *escribidor* de estas memorias.

Hacíamos temporada de verano en Gijón.

Gran parte del invierno la habíamos hecho en Oviedo, un mes en León, y en Julio nos trasladamos á ese bonito pueblo adornado de su lindo puerto. ¡Ah! ¡Aquella alegre Calle Corrida! ¡Aquel hermoso Somió, y tantos otros alrededores encanto de propios y extraños!

Actuábamos en el teatro de Jovellanos, menos dos noches en semana que lo hacíamos en el de los Jardines de los Campos Elíseos.

Con compañía completa de zarzuela, llevando todo el repertorio nuevo y lo escogido del antíguo, el éxito de público superó á los deseos de todos.

Tanto fué así que Dindurra en su pequeño teatro, sólo pudo dar veintiocho funciones, con escasa concurrencia; allí trabajaban, como primeras partes: Elena Placer, joven atrayente, hoy retirada del arte, y el conocido actor Ventura de la Vega.

Dindurra, despechado, nos dijo:—Para el año que viene me prevendré contra ustedes, construiré un *caballo grande, ande ó no ande;* más claro, un coliseo de mucha cabida.

Así lo verificó; echó abajo aquel pequeñito y sofocado que le había hecho fracasar, buscando la revancha en la construcción de uno mayor. ¡Con esto se notaría más la falta de espectadores si el negocio se torcía!

En Gijón veraneaba don Miguel Ramos Carrión; en honor suyo hicimos *El Rey que rabió* y *Agua, azucarillos y aguardiente*, invitándole á que asistiese á los ensayos, deferencia que aceptó, honrándonos mucho, y que á la vez le proporcionaba ocasión para matar, durante varios días, la monotonía de unas cuantas horas.

También vino á vernos Quinito Valverde, y... ¿qué hacer? Pues obras en su homenaje, y... ratos agradables compartidos con él.

Había un segundo tenor cómico con nosotros, un tanto badulaque, que en teniendo dos copitas demás, bien de sidra ó bien de vino, comprometía al Panto de Sevilla, si dicho *señor Panto*, en Gijón se hubiera encontrado.

Disgustos morrocotudos nos había dado en la capital; disensiones de mucho bulto provocó con los leoneses; mas todavía con los gijonenses conservaba tapado el tarro... ¡bien digo!, parecía tener uno, y grande, lleno de provocaciones; una pequeña caja de Pandora con maleficios de menor cuantía, pero maleficios al fin.

Sufríamos á este *Tal* en la compañía, por ser hijo de un celebrado artista, muy hombre de bien (1) — así no faltábamos á la consideración que nos merecía el padre — y también porque el hijo siempre, tras una de sus *borrascas*, pedía perdón ofreciendo enmendarse.

Nos aconsejaban amigos de aquella localidad que, al trasnochar, no nos diseminéramos y, sobre todo, que nos guiara la prudencia en cualquier situación, por ser los del pueblo belicosos y pendencieros; las muestras de esto á la vista estaban: mi patrón, llamado Fausto, buen mozo, *de pelo en pecho*, poseía un *restaurant*, una fonda, y á más de algunos empleos municipales, era cabo de

---

(1) El reputado barítono de zarzuela *grande*, D. Ramón Navarro, fallecido en Lérida en 1911. El hijo que mencionamos, Ramón Navarro y España, murió en la Argentina en el mismo año.

comparsas del teatro...; pues bien, este terne tenía un jabeque en la cara que le desfiguraba muchísimo, y si á tal persona, á semejante Goliat, le habían dibujado el rostro con la punta de una navaja, ¡qué no podrían hacer con nosotros si andábamos en malos pasos!

Fausto desempeñaba sus destinos dando órdenes, pues tenía representantes para llevarlas á cabo; la fonda y *restaurant* los dirigía su *Margarita*, es decir, su esposa, llamada Pastora, ¡guapa mujer!

Hombre tan fornido y de tales agallas topóse con un pequeño David, y fué éste un comparsa de teatro que él había despedido á bofetadas. Ya parecía el suceso dado al olvido; mas cuando no podía esperarse, se presentó el pequeño ante el grande, y de un navajazo le puso las tripas en los pies...

Y basta ya de notas de color, basta de bosquejo.

Entre los comediantes y coristas los hubo que bebían mucha sidra. Si la dirección se quejaba á la empresa de este defecto, con perjuicio para los que no gustaban de libaciones, al momento Goyenechea hacía reunir á la compañía en el escenario á las doce de la mañana, antes de la hora de su almuerzo, y les amonestaba:

—Señores: es preciso no dar que hablar en las calles; exijo que se abstengan los que beben; en mi teatro no consiento beodos... ¡Para borrachos, yo! Pueden ustedes retirarse.

Acabada esta exhortación, almorzaba, y ya no se podía contar con él; ¡pertenecía al *cognac* hasta el momento de acostarse!

A las corridas de toros asistíamos, á un palco de la plaza, el empresario con su simpática esposa, adornada de mantilla y flores; su niño, y yo en concepto de agasajado.

Brindis le dedicaban los espadas, y don Domingo correspondía con cien pesetas á cada salutación.

Una de esas tardes, en el tendido, debajo de nosotros, estaban en primera fila los actores Lorenzo Sola, Leopoldo Suárez, un profesor de violín de los teatros de Madrid llamado Constante—la empresa llevó contratados varios músicos de la Corte—y el actor *Tal* poseedor del bote de los disgustos.

Delante de ellos, en asientos de barrera, había algunos jóvenes de Gijón amigos del empresario Dindurra; uno de éstos, llamado Pin, era amabilísima persona y correcto caballero. Sucedió que el cómico del *tarro*, á hurtadillas de sus compañeros, tiraba chinitas á los señoritos de delante; éstos agotaron la paciencia comenzando á repartir *tortas*. De las bofetadas pasaron á darse estacazos... ¡A las caras! ¡A las cabezas! ¡Adonde podía llegar el palo!

El promovedor del disgusto saltó al callejón y por entre barreras corrió hasta toparse con una salida. ¡Debió toparse con un toro! ¡En el tendido dejó su obra sangrienta!

El espectador pacífico que en nada se metía, se encontraba con un bastonazo que iba dirigido á otro que abandonaba su puesto, y, ¡claro! este víctima lleno de coraje y dolor devolvía el golpe á ciegas á un inocente que, buscando reciprocidad, pegaba á otro que tampoco había intervenido en nada. Y con esta cadena de golpes, todos furiosos, se maltrataban azuzados por la ofensa inesperada. ¡Qué correr de unos peldaños á otros los iniciadores de la reyerta, sembrando el contagio con los golpes equivocados! ¡Qué de sangre en los rostros de muchos!

Las bengalas saltaban hechas astillas.

Algunos espectadores cayeron atontados, efecto de contusiones recibidas en la cabeza.

Don Miguel Ramos Carrión me suele preguntar si recuerdo aquella jarana, pues dice no haber presenciado en su vida mayor ensalada de palos. (Palabras textuales.)

En los demás tendidos de la plaza se ocupaban de los accidentes de la lidia, ¡que es mucho lo que subyuga el espectáculo para distraerse reparando si cuarenta ó más prójimos andan rompiéndose las narices!

Si mal no recuerdo, el matador lo era Rafael Guerra *(Guerrita)*, que verificaba sus corridas de despedida para retirarse del toreo.

A dominar el alboroto entraron dos parejas de municipales... ¡Qué si quieres! Cada zurrido que les daban encendíales el pelo.

En consecuencia: el Presidente dispuso que un

sargento, con seis parejas de civiles, se entendieran con los batalladores.

Los de los tricornios los pacificaron en breve; al que se resistía, tirando de sus brazos hacia abajo, lo sentaban, y aun alguno cayó acostado, y teniéndolo así, le dedicaban una caricia con el tacón ó la punta de la bota, en la cara ó en la cabeza; con esta persuasión el agasajado no se incorporaba más que lo que le permitía la altura del banco para quedar sentado.

Los de la benemérita Corporación decomisaron cuantos bastones hubieron á mano, los más partidos en dos.

Poquito á poco iban desfilando los heridos, y poco á poco los civiles—apareciendo como sentados y cambiando á menudo de sitios—iban cacheando; á consecuencia de esta requisa recogieron armas y expulsaron á muchos beligerantes.

La señora de mi empresario se desmayó en el palco; yo, de pie sobre el hierro del antepecho, á la vez que abrazado á una columna lateral, me sentía inerte... ¡Se me saltaban los ojos por tanto mal como veía!

—Esta noche no piense usted en dar función, puede cerrar el teatro—dije á Goyenechea; mas no fué así: "el hombre propone y el *empresario* dispone".

—Mire usted, Vicente—me objetó—, nosotros cumpliremos con la obligación: toda la localidad para hoy está vendida, al que lo hayan escalabrado... él verá lo que hace.

La banda tocaba un paso doble, salió un nuevo toro, y allí no había pasado nada. ¡Bastante sangre de algunos hombres en el tendido!... ¿y qué? ¡en la arena del ruedo no la había más que de los animales!

Teníamos que trabajar. tras pocas horas, en los Campos Elíseos. Lo verificamos. Hicimos *El rey que rabió* y *El padrino de El Nene*.

En el último acto ponía frío en el alma ver á Suárez, que desempeñaba el picador: pálido y desfallecido, pues con nada se pudo restañar su herida, de la que manaba un continuo coágulo de sangre que desde la cabeza bajaba á emporcar su cuello.

El actor Sola nos decía:—¡Si el espectáculo no concluye pronto, me va á ser imposible continuar, tanta es la debilidad que mis heridas me producen!

Acabaron los *toreros y picadores* de *El padrino* sin que en esta corrida nocturna hubiéranse repartido nuevos palos, ¡no habría habido fuerzas para resistirlos!

Nos aseguraban personas conocedoras de los rencores locales que las represalias serían enormes.

Al día siguiente, cuando salíamos del ensayo, me participó González *(Chavito)* que tenía en su poder dos asientos de barrera, regalo de mi amigo don Clemente Oria, el cual me suplicaba que aceptara y no dejase de asistir á la corrida, pues más tarde me explicaría el por qué de tal solicitud.

Me era incomprensible lo que se me demandaba. Opté por dar gusto al amigo y con mi compañero me dirigí á los toros.

Al entrar en la plaza, Gonzalito, santiguándose, profirió:

—¡Dios nos coja confesados!

—¡Tú!, joven, ¿qué significa eso?—pregunté.

—¡Ya verá usted! ¡Ya verá usted! ¡Ay!

Ocupando nuestros asientos, me explicó González:

—Ese que tiene usted á su lado es Pin; el otro que sigue, el otro, y también el otro son los que armaron la bronca de ayer. ¡Qué va á ser de nosotros! ¡Ay! Su amigo de usted, don Clemente, ha dicho en la cervecería: "Tengo la manera de evitar que hoy ocurra nada; he tomado localidad al lado de Pin, y voy á ver la manera de obligar á don Vicente á que la ocupe. Para conseguir lo que me propongo haré que no me vea; esta noche le daré explicaciones. No creo que me desaire y con esto no tendremos hoy espectáculo desagradable como ayer„.

A mitad del segundo toro Pin y los suyos nos obsequiaban con rajas de salchichón y chatos del rico manzanilla.

Chavito respiraba satisfactoriamente y comía deleitándose; yo no me quedaba atrás en lo de tranquilizarme y manducar á gusto.

Al retirarnos les dimos las gracias, sin haberse hecho en tan largo rato, por ambas partes, alusión alguna al suceso de la tarde anterior.

Los comediantes se curaron sin abandonar su trabajo. Andábamos temerosos, ante los augurios de disgustos que pudieran ocurrir.

Yo, que en nada me había metido, formé resolución de tomar iniciativas; pregunté á mis compañeros si aceptaban, y en vista de su buen agrado, invité al padre del promovedor de la desazón á que visitáramos á los agraviados.

El papá me dijo que sí, y luego faltó á la cita.

Me decidí á ir solo. Llegué al teatro Dindurra y recabé á favor de mi comisión el apoyo de Elena Placer y del simpático Ventura de la Vega.

Llamaron á Pin, acudió, y acordóse un *armisticio:* si los cómicos de Jovellanos no se jactaban de nada ni para nada se apercibían, llegaríase á un olvido absoluto; esto se acordaba en obsequio de la embajada: Placer-Vega-García Valero.

¡En mi vida he visto ensalada de palos mayor que aquélla!—dice el aplaudido autor de *La bruja* y cien dramas más. ¡Exacto! ¡Y gracias que á la tal ensalada pudimos quitarle los *rábanos* que, los *como el agua tiernos,* suelen picar á menudo!

*

Acude á mi memoria que una noche—estábamos representando *El santo de la Isidra*—corrió la voz por el escenario de que en la entrada del paraíso había habido un herido grave, que transportaron á la Casa de Socorro más inmediata.

El móvil de la riña originóse por competencia

entre dos, sobre cuál entraba el primero para ocupar mejor puesto.

El que asestó la puñalada permaneció tranquilo en su asiento viendo la función.

Un guardia le esperaba en la escalera para detenerle á la salida; esta *galantería* se comentaba favorablemente por los tramoyistas del escenario.

Pasado un mes de este hecho nos pagó la nómina la empresa en el segundo piso del teatro, contra costumbre, pues siempre lo había verificado en la contaduría baja.

Después de haber cobrado quise curiosear el gallinero, y subiendo por la escalera estrecha que á él conduce, me asqueó ver en las paredes manchones de sangre hechos al acaso.

Cuando bajé al escenario le pregunté á la conserja, á aquella simpática y servicial Antonina:

—Dígame, ¿esas manchas que hay junto al paraíso, qué significan?

—¿No oyó usted referir lo del herido?... ¿Aquel que por ganar sitio recibió una cuchillada?

—¡Ah! ¡Sí! Mándelas usted lavar. Dígales á las barrenderas que lo hagan.

—¡Ay, señor Valero! ¡Usted no entiende de eso! ¡Despreocúpese! Esas manchas de sangre son adornos que á estas gentes del pueblo les gustan mucho. ¡¡Son los blasones de su valentía!!

18-IX-911.

LA MAMÁ DE LA NIÑA

Referiré una nota cómica acaecida en un estreno, mas antes séame lícito preguntar á mis lectores de edad provecta si recuerdan la famosa comedia *El diablo predicador*, de las llamadas, antiguamente, de tramoya. De aquéllas, divididas en jornadas, verificando las mutaciones de panoramas á la vista del público y exornadas también con alguno que otro trasto de transformación.

Estas obras, con pintas á las tituladas de magia, gustaban mucho hace cuarenta años.

El *diablo* que nos ocupa se atribuía á la pluma—como todas las obras del teatro antiguo que firma: "Un ingenio de esta Corte„ —, al Rey Felipe IV, á aquel Austria que tenia su Parnasillo y en él alternaba con los escritores de su época.

Haré la salvedad, que el eminente actor don Julián Romea—á quien muy pocos conocen como poeta, y por cierto correcto é inspirado—escribió un drama, que él estrenó, con éxito bueno, en el

teatro del Príncipe, el 27 de Febrero de 1856 á beneficio de don Joaquín Arjona, titulado *Juicios de Dios*, y también ocultó su nombre—secreto á voces—con el seudónimo *Un ingenio de esta Corte.* Así se denominaba mientras tuvo la obra en ensayo; más tarde, al anunciarlo al público, sustituyó el incógnito que usaba el amante de María Calderón, por el de *El autor desconocido.*

La comedia del actor Romea figuró largo tiempo en los repertorios de todas las compañías de España.

Volviendo al primer *Ingenio*, apuntaré que en su drama, antes nombrado, se le aparece á Luzbel, á través de mueble de transformación ó cosa así, el Arcángel San Miguel para imponerle de los designios del Hacedor.

Este ángel ha sido siempre representado por niños, de uno ú otro sexo, que con voz atiplada y decir *de carretilla*, disparaban largas tiradas de versos.

El asombroso trágico don José Valero hizo su debut interpretando ese angelito de espada, coraza y casco.

En el teatro principal de Valencia, allá por el año mil ochocientos cincuenta y tantos, se estrenaba un drama en el que un San Gabriel ó San Rafael, ¡vamos! uno de los de la Corte Celestial, hacía su aparición en lo alto de un pedestal, á fin de avisar á un malvado personaje de los castigos que para él se preparaban en las alturas.

Desempeñaba este mensajerito alado la que

luego, ya sin alas, hemos visto la actual generación volar por los teatros de España en puestos de primera actriz; aquella que el señor Cano y Masas, viéndola trabajar en la capital vallisoletana, recomendó á la empresa del Español, de Madrid, hasta conseguir que la contrataran para que le estrenase su tragedia titulada *La muerte de Lucrecia.* Gustó la dama, y su nombre era Carmen Argüelles (1).

La Carmencita de Valencia se sabía de memoria la larga tirada de octosílabos en romance, que había de hacer—según decían—las delicias de los espectadores, y, sobre todo, las de la mamá del San Miguelito.

¡Cuántos chafarrinones de colorete barato estamparon en sus pequeños mofletes!

¡Qué rasgarle los ojos en fuerza de agrandárselos con un corcho quemado!

Aquel querube, aseguraban que estaba para comérselo, ¡vamos!, propio para lo alto de un ramillete de confitería.

¡No podían dudar de su triunfo en la escena!

Sucedió al contrario; pues en el primer acto, sin aparecer la pequeña actriz, empezó la silba.

En el segundo continuaron las demostraciones de desagrado, y héte aquí que apareció sobre columna fantástica el misionero de Dios.

Los abonados, por galantería con la infancia, se dispusieron á escuchar.

---

(1) Fallecida en Buenos Aires el 4 de Noviembre de 1910.

La mamá de la niña estaba junto á ella, en la caja inmediata, sacando medio cuerpo á la vista de los de la sala.

—¡No te cortes Carmencita! ¡Grita más, hija mía, que te respetan! ¡Más alma, monona mía!— Así, con parecidos términos, exaltaba á la criatura.

El angelito, azuzado por el *rejoneo* de la madre, se desgañitaba á más y mejor. ¡Aquello no era declamar! ¡Chillaba como si viera ratas!

El público agotó su calma, y ante treinta y tantos versos que llevaba voceados la niña, sin que se viera el final, empezó á corear las palabras y... ¡aquí el adjetivar de la mamá!—¡Animales! ¡Brutos! ¡Sin mirar que es una criatura!... ¡Indecentes! ¡Cochinos!... ¡No te achiques, hija mía, levanta más la voz! ¡Grita cuanto puedas!...

La pequeña había llegado á más de cincuenta versos, y los de la sala, por cansancio, ya no silbaban; pero, ¡oh sorpresa!; al acabar el arcángel su parlamento, en medio de silencio general, se envalentonó y dirigiéndose al bastidor en que estaba su madre, preguntó en voz bastante alta:

—Mamá, ¿lo vuelvo á decir?

—¡No! ¡No! ¡No!—respondieron los del público.

22-IX-911.

MAYOL

«¡Cuanto más trato á los hombres... más quiero á mis perros!»

(Carlos III, Rey de las Españas.)

¡Por qué echar la culpa á los animales, si ellos no toman la ofensiva, sino cuando se les hostiga!

Yo poseo un hermoso perro de aguas llamado Mayol (1). En Madrid es popular; en El Escorial, es conocido por el perro del reloj, pues lo lleva, con muñequera, en su mano izquierda, y al preguntarle cualquier persona: ¿que hora es?, le presenta su pata en alto y espera á que satisfagan su curiosidad.

En una de las mesas de la acera de Fornos tomaba café á mi lado el animalito, y por sus monadas hice amistades con personas distinguidas,

---

(1) Se le dió este nombre por haber nacido en Mayo, é ignorando que esta palabra fuese apellido. Perdóneme el maestro de música Sr. Mayol; Mr. Mayol y los demás que así se apelliden.

entre ellas la del simpático conde de Gausa, don José Muñoz de Baena y Belluti.

Mayol era dócil en sumo grado; no desmentía su especie, no; mas sus templanzas se acabaron... ¡Tornóse desconfiado! De esta metamorfosis tuvieron culpa los chicos.

Yendo en mi compañía, y contra mi voluntad, lo han banderilleado, le han dado pases de muleta y no han rematado la suerte porque yo—presidente á la *portuguesa*—me oponía al complemento de la lidia. ¡Sin mi intervención, los muchachos hubieran verificado el *arrastre!*

Se me ocurre que no han de faltarme detractores que, por desconocimiento de lo que son estos bichos, critiquen el que un cómico posea un perro; mas, amigos míos, no soy yo el primero. Entre muchos de la clase recuerdo al actor José González que llevóse su can, viejo y ciego, á la Argentina, sin reparar en las molestias de á bordo; ¡tanto cariño profesaba á aquel leal compañero de muchos años! Federico Tamayo tenía verdadero delirio por su Emir—hermoso ejemplar de lanas—; éste correspondió á tanta vehemencia yendo á morir agobiado de sentimiento sobre la fosa de su amo en el cementerio de la Almudena.

Ahí está, y no me dirá que miento, mi amigo y compañero Pepe Moncayo: perdió á su Guagüín, y él, tan jovial de suyo, sólo al recordarle la pérdida de su fiel canino se ensimisma y se apesadumbra de manera manifiesta. Perros tienen tam-

bién los artistas Rufart, Gandía, Videgain, Roldán, Pilar Vidal, María Palou, Matilde Moreno y..... ¡á que seguir enumerando!, ¡empresa ardua! ¡Son muchos!

La Naturaleza—dicen que sabia—no lo ha sido al no exceptuar de la rabia á estos nobles amigos de los hombres.

En algunos sarcófagos antiguos, de matrimonios linajudos, aparecen, á los pies de las estatuas yacentes, perros labrados en la misma piedra, y no es como el vulgo cree que son animales muertos de pesar por el fin de sus dueños, no; esas figuras eran un símbolo que patentizaba que aquellos cónyuges habían vivido profesándose mutuo cariño y mutua fidelidad.

Sería prolijo enumerar los malos tratos de que Mayol ha sido objeto.

Referiré lo ocurrido hace poco para que el lector tenga idea de la travesura y de los malos instintos de algunos jovenzuelos.

¡No ha estado demás el bando publicado por el alcalde Francos Rodríguez en protección de los animales! ¡Ojalá se cumplieran sus humanitarias y saludables disposiciones!

En el mes de Enero último, entre la función vermut y la siguiente, la criada me llevaba la cena al teatro, acompañándose de mi perro. Al entrar en mi cuarto, Mayol, en expresión de regocijo, me bamboleaba con tanto salto á mi alrededor en muestra de su sentida alegría. Su rabo, semejante por sus cuidadas lanas á una borla de

darse polvos, se movía con vertiginosidad cinematográfica, y así todas las noches hasta una en que el perro, entró sin hacer grandes extremos, si bien no abandonando el continuo movimiento de su rabito. Llegóse á mí pausadamente y posó su cabeza sobre mis rodillas.

—¿Qué tiene éste? — pregunté á la criada — Está mucho menos contento que de ordinario. ¡Le hallo triste! ¿Qué ha pasado, Anastasia?

—No sé señorito. Será que ha querido morder á un chico que trataba de acariciarlo, y espera el regaño.

—¡Ah! ¡Granuja! ¡Esas tenemos!

El perro, temeroso de mis palabras, fué á esconderse debajo del tapete de la mesa tocador.

— Cuéntame como ha sido — ordené á mi criada.

La doméstica me manifestó que junto á la farmacia de Coipel había ladrado, avanzando hacia un muchacho; éste venía tras ellos desde la calle del Marqués de Cubas, y tenía aspecto de dependiente de comercio; vista la acometida del can por un guardia de orden público, hubo de interrogar al chico, preguntándole si le había mordido; el mozo disculpó al animal exclamando: "No señor, es que le he pisado„.

Volví á requerir á Mayol para reconvenirle amistosamente, y al pasarle la mano tropecé con un obstáculo, que clavado en el lomo tenía.

—¿Qué es esto?... ¡Un alfiler á modo de banderilla!...

El perro gruñía de dolor al tropezarle en aquel pequeño dardo.

—¡Ah, señorito! ¡Ya doy en lo que es! ¡Se lo ha hincado el muchacho que dijo haberle pisado! ¿Han oído ustedes crueldad más inusitada?

Trabajo, y no poco, costóme arrancarle aquel rejoncillo, pues lo tenía metido hasta la mitad. Decidíme á dar un tirón, y... ¡no se habia equivocado la sirviente! ¡Aquel perverso chico debia pertenecer al comercio, pues el alfiler era de los que usan en las tiendas para sujetar los paños que envuelven los fardos de telas!

—Vete—le dije á la muchacha—á ver si el guardia está de servicio y cuéntale lo sucedido.

Encontró al de orden público, que al verla le manifestó que, pues no había habido mordedura, no tomaba en cuenta el caso.

—No es eso—objetó la recadera—, es que el muchacho le ha clavado al perrito este alfiler, y es justo que el animal quisiera defenderse.

—¡Ah, malhechor! ¡Si lo hubiéramos sabido lo llevo á la *Comi* y le cuesta á la familia el *alfiler un pan!* Así luego, con esas ideas, vienen á acabar en un presidio!—profirió el del uniforme.

Creo que con este sucedido queda justificada la desconfianza de mi perro.

Después de lo reseñado, un niño de la vecindad de mi casa, que siempre que en el portal encuentra al chucho, ha de poner sus manos en él, quiso hace pocos dias plantificarle en la cabeza una cesta con carbón, y Mayol, ante tal sorpresa,

le mordió en el antebrazo izquierdo. ("Erosiones leves sin importancia„, según el dictamen de la Casa de Socorro.)

¡Pobre Mayolito! ¡Se acordaría del alfilerazo al sentir sobre su cabeza la cestita del carbón!

Esperando estoy el día del juicio, que para mí será *el final*, pues he determinado que á mi perro siempre se le saque con bozal.

¡Ah! ¡Si él tuviera aquel don extraordinario de sus ilustres ascendientes Berganza y Cipión! ¡Qué bien había de defenderse ante el Tribunal!

¡Esos perros! clama de continuo la Prensa... ¡¡Esos chicos!! digo yo; y absteniéndome de hacer comentarios voy á robustecer mi aserto, dejando hablar á los personajes que figuran en el final de este capítulo.

Al día siguiente de lo del mordisco, recibí un recadito de la Comisaría suplicándome que, acompañado de un agente, llevara el can al Instituto antirrábico de Alfonso XIII.

Al entrar en el compartimiento destinado á perrera—todo él lleno de jaulas—se me manifestó más que nunca mi cariño por Mayol; ¡en una de aquéllas quedó encerrado el pobre animalito, para enronquecer en fuerza de ladridos desesperados, y desfigurarse los ojos con su continuo llanto!

De las muchas *cárceles* allí presentes sólo había dos ocupadas: en una un podenco, en otra un perro de lanas.

—Qué pocos huéspedes tenéis. Todas las jau-

las están desalquiladas—dijo el agente al guardián de aquel aposento.

—¡Natural!—contestó éste.—No ves que ahora hace frío y los chicos permanecen en sus casas. Espera que venga el calor; los muchachos estarán en las calles y aquí tendremos pocas jaulas para tantos perros.

6-II-912.

EL DISGUSTO DE HERRERA EN EL ESCORIAL

Las compañías dramáticas que actuaban en el teatro del Real Sitio de San Lorenzo durante las temporadas veraniegas—de esto hace veinticinco años—pasaban *la pena negra;* no comíamos, y hablo así pues formé parte, en aquella fecha, de una en que estaba de galán don Manuel de la Vega, de primera actriz doña Adela Guijarro, también Jenaro Venegas, Enrique Barta, Ibarrola y otros artistas que aun arrastran la maciza cruz del arte sobre el proscenio.

Los veraneantes de entonces no concurrían á las comedias, eran éstos: familias de la clase media, empleados de poco sueldo, madres con hijitos atacados de tos ferina que buscaban el alivio de los chiquitines en el cambio de aires; esposas que también con éstos, y la variación de aguas, anhelaban burlar su esterilidad.

Los esposos, retenidos en Madrid de lunes á sábados, llegada la víspera de fiesta subían al

pueblo en el último tren de la noche y se reunían con los suyos hasta el próximo lunes que, regresando á la Corte en las primeras horas de la mañana, asistían á las oficinas.

“El tren de los maridos„ denominaban al último ascendente. ¡Era de ver la llegada de los cochecitos de Andrés Leonor, á las doce de la noche, á la calle de Florida Blanca! ¡Cuadro pintoresco, abundante de animación y jolgorio! ¡El cascabeleo de las mulas! ¡Las voces de las mamás llamando á sus esposos, que descendían de los vehículos cargados de paquetes con garbanzos baratos y otros menesteres domésticos, formaban una nota de color abigarrada é interesante. Entre abrazos y besos se escuchaban diálogos del tenor siguiente:

—¿Cómo está ésta?—cogiendo en brazos á una pequeñina.

—Ya no tose tanto, y en la poca que aun le queda he podido observar que hace menos *el gallito*.

Otro caballero requería abrazado á su cónyuge:

—Dime la verdad, ¿te encuentras mejor? ¿Y qué hay de mi hijo?

—Abandona esa idea: ¡las aguas de aquí me han perjudicado, no hay nada de lo dicho!

Toda esta *colonia* de poco dinero, natural que no asistiera á las representaciones teatrales, fomentando, sin pizca de culpa, la abstinencia de los faranduleros.

Menos mal que nosotros podíamos ocultar nuestras privaciones sin pasearlas por las calles; nos las pudríamos dentro del coliseo, que... ¡la previsión de aquel rey, único en la Historia, llamado Carlos III: al mandar construir los teatros de La Granja, Aranjuez y El Escorial, dispuso que en ellos se hicieran viviendas para los comediantes, apreciando que lo más caro en las jornadas reales habían de ser los inquilinatos!

Una tarde que acabado el ensayo nos hallábamos reunidos en el patio de butacas tomando el fresco y deliberando sobre nuestra precaria situación, hubo de fijarse Vega en el escudo de España, que en uno de sus cuarteles ostenta las lises borbónicas; blasón que está en la embocadura del escenario.

—¡Qué gran Monarca fué ese Carlitos!—profirió.—Frugal en sus comidas... ¡No tanto como nosotros, señores! A ser yo en su época me hubiese ofrecido á S. M. en calidad de perro.

—¿Por qué?

—Siempre al acabar de comer disponía que le soltasen sus hermosos canes, á los que, llegados á él, les repartía por su mano las frutas del postre. ¡Las mejores que producía la huerta del Monasterio cuidada por los frailes!

*

Malo continuó siendo el negocio artístico hasta hace unos doce años en que, por afluir al pueblo

mucha aristocracia—ministros inclusive—, el espectáculo ha recobrado concurrencia, haciendo posible una empresa explotadora que asegura un pequeño sueldo á los artistas, si bien la codicia del dueño de la finca—adquirida á bajo precio cuando la venta de muchas pertenencias del Real Patrimonio por liberalidad de doña Isabel II—ha alquilado á familias indígenas las viviendas de los actores y éstos tienen que buscar contubernios pagando precios caros á causa de la gran afluencia de forasteros.

*

En 1895, el cuadro dramático que *á partido* trabajaba en el teatro mencionado, era víctima de la mala época que al principio he explicado.

Yo, que me hallaba veraneando, asistía al espectáculo y cambiaba mis impresiones con el malogrado literato Enrique Sepúlveda y con el laureado autor don Vital Aza... (cuya vida guarde Dios muchos años).

La temperatura de ese verano fué demasiado fresca. Bien decía Vital: "Hemos venido á invernar".

Ponían en escena algunas de las obras estrenadas en Lara.

Viendo una noche *Zaragüeta* me preguntaba Aza:

—Diga usted, Vicente, ¿se ha fijado en el modo

de declamar de este don José Herrera, barba de la compañía?

—Sí señor, es un rezagado. Le llamo así, porque esa canturia, ese arrastre de dicción, esa manera de prolongar las sílabas finales, se aplicaba á los endecasílabos de los personajes heroicos, en las tragedias hoy fuera de uso. Este artista, ya hombre viejo, se educó practicando aquel género, y ahora, al desempeñar un papel estrenado por Rossell, no puede sustraerse á sus primitivos hábitos, á su manera de hacer.

*

¡Pobre Herrera! Las pocas horas libres que le dejaban los ensayos las transcurría sentado en uno de los bancos del jardín que linda con el Coliseo.

¡Trabajar y no cobrar!... Esto le ocurría.

Muchas veces al pasar por allí, me preguntaba mi familia:

—¿Qué discurrirá ese buen señor?

—Darse un tiro.

—¡Hombre, por Dios!

—Está dicho. ¡Pegarse un tiro! ¡Conozco el *percal!* Ese teatrito es la desesperación de los que de él pretenden vivir; ensayan mucho: llegado el lunes, al hacer el reparto, suelen tocar á sueldo y cuarterón...

—¿Qué es eso?—me interrogaban.

—Tener señalado en *el partido* un diario de

diez pesetas y por la poquedad de los ingresos cobrar, por toda la semana, lo correspondiente á un sólo día, más una cuarta parte de esa cantidad: en total, doce pesetas cincuenta céntimos, que prorrateadas diariamente, quedan á percibir una peseta setenta y ocho céntimos. ¡Imposible con esto poder vivir y muy posible decidirse por el fogonazo!

*

En la madrugada del 11 de Abril de 1896, una detonación junto á la umbrosa valla que resguardaba el solar de la calle de Sevilla con vuelta á la Carrera de San Jerónimo, llamó la atención de dos ó tres comediantes de los que por allí se reunen. Se acercaron al sitio que había iluminado la pólvora... ¡Un hombre tendido en tierra y bañado en sangre conservaba aún en su diestra el arma homicida! Apenas daba señales de vida.

Los curiosos, y también los agentes de la Autoridad, acomodaron al desventurado en un coche conduciéndolo á la Casa de Socorro del distrito del Congreso; al siguiente día ¡expiraba á consecuencia de la herida—en el Hospital—don José Herrera, el barba de la compañía de declamación del Real Sitio de San Lorenzo! (1).

---

(1) "*Un suicida.*—En la calle de Sevilla se suicidó, á la una de la madrugada última, un individuo, disparándose con una pistola un tiro en la sien derecha. El Juzgado se constituyó acto seguido en el mencionado sitio, procediendo á la identificación del cadáver. En un bolsillo de la americana se le en-

¡Fallidas sus esperanzas de nuevo contrato!... ¡Viendo que á su vejez le negaban todo auxilio, optó por tan fatal resolución!

Esta desgracia, también la del actor Pepe García, que, arrastrado por la indigencia, murió en el citado establecimiento de caridad, las situaciones angustiosas de don Juan Casañer, Pedro Del-

---

contró una carta dirigida al Juez, en la que consigna su nombre y el móvil que le indujo á atentar contra su vida. Decía llamarse José Herrera Díaz, cómico que perteneció á las compañías de Mario y Mata. Habitaba en la calle de Jardines, número 14, piso tercero, habitación que le pagaba el conocido actor señor Thuillier. La falta de recursos dice que ha sido e único móvil que le ha inducido á quitarse la vida.„ De *El Liberal*, fecha 11 de Abril de 1896.

Esta información—noticia del momento—difiere de la verdad que expresa la certificación expedida por la Comisaría del Establecimiento benéfico; dice así: "Don Eugenio Oliver Pérez, Comisario del Hospital Provincial de Madrid.—Certifico: Que al folio doscientos veintiuno del libro segundo de mil ochocientos noventa y seis aparece una partida que, copiada literalmente, dice así: Ingresó en once de Abril de mil ochocientos noventa y seis, José Herrera Díaz, procedente de la Casa de Socorro del distrito del Congreso, ocupando la cama veinticuatro de la Sala séptima de este Hospital, donde falleció á las dos del día doce de Abril de mil ochocientos noventa y seis, no pudiendo completar la filiación por el estado de gravedad en que ingresó. Y para que conste, y á petición de don Pedro Muñoz Seca, expido la presente, visada y sellada por el señor Director de este Establecimiento, en Madrid á trece de Junio de mil novecientos once.—Eugenio Oliver.—B.° V.°: El Director, A. Hidalgo.„—Hay dos sellos: uno de la Dirección del Hospital Provincial y otro de la Comisaría del mismo Centro benéfico.

gado, José Mata, y al igual las de otros muchos comediantes, levantaron vivísimo clamoreo en la clase y todos convinieron en prever semejantes sucesos fundando una Sociedad de socorros, pensiones y subsidios.

En 1901 el empeño pasó á ser realidad.

Quedó constituída la Asociación.

A los seis años se contaba con un capital de 300.000 y un pico de pesetas efectivas.

¡A aquellos primeros entusiasmos!... ¡A aquellas primeras Juntas directivas llenas de prestigio!... siguieron otras de menor cuantía; se permitió ingresar á muchos indocumentados... no faltaron hombres con funestas iniciativas y... á seguida ¡trajeron la bancarrota!

Los pocos que nos han causado el desastre no tuvieron en estima los intereses de los más, ¿para qué? ¡Se les alcanzaba que podían estar tranquilos! Por algo escribió Cervantes: "... todas las cosas se pasan, las memorias se acaban, las vidas no vuelven, las lenguas se cansan, los sucesos nuevos hacen olvidar los pasados...„

*

¡El teatro cada vez peor! ¡Aniquilado con los gravámenes y contribuciones del Estado! Sin tener puestos suficientes para tantos cómicos en número, como ahora han dado en titularse... ¡camina de mal en peor!

También le restan ingresos los modernos es-

pectáculos, pues el mal gusto de muchas gentes, prefiere á las manifestaciones de Talia los descocos más ó menos desnudos de una Terpsícore de saldo.

Desaparecida la Asociación, todos habrán de sentirlo. Los jóvenes sufrirán privaciones y desfallecimientos mucho antes de llegar á la vejez, y los viejos de ahora ya no podrán acercarse á "la umbrosa valla de la calle de Sevilla con vuelta á la carrera de San Jerónimo„: la empalizada desapareció, y hoy se muestra allí, soberbio y perdurable, el edificio destinado á Banco Hispano Americano. Por sus balcones y ventanas salen raudales de luz artificial, que sólo se debilita cuando en competencia asoman los primeros albores de la luz del día.

¡Pobres cómicos sexagenarios! ¡Los émulos de Herrera..., para dar fin á su desesperación, habrán de ir á buscar el término de su Calvario en la Ronda de Segovia, junto á alguna de las vallas que cercan los merenderos y juegos de bolos!

31-V-911.

La premura, por ser á fecha fija con que escribí la crónica anterior, me imposibilitó de dar á conocer la gacetilla de *El Liberal*, y la certificación que ahora van como notas de llamada.

Publico, pues, en este libro un artículo ya dado á conocer en la Prensa, por las hablillas de algunos respecto á la veracidad del sucedido; así

que, á más de los testimonios ya citados, voy á insertar á continuación una carta del señor Ruiz Borrego, de Málaga, dirigida á mi amigo Herreros que, á instancias mías, hubo de solicitarle. Es un documento curioso, y retrata fielmente el modo cómo se hizo artista el interfecto; igual á éste, ha habido varios actores en el teatro, algunos, gloria de la dramática escena, que dejaron de hacer zapatos por hacer comedias, y es que como "El poeta nace, y no se hace„, al igual el actor si carece de condiciones no puede adquirirlas cursando aulas.

Copio de la carta anunciada:

....

....

....

«José Herrera nació en Colmenar, pueblo de esta provincia, viniendo á ésta y aprendiendo el oficio de zapatero, llegando á ser de los mejores. Fué soldado de artillería y cumplió su compromiso. Volvió á Málaga, y como aficionado, trabajaba por entonces en la Sociedad *La Azucena,* que había en el Cuartel de Caballería. Fuí á verle una noche en la obra *Diego Corrientes* y vi las buenas condiciones que tenía de figura, voz hermosa, corazón, todas las condiciones que se necesitaban para ser un gran actor de carácter, pero le faltaba lo principal, saber bien leer, escribir mejor y gramática castellana. Pero su voluntad era tan grande por dejar de hacer zapatos, que de día trabajaba y por la noche estudiaba en la escuela. Un

año dediqué á él, hasta que conseguí hacerle primer actor de carácter, practicando en las muchas funciones que hacía yo por aquella época. Casó en Málaga, pero fué desgraciado con la mujer que le tocó en suerte. Y de la noche á la mañana desapareció, dejando una niña que hoy vive y es Maestra de Colegio, y se contrató con Ricardo Simó. Después pasó con Tamayo, Cepillo, Mata y Vico, pero tuvo la desgracia de enamorarse de otra mujer que le fué infiel, y una noche, estando trabajando en el teatro Calderón, de Valladolid, desapareció su amada, dejándolo sin ropas, alhajas y dinero. Esto le impresionó tanto, que perdió la memoria y empezó á pensar en aquéllo, inutilizándose para el trabajo. Por entonces Emilio Thuillier, que le quería como un hermano, le pagaba el pupilaje, le daba tabaco, ropa y todo lo que le hacía falta. Pero como no podía contratarse estaba desesperado. Tenía que salir Emilio para una excursión y le dejó abonados todos sus gastos á la pupilera por tres meses, encargándole que él respondía de los gastos que hiciera. Al verse solo, su carácter que era triste, y una enfermedad que se le desarrolló en las piernas, una noche puso fin á su vida, si mal no recuerdo, en una calle de Madrid. Fué un hijo como pocos, pues mientras vivió su madre le pasaba cinco pesetas diarias para ella y su hija. Esto es toda su vida trazada á grandes rasgos. Costóme mucho trabajo el que pudiera llegar al puesto que ocupó, como lo he conseguido de otros *muchos* y *muchas*

notabilidades, que después que consiguieron su objeto, no se acuerdan de este pobre viejo, que tanto ha hecho por todos ellos y por Málaga.„

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

16-VII-911.

LA TERTULIA EN LA ALCOBA

¡Que el hijo de un señor más ó menos relacionado con alguien de teatro va á entrar en quintas!... pues cátate una funcioncita á beneficio del *quinto;* los cómicos trabajan gratis y aun á veces se les obliga á inscribirse en suscripción pecuniaria.

¡Que la señora de un caballero—que nadie sabe perteneciera á la escena aunque él asevera lo contrario—ha dado á luz un robusto niño ó á veces un feto para en alcohol!... Pues cátate *un guante;* así es llamada en *argot* de bastidores la lista de socorros que tienen que llenar los comediantes.

Cuando se muere un autor cómico ó un músico: corona costeada por los actores.

¡Tratan de banquetear á alguien por las ciento y pico de representaciones del sainete ciento y pico de noches aplaudido por la claque! Tarjetas que habremos de adquirir y recargo luego de algunos gastos más relacionados con el homenaje.

La Hacienda cobra á los artistas en concepto de contribución el 5 por 100 de sus haberes, y, pasando por alto las muchas rifas de que son víctimas, verificadas por gentes de dentro y fuera del escenario, quedan aún contra ellos un sinnúmero de sablazos.

En las casas de los actores las familias han de estar bien aleccionadas para impedir que allí lleguen los pedigüeños impertinentes.

Señoritas traviatas ha habido—y habrá—que, por llamarse de apellido García de la Góndola, creen tener derecho á pedir dinero á los del arte, alegando descender en línea recta de la célebre García, la Malibrán, ó de Calderón de la Barca, pues el apellido *Góndola*, dicen, fué sustituto de *Barca*, por haber su abuelo vivido en Venecia.

No ha habido otro recurso que cerrar las puertas á piedra y lodo.

Sucedió una vez que me despertó mi mujer á las diez de la mañana, diciendome:

—Vicente: ahí está Atané, hijo del célebre maestro de baile del mismo apellido.

Mi esposa hablaba por *boca de bolero*; no sabía quiénes eran, y yo sólo de oídas; pues esto ocurría hacia el año 89, cuando Terpsícore tenía en completa decadencia á sus émulos.

—¡Ay, esposa mía, qué mal haces! Te tengo prevenido que antes de las doce no estoy para nadie; aun después de esa hora tampoco para individuos desconocidos, que sólo vienen á pedir.

—¡Me ha dado mucha lástima! ¡Dice que viene desde Zaragoza á pie!... ¡Todo el camino pensansando en ti!... Que su padre fué gran amigo del tuyo...

—¡Bueno, mujer! ¡Cómo tantas veces has metido la patita! Hazle entrar aquí.

Se fué á cumplir mi mandamiento. Me incorporé en la cama, adoptando una posición presentable, sin poder disimular el gesto de vinagre que la contrariedad me producía.

Llegó por la puerta de la sala precedido de mi cónyuge é hizo alto junto al marco de la alcoba, un sujeto de facciones famélicas, con alpargatas, traje raído, boina, manta arrollada sobre sus hombros y todo ello cubierto de polvo; llevaba barba de quince ó más días que le daba aspecto de anciano, cuando sólo podría contar unos veinticinco años de edad.

—¿Qué deseaba usted?

—¡Ay, señor Valero! Nos ha quebrado la empresa del Principal de Zaragoza, caso inusitadísimo; de allí vengo á pie por la carretera, siempre pensando en usted. Mi padre, primer bailarín, director en ambos rangos, francés y español, bailó muchas temporadas en teatros donde actuaba su glorioso padre de usted.

—Señor mío: usted viene equivocado.

—¿No hablo con el señor Valero?

—Soy García Valero, é indudablemente usted busca á Ricardo Valero, hijo del eminente don José; en esta calle—un poco más abajo de esta

casa—vive Emilio Valero, también hijo de aquel gran artista; mas este vecino mío nunca entendió en cosas del proscenio.

—¿De modo que usted no es descendiente de don José?

—No, señor; no guardo relación alguna con esa familia, yo soy de *otros López*. Referente al primer bailarín Atané, su señor padre, sólo por oídas sé que existió. Ha perdido usted el tiempo por la carretera de Aragón á Castilla dedicando su pensamiento á mi humilde personalidad.

—Y... ¿no sabe usted donde vive don Ricardo Valero?

—Podrá inquirirlo en la contaduría del teatro Español, allí deben tener noticia.

—¡Dos días que no he probado bocado, señora! Ahora, ¡qué desencanto!, creí encontrar mi salvación y... ¡ya no puedo más! ¡Desfallezco de necesidad!

Los ojos de la señora se preñaron de lágrimas, dirigíame miradas de súplica induciéndome á compadecerme de aquel desdichado; yo empecé á experimentar conmiseración.

—¿Y qué, señor García Valero, siendo usted artista no se condolerá de mí favoreciéndome con algún pequeño socorro? ¡Dios se lo premiará! Yo se lo imploro en nombre de mi padre.

—Le repito que no le conocí aunque fué mucha su fama en el mundo teatral. Además: á mí no me consta ni si usted se llama Atané ni si es hijo de su padre. Yo no le conozco. ¡Me han dado mu-

chos chascos! ¡Estoy muy escarmentado! ¡Ni siquiera sé si usted es bailarín!

—¡Ah! ¡Sí, señor, lo soy! Si esta fuera ocasión se lo demostraría.

—¿Y por qué no ha de serlo? ¿Le es conocido el bolero del baile *La Tertulia*?

—¡Claro que sí! ¡Mucho, sí, señor!

—¡Ea! Yo le tararearé la música; prepárese usted á bailarlo.

Nuestro hombre dejó la manta en el suelo, se irguió recobrando gallardía, llevó sus manos puestas en cuartas á ambas caderas, y juntando el talón de su pie derecho á la mitad del otro, quedó en disposición de arrancarse á danzar.

—¡Tran, larán; tran, larán; tran, larán...!

Seguí tarareando gran parte del citado tiempo de bolero, que Atané ritmaba con saltos y aptitudes demostrando que nos hallábamos en presencia de un coreográfico.

A cada pirueta de aquel hombre, salía de la estera una nube de polvo, que, unido al mucho que de sus harapos se desprendía, ahogaron la risa producida á mi mujer por tan grotesca escena, haciéndola toser.

Carantoña: mi hermoso gato, que hecho una rosquita dormía á mis pies, sobre la cama, con las patadas del bolero y los berridos de mis entonaciones, escapó de un salto con el rabo erizado en forma de limpiatubos.

Desgañitado ya, cesé de hacer música con la boca, y, aún el bailarín continuaba dando saltos.

—¡Basta! ¡Basta, señor Atané! Quedo convencido de su profesión. Tú, Angela, abre ese balcón para que se vaya la polvareda. Dale un duro á este señor, y que se marche en busca de Ricardo Valero.

¡Pobre hijo de Terpsícore! Vino junto á mi cama: á viva fuerza me cogió una mano y me la llenó de besos.

—¿Quiere usted, señor García, que marque los panaderos de *Las ventas de Cárdenas,* ó un pasaje de *La estrella de Andalucía*, ó algún otro de *Los marineros de la Caleta* para que quede completamente convencido? ¿Desea que dé el salto de la ventana de *El Abate enamorado?*

—No señor, no. He podido convencerme de que es usted artista. Sólo apetezco... ¡dormir un ratito más!

Salió de mi cuarto derramando bendiciones.

Cuando volvió mi esposa de acompañarle, me dijo:

—¡Qué alma tienes!

—Sí, ¡he! ¡Pues buen duro le canta!

—Se ha ido satisfechísimo. Paréceme que ha de volver por aquí á querer bailar más.

—Oye: si lo hace, que traiga un profesor de violín, yo le pagaré mejor, pues me he desgargantado con tanto ¡tran, larán!, ¡tran, larán!, ¡tran, larán!, ¡lán, lán!

12-VI-911.

PELAYO Y MARQUINA

Pelayo del Castillo nació en Valencia.

En su país, como en Madrid, vivió con vilipendio.

Nadie, sino él, tuvo la culpa. Poeta facilísimo, improvisador asombroso—como no hubo otro desde Narciso Serra á él—, de nada le sirvió su natural disposición; se dedicó á la bebida desde sus años juveniles, muriendo prematuramente.

De lo mucho que escribió poco lleva su firma.

Pastorfido aprovechóse de los talentos de aquel desdichado, comprándole, á bajo precio, muchas de sus composiciones.

De cuanto produjo, son bastante conocidos *El que nace para ochavo*, modelo de versificación espontánea, y dos juguetes más.

En la Corte conoció este vate á otro, aragonés, llamado Pedro Marquina.

Bien pudo exclamar el valenciano ante el maño: "¡En ti he encontrado la horma de mi zapato!".

Bien pudimos proferir los que veíamos aquella unión: "¡Se juntaron tal para cual!„.

Algunas eminencias de la escena y también varios hombres de letras, en los últimos tercios de sus vidas, ya en decadencia de aptitudes, se entregaron á libaciones continuas. ¿Por qué así, si en sus largas carreras fueron hombres de probidad y conducta ejemplarísima?

¡Con indulgencia había que ver esas metamorfosis, pues no cabe dudar que los desengaños y las injusticias de sus semejantes les decidieron á aturdirse olvidando sus penas del presente acrecentadas más y más con los recuerdos de triunfos pasados!

Si en éstos deben respetarse sus actitudes de última hora, en nuestros dos jóvenes poetas no cabe disculpa; se hallaban en sus verdes años y continuamente ofrecían destellos que auguraban tener camino expedito para llegar á ser grandes dramaturgos. Marquina no era locuaz como su compañero, más bien premioso de palabra.

Para la escena compuso, entre varias, tres comedias en un acto y en verso, que aun figuran en el repertorio, denominadas: *Palabra de aragonés*, *El poeta de guardilla* y *El arcediano de San Gil*. Este último dramita, sustituto de *El puñal del godo*, es el pan nuestro de los aficionados á hacer comedias.

Se estrenó en el teatro Martín; al poco tiempo se imponía en todos los coliseos principales de España.

Producía efecto mágico la escena entre el cura y don Pedro I de Castilla.

Tempestades de aplausos estallaban al escuchar que el Rey mandaba enterrar vivo al pérfido sacerdote, y al lamentarse éste diciendo:

—¡Tratar así á un arcediano!
¿Qué dirá el pueblo ofendido?
—Sentirá que no haya sido
el Pontífice romano,

se celebraba con bravos y demostraciones de mucho júbilo la réplica del Rey.

Perico y Pelayo recorrían todas las *tascas* de la coronada villa.

En ellas trabajaban; allí hacían sonetos, con dedicatorias, para las esposas de sus conocidos, á fin de sablearlas.

Entré una noche con Rafael Sánchez, José Cuesta y Palomino de Guzmán, en una taberna de la calle de Colón; íbamos dispuestos á cenar.

Junto al mostrador estaba, solo y emborronando cuartillas, el poeta Castillo.

Tenía sobre la mesa una copita, al parecer, con aguardiente y un vaso con agua.

De la primera besuqueaba su contenido; del segundo, tomaba grandes buchadas para apagar la sed.

Le saludamos. Al preguntarle qué trabajo hacía, nos contestó: —Cosa baladí.

Mis acompañantes y yo nos aposentamos en otra pieza inmediata.

Cuando vino el camarero, antes que nuestro consumo, le ordené fuera á preguntar á don Pelayo qué obsequio aceptaría de parte nuestra.

Volvió el criado, manifestándonos que nuestro convidado, agradeciendo la atención, "tomaría de lo mismo que le habían servido anteriormente„.

¡Barata nos sale la galantería! — hubimos de pensar — Media copa de aguardiente... el agua gratis...

A mitad de la cena repetimos para con el escritor el mismo agasajo. El dependiente realizó nuestra disposición.

Poco después Pelayo, desde la puerta del cuarto, se despidió dándonos las gracias.

Al retirarnos y pagar lo consumido nos molestaba una diferencia en nuestra cuenta de noventa y tantos céntimos.

La parte correspondiente á lo que habíamos comido, resultaba exacta; el exceso, según nos explicó el mozo de la taberna, correspondía á las finezas hechas al autor, pues que, la media copa—de la que tomaba sorbos pequeños—contenía agua, y el vaso grande—del que tomaba buches—contenía triple anís.

*

¡Qué éxito tan hermoso el del poeta valenciano cuando estrenó en el Español *El que nace para ochavo!*

Al declamar Pepe García (que representaba un personaje hambriento):

—Homero pidió limosna;
el ilustre genovés,
el gran Colón, mendigando
por toda la Europa fue.
Cervantes pasó en su tierra
más trabajos que en Argel...
¡Que los tres tuvieron hambre
es indudable!... Pues bien:
Yo sin valer la mitad
tengo el hambre de... los tres.

Aplausos y ovación grande.

Esta pieza cómica había sido vendida por su autor á un librero de lance, en el precio de quince pesetas.

Don José María Moles, rebuscador de ejemplares antiguos para su biblioteca, á instancias del de los libros se la compró en una onza, confiando en que el gracioso García, amigo suyo, había de interesarse. Le entregó la comedia y el actor respondió:—Déjemela usted don José; mañana le haré saber lo que puede hacerse á favor de este engendro.

Tanto le gustó al comediante la obra en cuestión, que quedó reservada para su beneficio en el teatro Español.

Transcurridos meses del estreno, al verificar Moles uno de sus viajes de Valencia á Madrid, estuvo en casa del editor á liquidar el tanto por ciento que le correspondía percibir por derechos de representación de *El que nace para ochavo*, y se encontró con un haber líquido de unos cuantos miles de reales.

¡Habíanse aumentado como por arte mágico los dieciséis duros que él aprontó!

Este fué el cebo para que el coleccionador de librajos se hiciera editor, creando una nueva Galería Dramática.

Marquina vendía sus obras á los pasteleros, ¡era goloso!, después de la bebida gustaba de hojaldres y cremas.

En 1884 le estrenamos en el teatro de Recoletos, de la calle de Olózaga, un dramita lírico en un acto, con música de Isidoro Hernández, titulado *Rosa y clavel.*

Nadie se presentaba á cobrar la propiedad.

Perico decía haberlo vendido..., sin acordarse á quién.

Cuando llevábamos treinta representaciones, reclamó un pastelero de la Cava Baja, exhibiendo un recibo, extendido en papel mugriento, en el que se hacía constar ser dicha zarzuelita de su pertenencia.

Antonio Croselles, empresario del citado teatrito, puso ante él la cantidad recaudada por derechos de la obra, que ascendía á trescientas y pico de pesetas.

Se quedó asombrado el reclamante, y dijo:

"Que él no quería sino las diez pesetas que había dado y los intereses, pues lo demás, bien se le alcanzaba, era para repartirlo entre los cómicos.„

Después de esta novísima escena debió hablar del caso con alguien que le avispó, pues no volvió á nombrar los repartos, y sí presentábase á

diario con el recibito de los derechos correspondientes á aquel día.

Le aconsejábamos que llevara el drama á casa de un editor para que se lo administrara; que debía imprimirlo en seguida; mas aquel tío desconfiaba de todos. Ni fué á galería alguna, ni siquiera imprimió la zarzuelita.

Un día en el ensayo nos obsequió con pasteles de *su cosecha*, y... no es porque fueran de la Cava Baja..., ¡pero debieron conocer á la Cava de don Rodrigo, en lógica de lo empedernidos que resultaban á nuestras dentelladas! El no entendería de comedias, mas de dar salida al género atrasado ¡indudablemente!

El mal ejemplo cunde... ¡Para los comediantes todo está bien!

Recriminamos á Marquina por haber mal vendido *Rosa y clavel*, y con fisonomía idiotizada por el alcohol, nos dijo: —Es suya la obra, los dos duros que ese repostero me dió equivalían á dos millones en aquella ocasión; me hallaba falto de pan...

—¡De vino!—le replicamos.

*

En la planta alta de la casa del célebre Botín estaban los dos vates una noche devorando un cuarto de cabrito.

Disponíanse á consumir algo más.

Previo arqueo en sus bolsillos, sintieron la decepción dada por su escaso peculio.

Castillo, con un muchacho de la casa, mandó unos renglones escritos con lápiz á su editor; éste le había cerrado su puerta; mas... ¡era tan poco lo que le pedía!... ¡Confiaba en ablandar las entrañas de aquel implacable logrero!

Al rato volvió el dependiente y les entregó un sobre.

Se comprendía al tacto que en el papel venía una moneda.

—¡Ahí está el duro!—dijo Marquina.

Pelayo rompió el sobrescrito, sacó el disco, y, poniéndose en pie, exclamó:—¡Maldito sea!... ¡Vil gabacho!... ¡No es un duro! ¡Me remite un ruin napoleón! (1).

Y contemplando la efigie de aquel Emperador con ira explosiva improvisó los siguientes versos:

"¡Napoleón! Quizá veles
todavía, cabe el Sena,
mirando en tus hijos fieles
reverdecer tus laureles
de Austerliz, Marengo y Jena.

La gloria ciñó á tu sien
una corona inmortal;
aunque no te fué muy bien
si yo no recuerdo mal,
en los campos de Bailén.

---

(1) Entonces, y en España, esta moneda sólo valía diecinueve reales.

Entraste ¡oh! Napoleón,
en España. ¿Qué hizo al verte
tan heroica nación?
Lo mismo que yo, cogerte
y echarte por el balcon (1)..

Llamaron á Botín y le entregaron el dinero que poseían, comprometiéndose á darle la diferencia al gasto, pasados unos días.

De allí salieron ambos á cual más beodos.

Anduvieron hasta la Puerta del Sol; en ella hicieron alto.

Nevaba copiosamente.

El reloj del Ministerio—escribiré á lo novelista—marcaba las doce y media y... "*¡En las solitarias calles todo era* blancura *y terror!*».

Castillo sufrió un colapso cardiaco y cayó desvanecido.

Su compañero le daba por muerto.

Con llanto en los ojos y mucho vino en el *alma*, sentado en el suelo, amontonaba nieve sobre el cuerpo inanimado de su amigo.

En esta faena llevaba rato, cuando pasó un transeunte y le preguntó qué hacía. Marquina le contestó:—¡Estoy enterrando á mi compañero!

*

Don Francisco Romero Robledo era entusiasta

(1) Estas quintillas las reprodujo en el diálogo de su comedia, titulada: *Un año después*, segunda parte de *El que nace para ochavo*.

del poeta Castillo y decidióse á ser su protector. Le llamó para manifestarle que lo había colocado; al propio tiempo le entregaba una credencial de 1.500 pesetas.

Tenía que prestar servicio en Gobernación. Con esto—le dijo don Paco—tendrá usted para pagar un modesto pupilaje.

Loco de contento el agraciado fuese á la taberna á participárselo á su inseparable compinche, que en vez de darle albricias le increpó diciendo:—¡El hombre que se hace esclavo es porque se amamantó en la esclavitud!

Obligado de esta máxima adjuntó la credencial en carta al ministro renunciando aquel favor.

A poco, Pelayo, en la mayor indigencia expiraba en la cama del hospital.

¡La bohemia le había matado! ¡El vicio había malogrado un gran versificador!

Pedro lloró mucho, no ya con *vino* en el alma sino con verdadera amargura. ¡Sentía la pérdida del hermano! ¡La insustitución del cofrade!

Recordando la estima de Romero Robledo al difunto encontró muy de lugar participarle el triste suceso.

El *pollo de Antequera*, al oir lo expuesto por el autor aragonés, expresóse con sentidas alabanzas:—¡Qué lástima de hombre! ¡No ha dejado á su amor propio que le azuzase para manifestar á las gentes lo mucho que valía! Deseo que se le haga un entierro digno. Las facturas mándenseme, son de mi cuenta. Usted, don Pedro, queda

encargado de que mis deseos se lleven á la práctica.

Marquina cumplió... ¡como quien era!

Mandó hacer esquelas de alto precio, las repartió entre los muchos taberneros, dueños de las tiendas en que su amigo y él trabajaban para formar... ¡anales consecutivos de libaciones y *golfemia* anticipada!

Los invitados asistieron.

Al meter la caja en la sepultura, el presidente del duelo leyó, entonando, una rima que hizo llorar á los circunstantes, ¡almas sencillas, buenos expendedores de morapio!

La necrología terminaba así:

".............................
....
y con grandes paletadas de tierra
va á cubrirlo el sucio sepulturero."

Al terminar, el enterrador le amenazaba con la pala. ¡No era propio del caso—decía—si iba limpio ó sucio! El no era maestro de ceremonias, estaba allí para enterrar.

Los vinateros le dieron una propina y el *hombre sucio* se consideró limpio de alusiones.

De retorno del cementerio, la comitiva hizo alto en un ventorro del camino.

Aquietaron el pesar con varias botellas del tinto, y... ¡Ya tenemos al autor de *El arcediano*, con *la baba* para mucho rato!

En Madrid le preguntaban de dónde venía:

—Vengo de enterrarme junto á Pelayo. Yo, no soy yo. En mí no veréis más que el espectro de Marquina.

Por uno de los bolsillos de su raído gabán, asomaba el cuello de una botella; su cristal se coloreaba de rojo, á cada instante, zarandeada por los movimientos del portador.

*

Allá por el 1885, Perico nos decía: —Tengo hambre. —Pues dinero no hay—respondíamos— si te comes un *beefsteak* á mi vista, en ese café, te lo pago.

Aceptaba. Con el solomillo se tomaba entero el contenido del frasco de la mostaza.

Nos leía versos de un drama — que no llegó á terminar — denominado: *La capa de San Martín.*

Los sablazos de á peseta, los rebajó á diez céntimos.

Vivía en una mala casa de dormir de la calle de Lavapiés. Sólo iba á ella, de tarde en tarde, acompañado de su constante borrachera.

Después de una fría noche de invierno, sobre la nieve de la mencionada calle, ¡apareció el cadáver de un hombre!

En el Depósito judicial, pudo identificarse que era el de Pedro Marquina, autor de comedias.

¡Tuvo por sudario el que él preparaba á su amigo en plena Puerta del Sol, inducido por la bebida!

Y *vox pópuli* fué: que el infeliz Perico, murió en la cama de su cuarto; se había presentado en la casa momentos antes... ¡La patrona—por cruel menosprecio y en evitación de verse entre jueces — le sacó arrastras hasta dejarlo abandonado en medio de la·calle!

1-IX-911.

LA BANDERA DEL DIABLO

Contáronme, cuando niño, y por pequeño yo, hízome mucha gracia, un sucedido que ahora, puesto en mi memoria, si no tanta como en el pasado, no dejo de encontrarle alguna.

Referían que era un sastre, más tirando á remendón que á obra nueva.

Taller y tienda, todo en mezcla, ocupaban una planta baja, en la que el maestro y seis ó siete operarios, de ambos sexos, trabajaban á vista de los transeuntes.

El jefe—hombre chapado á la antigua, *tailleur* de los de madeja cortada pendiente del cuello con los cabos caídos por delante, á modo de estola, dedal siempre enhiesto en el anular, varias agujas con hebras colgantes prendidas en su solapa izquierda, á modo de condecoraciones, unas veces cortando sobre la mesa, otras sentado en silla hilvanando encima de la guitarra, puesta en sus rodillas—se conceptuaba feliz, á pesar del mucho trabajar y del escaso comer.

Cuando acudían parroquianos á consultarle qué cantidad de tela deberían mercar para un traje que él les haría, en vez de las cuatro varas precisas, les exigía cuatro palmos más.

Si el cliente llevaba el paño preciso les explicaba no haber cantidad suficiente, y pedía fuese al almacén á comprar otra vara del mismo género.

Convendremos en que nuestro retratado era un ladrón, si no de siete suelas, de muchos sietes de metros en diferentes lanillas y pañetes.

Al levantarse un amanecer, después de agitado sueño, despertósele la conciencia, y al salir al obrador, tras los buenos días, les manifestó á sus dependientes, con cara compungida:

—¡Ay, hijos míos! ¡No soy persona, ni casi sastre! ¡Tan maltrecho me hallo!

—¿Pues qué le acosa, maestro?—le interrogaron.

—¡He sido víctima de una pesadilla deletérea! Soñé que un demonio, muy feo, de los con cuernos y rabo inmensamente largo, me arrastró hasta el infierno, dejándome en presencia de Satanás. Aquel diablo mayor, sopló en un fémur, y á su llamamiento aparecióse un diablejo, trayendo una bandera muy grande hecha con retales idénticos en colores y clases á todos los de mis sisas verificadas durante mi profesión. Lucifer me dijo: "Por abusica de la buena fe, por sisón empedernido, quedas relegado entre nosotros: serás nuestro sastre".

Reparé entonces que los que más, usaban taparrabos.

Aunque mi trabajo iba á ser exiguo, era tal el pavor que me infundian aquellos cornudos, con barbas de chivos, que rompi á llorar demandándoles perdón.

Uno de la guardia de junto á Luzbel me hizo tres ojales en el cuerpo con su tridente y... ¡qué ojales, madre mía! ¡Soy entendido en ellos y confieso que nunca me tropecé con otros de igual tamaño!

Me tenía ensartado en su fisga; levantóme en alto, y bamboleaba la horquilla para que al desprenderme cayese á plomo en una caldera de aceite hirviendo.

En este angustioso instante he despertado.

Aun no he podido confortarme del quebrantamiento que en mi cuerpo ha dejado tan truculento ensueño. Así que os suplico me atendáis en la recomendación precisa que voy á demandaros.

Tengo firme propósito de enmendarme. Si alguna vez me extralimito y reparáis que á un parroquiano le exijo más de las cuatro varas que precisan para su vestido, gritadme todos: ¡Maestro, la bandera! Vuestras voces haranme arrepentir y desistiré de la sisa.

Algún tiempo llevó el torturado por la diabólica pesadilla sin excederse en el terreno de la justicia. Entró una vez un paleto á encargarse un traje, llevándole el género de pana que habia sido de su gusto en clase y color.

El sastre, á la vista de aquella hermosa tela, hubo de decirle:

—Buen hombre, esto viene escaso; váyase en seguida al almacén y traígame una vara más, porque...

—¡Maestro, la bandera!... ¡La bandera!—gritaron los oficiales.

—¡Sosegáos, dependientes míos! En la bandera que me enseñaron no había retales de este color.

*

Tal me lo contaron.

Yo, lector amable, decirte he que mis retales (retazos) no figuran en ninguna otra bandera (libro); ¡qué aprendido me tengo que desde Pellicer acá se han repetido los sucedidos, por unos y otros escritores, aplicados á distintos protagonistas!

¡Fuente inagotable ha sido el teatro y sus gentes para engendrar narraciones; de aquí que para refrescarlas se hayan vulnerado los hechos y barajado, mucho más, á qué personal correspondían!

En mis colecciones, á base de memoria, esquivando floreos, encontrarás: sueltos de Prensa, documentos y testigos que acrediten lo por mí relatado.

Si con esta firmeza de autenticidad y mi empeño en distraerte, he conseguido tu agrado, no

mires á la forma, sé indulgente con mi escasa gramática, en gracia de la sinceridad.

¡No pienses que hubiera podido valerme de *andadores*, para enderezar los torcidos vaivenes de mi inteligencia! Nadie puede suplir con retóricas el bien sentido escrito del autor; que al enmendar lo de éste, se aporta mayor artificio á trueque de menos corazón.

Iriarte nos lo previene, acertadamente, en su fábula:

LA CRIADA Y LA ESCOBA

Cierta criada, la casa barría
con una escoba, muy puerca y muy vieja.
"Reniego yo de la escoba (decía)
con su basura, y pedazos que deja
por donde pasa,
aún mas ensucia, que limpia la casa."
Los remendones, que escritos ajenos
corregir piensan, acaso de errores
suelen dejarlos, diez veces más llenos...
Mas no haya miedo que de estos señores
diga yo nada:
que se lo diga por mí la criada."

30-IX-911.

VITAL AZA

¡Pobre amigo cariñoso!

¡Nunca habremos llorado bastante la pérdida de personalidad tan querida!

¡Muchos le echamos de menos! ¡Pocos fueron en acudir á su entierro, verificado el día 14 de Diciembre de 1912!

Comentando la casi total ausencia en el triste acto, de autores y comediantes, alguien expuso: "que Vital había muerto tarde, pues de haber sido en la época que sus talentos abrillantaban el dramático proscenio, numerosa hubiera sido la concurrencia„.

No pueden satisfacer semejantes apreciaciones; Aza se hallaba en la plenitud de su vida... ¡La gloria es tan efímera!

Ni para parientes, ni para amigos, puede ser consolador—cuando la persona se halla en condiciones de vida—el mayor número de coronas ni el más nutrido acompañamiento.

Si el escritor cesa, queda el padre, el esposo, quizá el caballero leal y franco dispuesto siempre á favorecer á aquellos á quienes concede su amistad, y... ¡Vital era todo eso!

Cuando en Abril de 1912 me presenté en casa del poeta y autor, solicitando una "carta abierta„ para este libro, ¡lleno de salud se encontraba y bien ajeno de su próximo fin!

Tenía sesenta años; ni su semblante, ni la vigorosidad de su cuerpo los delataban.

Recibió mi petición con gran cariño y á poco me mandó los fáciles y hermosos versos que proemian este tomo.

De pecho honrado y de justo sentir es, que al cerrar estas páginas le dedique una memoria, y mi salutación á su viuda y á sus hijos.

Los más notamos su falta; poco importa que á su sepelio—alegando se hallaba alejado de las luchas literarias—acudieran los menos.

¡Egoísmos humanos!

¡¡Actitudes de los que ya nada esperan!!

Esto me recuerda lo que en casos análogos repite tantas veces don Enrique Arregui: "¡Al entierro de la coronela acuden muchos más de los que deben ir!... ¡Al del coronel, muchos menos de los que deben ser!...„

17-IV-913.

ERRATA PROVECHOSA

En el capitulo titulado *La mejor alhaja*, se menciona una obra dramática, denominándola *El guante de Conradino.*

El asunto de esta producción, es como sigue: "Conrado II, llamado Conradino, hijo del emperador Conrado IV, ocupó el trono de Sicilia en 1254, á la edad de dos años, bajo la tutela del marqués Bertoldo, que fué reemplazado por Manfredo. Este último se hizo proclamar rey en 1258, pero habiendo sido vencido y muerto por Carlos de Anjou, se presentó Conradino en Italia á la cabeza de un ejército, y fué vencido y hecho prisionero en Tagliacozzo en 1268, con su primo Federico, duque de Austria. Ambos perecieron en el cadalso, y al subir á él Conradino, arrojó su manopla y ofreció el reino siciliano al que vengase su muerte.

Recogido el guante de entre los pies de la multitud por Juan de Prócida, lo llevó á Valencia,

entregándolo á Pedro III de Aragón, que tomó á su cargo la venganza, y la realizó embarcándose con numerosa flota y expulsando á los franceses en la célebre revolución conocida por "Las vísperas sicilianas„.

Tal es el argumento del mencionado drama, sujeto á la verdadera historia, y, sin embargo, la producción escénica se titula *El guante de Coradino*. ¿Por qué?

He consultado las críticas de la Prensa del año 1844, fecha del estreno de la referida comedia en el teatro de la Cruz, de Madrid, y en todas partes aparece—al igual que en los ejemplares—con el nombre de *Coradino*; por esta vez ha tenido más razón la errata de imprenta, pues el diminutivo de Conrado, Conradino debe ser.

Imposible me ha sido averiguar la causa que motivó la corrupción hecha en el teatro, del nombre propio de ese personaje histórico, y creo que aun existiendo el acreditado palaciego inquiridor de sucesos, no había de valernos lo de "averígüelo Vargas„, pues le sería muy dificultoso si no imposible.

17-IV-913.

FIN

ÍNDICE

Páginas.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Crónicas retrospectivas del Teatro.
Memorias de un comediante.



